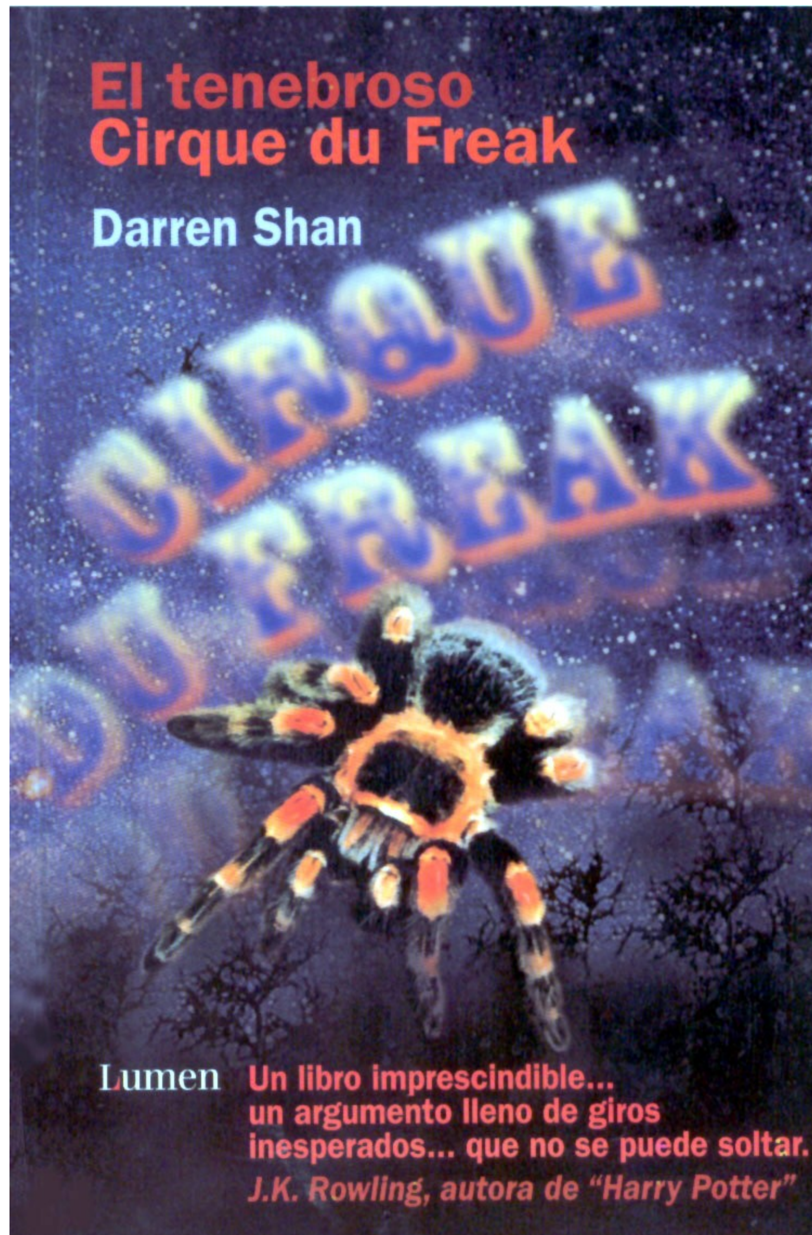
Cirque Du Freak Libro 1

LA SAGA DE DARREN SHAN



EL TENEBROSO CIRQUE DU FREAK

Este desmadre lleno de freaks jamás hubiera salido a la luz de no ser por los esfuerzos de mis leales ayudantes de “cocina”:

Biddy y Liam, ”La Horrible Pareja”
Doménica de Rosa “La Diabólica”
Gillie Russell “La Gruñona”
Enma “La Exterminadora” Schlesinger
y
“El Señor de la Noche Carmesí”, Christopher Little

También debo dar las gracias a mis compañeros de festín: Las “Horribles Criaturas” de Harper Collins, y los macabros alumnos de la Askeaton Primary School (y otras) que se prestaron a hacer de conejillos de indias y alimentaron mis pesadillas para hacer que este libro fuera de lo más tenso, oscuro y escalofriante.

INTRODUCCIÓN

Siempre me han fascinado las arañas. Cuando era más joven las coleccionaba. Pasaba horas husmeando en el viejo y polvoriento cobertizo que había al fondo de nuestro jardín en busca de telarañas, a la caza de posibles depredadoras de ocho patas al acecho. Cuando encontraba una, la llevaba dentro y la dejaba suelta en mi habitación.

¡Eso sacaba de quicio a mi mamá!

Normalmente, la araña se escabullía al cabo de uno o dos días como máximo y no volvía a verla más, pero a veces se quedaban rondando por allí más tiempo. Tuve una que hizo una telaraña encima de mi cama y permaneció montando guardia como un centinela durante casi un mes. Cuando me iba a dormir, imaginaba a la araña bajando con sigilo, metiéndose en mi boca, deslizándose garganta abajo y poniendo montones de huevos en mi tripa.Más tarde, pasado el tiempo de incubación, las crías de araña salían del huevo y me devoraban vivo desde dentro.

Me encantaba sentir miedo cuando era pequeño.

Cuando tenía nueve años, mi mamá y mi papá me regalaron una pequeña tarántula. No era venenosa ni muy grande, pero fue el mejor regalo que me habían hecho nunca. Desde que me despertaba hasta que me acostaba, jugaba con aquella araña casi a todas horas. La obsequiaba con todo tipo de manjares: moscas, cucarachas y gusanos diminutos. La malcrié.

Entonces, un día, hice una estupidez. Había estado viendo unos dibujos animados en los que uno de los personajes era succionado por una aspiradora. No le pasaba nada. Salía de la bolsa cubierto de polvo, sucio y hecho un basilisco, furioso. Era muy divertido.

Tan divertido que yo también lo probé. Con la tarántula.

Ni que decir tiene que las cosas no sucedieron precisamente igual que en los dibujos animados. La araña quedó reducida a un montón de pedacitos. Lloré mucho, pero era demasiado tarde para las lágrimas. Mi mascota estaba muerta, había sido culpa mía y ya no podía hacer nada al respecto.

Mis padres pusieron el grito en el cielo; casi les dio un ataque cuando descubrieron lo que había hecho: la tarántula les había costado una considerable cantidad de dinero. Me dijeron que era un idiota irresponsable y a partir de aquel día ya nunca más me permitieron tener una mascota, ni siquiera una vulgar araña de jardín.

* * *

He empezado contando aquella vieja anécdota por dos razones. Una de ellas resultará obvia a medida que se vaya desvelando el contenido de este libro. La otra razón es la siguiente:

Ésta es una historia real.

No espero que me creas –yo mismo no me lo creería si no lo hubiera vivido-, pero ésa es la verdad. Todo lo que explico en este libro sucedió, tal y como lo cuento.

Lo que pasa con la vida real es que, cuando haces alguna estupidez, sueles acabar pagándola. En los libros, los protagonistas pueden cometer tantos errores como quieran.

No importa lo que hagan, porque al final todo sale bien. Derrotan a los malos, arreglan las cosas y todo acaba guay.

En la vida real, las aspiradoras matan a las arañas. Si cruzas una calle sin mirar y hay tráfico, eres arrollado por un coche. Si te caes de un árbol, te rompes algún hueso.

La vida real es horrible. Es cruel. Le tienen sin cuidado los protagonistas heroicos y los finales felices y cómo deberían ser las cosas. En la vida real, las cosas malas suceden. La gente muere. Las luchas se pierden. A menudo vence el mal.

Sólo quería dejar esto bien claro antes de empezar.

* * *

Una cosa más: en realidad, no me llamo Darren Shan. En este libro, todo es verdad menos los nombres. He tenido que cambiarlos porque... bueno, cuando llegues al final lo entenderás.

No he utilizado ningún nombre real, ni el mío ni el de mi hermana, mis amigos ni mis profesores. El de nadie. Ni siquiera te diré cómo se llama mi ciudad ni mi país. No me atrevo.

Pero bueno, vale ya de introducción. Cuando quieras, empezamos. Si se tratara de una historia inventada, se iniciaría durante la noche, en medio de un tormentoso vendaval, con ulular de lechuzas y extraños ruidos y crujidos debajo de la cama. Pero es una historia real, así que tengo que empezar por donde realmente comenzó.

Todo empezó en un lavabo.

CAPÍTULO UNO

Yo estaba en el lavabo del colegio, sentado, tarareando una canción. Llevaba los pantalones puestos. Casi al final de la clase de inglés, me había sentido enfermo. Mi profesor, el señor Dalton, es estupendo para este tipo de cosas. Es listo, y sabe perfectamente cuándo estás fingiendo y cuándo hablas en serio. Me echó una mirada cuando levanté la mano y dije que me encontraba mal, luego asintió con la cabeza y me dijo que fuera al lavabo.

-Vomita lo que sea que te haya sentado mal, Darren –dijo-, y luego mueve el culo y vuelve a clase.

Ojalá todos los profesores fueran tan comprensivos como el señor Dalton.

Al final no vomité, pero seguía sintiendo náuseas, así que me quedé en el lavabo. Oí el timbre que señalaba el final de la clase y cómo todo el mundo salía corriendo al recreo. Yo quería unirme a ellos, pero sabía que al señor Dalton se le agotaría la paciencia si me veía tan pronto en el patio. No es que si se la juegas se ponga furioso, pero entra en un mutismo absoluto y no vuelve a hablarte en una eternidad, y eso es casi peor que tener que soportar cuatro gritos.

Así que allí estaba yo, tarareando, mirando el reloj, esperando. Entonces oí que alguien gritaba mi nombre.

-¡Darren! ¡Eh, Darren! ¿Te has caído dentro o qué?

Sonreí. Era Steve Leopard, mi mejor amigo. El verdadero apellido de Steve era Leonard, pero todo el mundo le llamaba Steve Leopard. Y no sólo porque sonara parecido. Steve era lo que mi mamá llamaba "un salvaje". Allá donde fuera se armaba la gorda, se metía en peleas, robaba en las tiendas. Un día –todavía iba en cochecito-encontró un palo puntiagudo y se dedicó a pinchar con él a todas las mujeres que pasaban por su lado (¡no hay premio por adivinar dónde se lo clavaba!).

Era temido y desdeñado en todas partes. Excepto por mí. Yo había sido su mejor amigo desde Montessori, donde nos conocimos. Mi mamá dice que me dejaba llevar por su indocilidad, pero a mí me parecía sencillamente un gran tipo cuya compañía me encantaba. Tenía un temperamento violento, y pillaba unas rabietas verdaderamente terroríficas cuando no estaba en sus cabales, pero en esos caso yo me limitaba a largarme a toda prisa, y, una vez se había tranquilizado, volvía a aparecer.

La reputación de Steve se había suavizado con los años –su madre lo llevó a ver a un montón de excelentes preceptores que le enseñaron cómo controlarse-, pero seguía siendo una pequeña leyenda en el patio del colegio, no era la clase de tío con el que uno quisiera meterse en líos, por mucho que fuera más grande o mayor que él.

-Eh, Steve –respondí-. Estoy aquí.

Golpeé la puerta para que supiera detrás de cuál estaba.

Se precipitó hacia allí y yo abrí. Sonrió al verme sentado y con los pantalones puestos.

-¿Has vomitado? –preguntó.

-No –le dije.

-¿Y te parece que vas a hacerlo?

-Quizá –dije.

Entonces me incliné hacia delante y emití un sonido parecido a una arcada. ¡Arrrgh! Pero Steve Leopard me conocía demasiado bien como para dejarse engañar.

-Lústrame un poco las botas, ya que estás agachado –dijo, y se echó a reír cuando hice como si escupiera en sus zapatos y los frotara con un pedazo de papel higiénico.

-¿Me he perdido algo en clase? –pregunté mientras me incorporaba.

-Qué va –dijo-, la mierda de siempre.

-¿Has hecho el trabajo de historia? –volví a preguntar.

-No tiene que estar hecho hasta mañana, ¿no? –replicó él preocupado. Steve siempre anda olvidándose de las tareas escolares.

-Pasado mañana –le dije.

-Ah –suspiró, tranquilizándose-. Mejor aún. Creía que... –hizo una pausa y frunció el ceño- Espera un momento –añadió-. Hoy es jueves. Pasado mañana será...

-¡Te he pillado! –grité dándole un puñetazo en el hombro.

-¡Ay! –protestó él-. Me has hecho daño.

Se frotó el brazo, pero me di perfecta cuenta de que en realidad no le dolía.

-¿Sales fuera? –preguntó luego.

-Había pensado en quedarme aquí y admirar el paisaje –dije yo volviéndome a apoyar contra la tapa del váter.

-Qué lástima –dijo él- Íbamos perdiendo por cinco a uno cuando he venido. Probablemente ahora ya perdamos por seis o siete. Te necesitamos.

Estaba hablando de fútbol. Jugamos un partido cada día, a la hora del recreo. Mi equipo suele ganar, pero habíamos perdido a un montón de nuestros mejores jugadores. Dave Morgan se rompió la pierna. Sam White cambió de colegio cuando su familia se mudó. Y Danny Curtain había dejado de jugar al fútbol para poder pasarse todo el recreo con Sheila Leigh, la chica que le gusta. ¡Qué imbécil!

Yo soy el mejor delantero de nuestro equipo. Como defensores y centrocampistas los hay mejores que yo, y Tommy Jones es el mejor guardameta del colegio. Pero en ataque yo soy el único capaz de mantener el tipo y marcar religiosamente cuatro o cinco veces cada día.

-De acuerdo –dije levantándome-. Os salvaré. Esta semana he marcado tres goles diarios. Sería una lástima romper la buena racha.

Pasamos de largo por delante de los mayores –fumando en los lavabos como siempre- y fuimos a toda prisa hasta mi taquilla para cambiarme de ropa y ponerme las zapatillas de deporte. Antes tenía un par magnífico, que había ganado en un concurso de escritura. Pero los cordones se me habían roto hacía meses y la goma de los lados estaba empezando a despegarse. ¡Y además me crecieron los pies! El par que tengo ahora está bien, pero no son lo mismo.

Perdíamos por ocho a tres cuando entré en el terreno de juego. No era un auténtico campo de fútbol, sino sólo un patio alargado con las porterías pintadas en cada extremo. Quienquiera que las hubiera pintado era un completo idiota. ¡Había puesto el larguero más alto de un lado que del otro!

-¡No pasa nada, ha llegado Campeón Shan!- grité mientras entraba corriendo en el campo.

Muchos de los jugadores se echaron a reír o soltaron gritos de protesta, pero noté que a mis compañeros de equipo les subía la moral y cómo los contrarios empezaban a preocuparse.

Empecé a lo grande y metí dos goles en menos de un minuto. Parecía que pudiéramos volver a empatar o incluso ganar. Pero se acabó el tiempo. Si yo hubiera llegado antes nos habría ido bien, pero pitaron el final del partido justo cuando estaba empezando a cogerle el tranquillo, así que perdimos nueve a siete.

Cuando salimos del campo, apareció en el patio Alan Morris, corriendo, jadeante y acalorado. Son mis tres mejores amigos: Steve Leopard, Tommy Jones y Alan Morris. Debemos de ser los cuatro tíos más estrambóticos del mundo, porque sólo uno de nosotros –Steve-, tiene apodo.

-¡Mirad lo que he encontrado! –chilló Alan, agitando un pedazo de papel empapado delante de nuestras narices.

-¿Qué es eso? –preguntó Tommy, intentando atraparlo.

-Es... –empezó Alan, pero se detuvo cuando el señor Dalton nos soltó un grito.

-¡Vosotros cuatro! ¡Adentro! –rugió.

-¡Ya vamos, señor Dalton! –bramó Steve a su vez.

Steve es el preferido del señor Dalton y se permite con toda impunidad cosas que los demás no podríamos decir o hacer. Como cuando suelta alguna que otra palabrota al contar una de sus historias. Si yo utilizara alguna de las palabras del repertorio de Steve, hace tiempo que me habrían expulsado.

Pero el señor Dalton siente debilidad por Steve, porque es especial. A veces, en clase, es brillante y lo hace todo bien, y en cambio otras veces es incapaz de deletrear su propio nombre. El señor Dalton dice que es una especie de *idiot savant*, que significa que es ¡un genio estúpido!

En cualquier caso, por mucho que sea su favorito, ni siquiera Steve puede permitirse llegar tarde a clase. Así que, fuera lo que fuera lo que Alan había encontrado, tendría que esperar. Nos arrastramos de vuelta a clase, sudorosos y cansados tras el partido, y empezamos con la siguiente asignatura.

Poco imaginaba yo que el misterioso pedazo de papel de Alan cambiaría mi vida para siempre. ¡Para peor!

CAPÍTULO DOS

Después del recreo volvíamos a tener al señor Dalton, en clase de historia. Estábamos estudiando la Segunda Guerra Mundial. A mí no me entusiasmaba demasiado, pero a Steve le parecía fascinante. Le encantaba todo lo que tuviera que ver con las matanzas y la guerra. A menudo decía que de mayor quería ser un mercenario, un soldado que combate por dinero. ¡Y hablaba en serio!

Después de historia teníamos matemáticas, y además –increíble-, ¡el señor Dalton por tercera vez! Nuestro profesor de mates habitual estaba enfermo, y los otros tenían que suplirle lo mejor que pudieran a lo largo del día.

Steve estaba en el séptimo cielo. ¡Tres clases seguidas con su profesor favorito! Era la primera vez que el señor Dalton nos daba mates, y Steve empezó a hacerse notar; le dijo por qué punto del libro íbamos y le explicó algunos de los problemas más capciosos como si estuviera hablando con un crío. Al señor Dalton no le importó. Conocía a Steve y sabía perfectamente cómo manejarle.

Por regla general el señor Dalton sabía cómo gobernar el barco –sus clases son divertidas pero siempre salimos habiendo aprendido algo-, pero no era muy bueno en matemáticas. Ponía todo su empeño, pero nosotros notábamos que aquello le sobrepasaba, y mientras él se esforzaba por resolver algún problema –la cabeza enterrada en el libro de matemáticas, Steve a su lado haciéndole "útiles" sugerencias-, los demás empezamos a movernos, a hablar y a pasarnos notas unos a otros.

Le envié una nota a Alan pidiéndole que me dejara ver el misterioso papel que había traído consigo. Al principio se negó a hacerlo circular, pero yo no dejé de mandarle notas hasta que se dio por vencido. Tommy se sentaba sólo dos sitios más allá, así que le llegó a él primero. Lo desdobló y empezó a estudiarlo. Mientras leía se le iluminó la cara y se quedó literalmente con la boca abierta. Cuando me lo pasó a mí –tras haberlo leído tres veces- en seguida supe por qué.

Era un cartel, un folleto publicitario de una especie de circo ambulante. En la parte superior se veía la imagen de una cabeza de lobo. El lobo tenía la boca abierta y le goteaba saliva de entre los dientes. Al pie del papel podían verse las imágenes de una araña y una serpiente, también de aspecto maligno.

Justo debajo del lobo, en grandes letras capitales, se leían las palabras:

CIRQUE DU FREAK

Y más abajo, en letras más pequeñas:

¡SÓLO DURANTE UNA SEMANA! - ¡CIRQUE DU FREAK!
VEA:
¡SIVE Y SEERSA, LOS GEMELOS DE GOMA!
¡EL NIÑO SERPIENTE! - ¡EL HOMBRE LOBO! - ¡GERTHA DIENTES!
¡LARTEN CREPSLEY Y SU ARAÑA ADIESTRADA, MADAM OCTA! –
¡ALEXANDER CALAVERA! - ¡LA MUJER BARBUDA! –

¡HANS EL MANOS!
¡RHAMUS DOSTRIPAS, EL HOMBRE MÁS GORDO DEL MUNDO!

Debajo había una dirección en la que se podían comprar entradas y obtener información sobre el lugar en que se ofrecía el espectáculo. Y al pie, justo sobre las imágenes de la serpiente y la araña:

¡NO APTO PARA COBARDES!
¡RESERVADO EL DERECHO DE ADMISIÓN!

"¿Cirque du Freak?" –murmuré para mis adentros.

Cirque significa circo en francés... ¡Circo de Freaks! ¿¡Era un espectáculo de freaks!? Eso parecía.

Empecé a leer el cartel de nuevo, absorto en los dibujos y las descripciones de los artistas. De hecho, estaba tan ensimismado que me olvidé del señor Dalton. No me acordé de él hasta que me di cuenta de que el aula estaba en silencio. Levanté la vista y vi a Steve en pie, solo, al fondo de la clase. Me sacó la lengua y sonrió. Sentí que se me erizaban los pelos de la nuca, miré por encima del hombro y... allí estaba el señor Dalton, detrás de mí, leyendo el cartel con los labios apretados.

-¿Qué es eso? –me espetó, arrancándome el papel de las manos.

-Propaganda, señor –respondí.

-¿De dónde lo has sacado? –preguntó. Parecía enfadado de verdad. Nunca le había visto tan alterado-. ¿De dónde lo has sacado? –volvió a preguntar.

Me pasé la lengua por los labios nerviosamente. No sabía qué contestar. No estaba dispuesto a implicar a Alan –y sabía que él no iba a confesar por iniciativa propia: hasta los mejores amigos de Alan saben que no es el tío más valiente del mundo-, pero tenía la mente bloqueada, y era incapaz de pensar en alguna mentira razonable. Por fortuna, intervino Steve.

-Es mío, señor –dijo.

-¿Tuyo? –parpadeó lentamente el señor Dalton.

-Lo encontré cerca de la parada del autobús, señor –dijo Steve-. Un hombre mayor lo tiró al suelo. Pensé que parecía interesante, así que lo recogí. Tenía la intención de preguntarle a usted más tarde, al acabar la clase.

-Ah. –El señor Dalton intentó no mostrarse halagado, pero yo noté que así era como se sentía-. Eso es otra cosa. No hay nada de malo en tener una mente inquieta. Siéntate, Steve.

Steve se sentó. El señor Dalton puso un poco de masilla adhesiva Blu-Tack en el cartel y lo pegó a la pizarra.

-Hace mucho tiempo –dijo, dando golpecitos al cartel-, existían espectáculos de freaks auténticos. Había hombres codiciosos y sin escrúpulos que con engaños conseguían enjaular a personas con malformaciones y...

-Señor, ¿qué significa "con malformaciones"? –preguntó alguien.

-Personas que no tienen el mismo aspecto que los demás –dijo el señor Dalton-. Una persona con tres brazos o dos narices; otra sin piernas; otra demasiado bajita o demasiado alta. Aquellos embaucadores exhibían a esa pobre gente –que no son distintos a ninguno de nosotros excepto por su aspecto- y les llamaban freaks. Cobraban al público por contemplarlos e incitaban a los asistentes a reírse y a burlarse de ellos. Trataban a los así llamados "freaks" como si fueran animales. Les pagaban una miseria, les pegaban, los vestían con harapos, nunca les permitían lavarse.

-Eso es una crueldad, señor –dijo Delaina Price, una chica que se sentaba cerca de la primera fila.

-Sí –convino él-. Los espectáculos de freaks eran una crueldad, creaciones monstruosas. Por eso me enojo cuando veo estas cosas. –Arrancó el cartel de la pizarra-. Los prohibieron hace años, pero con demasiada frecuencia oye uno rumores de que siguen existiendo.

-¿Usted cree que el Cirque du Freak es un espectáculo de freaks auténticos? –pregunté.

El señor Dalton estudió el cartel de nuevo y meneó la cabeza.

-Lo dudo –dijo-. Lo más probable es que no sea más que un cruel engaño. Con todo –añadió-, aun en el caso de que fuera auténtico, espero que nadie de los aquí presentes sueñe siquiera con ir.

-Oh, no, señor –dijimos todos a una.

-Porque los espectáculos de freaks eran algo horrible –dijo-. Pretendían equipararse a los circos decentes, pero no eran más que pozos de maldad. Cualquiera que asistiera a uno de esos espectáculos sería tan malvado como quienes los regentan.

-Tiene que ser uno muy retorcido para querer asistir a ese tipo de espectáculos, señor –convino Steve. Y acto seguido me miró, me guiño el ojo y vocalizó sin pronunciarlo en voz alta-: ¡Iremos!

CAPÍTULO TRES

Steve convenció al señor Dalton de que le permitiera conservar el cartel. Le dijo que lo quería para colgarlo en la pared de su habitación. El señor Dalton no estaba dispuesto a dárselo, pero luego cambió de opinión. Aunque arrancó la dirección escrita al pie del papel antes de entregárselo.

A la salida de clase nos reunimos los cuatro –yo, Steve, Alan Morris y Tommy Jones- en el patio y estudiamos detenidamente el cartel satinado.

-Tiene que ser una engañifa –dije.

-¿Por qué? –preguntó Alan.

-Los espectáculos de freaks ya no están permitidos –le expliqué-. Los hombres lobo y los niños serpiente fueron ilegalizados hace años. Lo ha dicho el señor Dalton.

-¡No es ninguna estafa! –insistió Alan.

-¿De dónde lo has sacado? –preguntó Tommy.

-Lo robé –dijo Alan en voz baja-. Es de mi hermano.

El hermano mayor de Alan era Tony Morris, el más camorrista de todo el colegio hasta que le echaron. Es grandullón, malo y feo.

-¿Que se lo has robado a Tony? –solté un grito sofocado-. ¿Es que quieres que te mate?

-Nunca sabrá que he sido yo –dijo Alan-. Lo tenía guardado en un par de pantalones que mamá metió en la lavadora. Al cogerlo, lo sustituí por un papel en blanco. Pensará que la tinta se ha diluido.

-Muy listo –aprobó Steve.

-¿Y de dónde lo sacó Tony? –pregunté yo.

-Un tipo con el que se cruzó en un callejón –dijo Alan-. Uno de los artistas del circo, un tal míster Crepsley.

-¿El de la araña?

-Sí –respondió Alan-, pero no la llevaba encima. Era de noche y Tony volvía del pub.

Tony no tiene edad suficiente como para que le sirvan en un pub, pero anda por ahí con tíos mayores que le piden las bebidas.

-Míster Crepsley le dio el papel a Tony –prosiguió Alan- y le dijo que llevan un espectáculo freak y actúan clandestinamente en pueblos y ciudades de todo el mundo. Le dijo que tienes que llevar un cartel para poder comprar entradas, y que sólo se las venden a gente en la que confíen. Se supone que no puedes hablarle a nadie del espectáculo. Yo lo descubrí porque Tony estaba alegre, como se pone cuando bebe, y no pudo mantener la boca cerrada.

-¿Cuánto cuestan las entradas? –preguntó Steve.

-Quince libras cada una.

-¡Quince libras! –gritamos todos a una.

-¡Nadie estará dispuesto a pagar quince libras sólo para ver a un puñado de freaks! –resopló Steve.

-Yo sí –dije.

-Y yo también –me apoyó Tommy.

-Y yo –añadió Alan.

-Claro –dijo Steve-, pero no podemos permitirnos tirar a la basura quince libras porque no las tenemos. Así que no hay que darle más vueltas, ¿no?

-¿Qué significa eso de darle vueltas? –preguntó Alan.

-Significa que no podemos pagarnos las entradas, así que no importa si queremos comprarlas o no –le explicó Steve-. Es fácil decir que "comprarías" algo cuando sabes perfectamente que "no puedes".

-¿Cuánto tenemos? –preguntó Alan.

-Dos miserables peniques –reí. Era una frase que mi padre decía a menudo.

-Me gustaría ir –dijo Tommy tristemente-. Suena fantástico.

Y volvió a examinar el cartel.

-Al señor Dalton no se lo parecía tanto –dijo Alan.

-Precisamente a eso me refiero –dijo Tommy-. Si al "señor" no le gusta, entonces tiene que ser súper. Todo lo que los adultos detestan suele ser genial.

-¿Seguro que no tenemos bastante? –pregunté-. Quizá hagan descuento a los menores.

-No creo que dejen entrar a menores –dijo Alan, pero de todas formas me confesó cuánto tenía él-. Cinco libras con setenta.

-Yo tengo exactamente doce libras –dijo Steve.

-Yo seis libras y ochenta y cinco peniques –dijo Tommy.

-Y yo tengo ocho libras con veinticinco –añadí-. En total es más de treinta libras –dije, sumando mentalmente-. Mañana nos dan la paga. Si lo juntamos todo...

-Pero las entradas ya están casi agotadas –interrumpió Alan-. La primera función fue ayer. Acaba el martes. Si vamos, tiene que ser o mañana por la noche o el sábado; nuestros padres no nos dejan salir ninguna otra noche. El tipo que le dio a Tony el cartel le dijo que las entradas para esas dos noches casi se habían agotado ya. Tendríamos que comprarlas esta misma noche.

-Vaya, tanto rollo para nada –dije, poniendo cara de chulo.

-Puede que no –dijo Steve-. Mi madre guarda un fajo de billetes en casa, en un jarrón. Podría coger prestado un poco de dinero y devolverlo cuando nos den la paga.

-¿Estás hablando de robar? –pregunté.

-Estoy hablando de "tomar prestado" –me espetó-. Sólo es robar si no lo devuelves. ¿Qué decís?

-¿Y cómo conseguiremos las entradas? –preguntó Tommy-. Mañana hay cole, así que esta noche no nos dejarán salir de casa.

-Yo puedo escaparme –dijo Steve-. Me encargaré de comprarlas.

-Pero el señor Dalton ha roto la parte que tenía la dirección –le recordé-. ¿Cómo sabrás adónde ir?

-La he memorizado –sonrió-. Bueno, ¿vamos a pasarnos la noche aquí buscando excusas o nos decidimos de una vez?

Nos miramos unos a otros; luego fuimos asintiendo en silencio.

-Muy bien –dijo Steve-. Vamos corriendo cada uno a su casa, cogemos la pasta y volvemos a encontrarnos aquí. Decid a vuestros padres que habéis olvidado un libro o algo así. Juntamos todo el dinero y yo añadiré lo que falte del bote de mi casa.

-¿Y qué pasará si no puedes robar... quiero decir, tomar prestado el dinero? –pregunté.

Se encogió de hombros.

-Entonces no hay negocio. Pero nunca lo sabremos si ni siquiera lo intentamos. Y ahora venga, ¡deprisa!

Dicho esto, se marchó a todo correr. Momentos después, Tommy, Alan y yo nos decidimos y echamos a correr también.

CAPÍTULO CUATRO

Aquella noche no conseguía pensar en otra cosa que en el espectáculo freak. Intenté olvidarme, pero no podía, ni siquiera mientras miraba mis programas favoritos por la tele. Sonaba tan extraño: un niño serpiente, un hombre lobo, una araña adiestrada. Yo me sentía especialmente excitado por la araña.

Mamá y papá no notaron que pasara nada, pero Annie sí. Annie es mi hermana pequeña. Puede llegar a ponerse bastante pesada, pero la mayor parte del tiempo es tranquila y sabe cómo comportarse. Cuando me porto mal, no va corriendo a explicarle cuentos a mamá, y sabe guardar un secreto.

-¿Qué te pasa? –me preguntó después de cenar.

Estábamos solos en la cocina, lavando platos.

-Nada –dije.

-Sí, algo te pasa –dijo ella-. Llevas toda la noche muy raro.

Sabía que seguiría preguntando hasta obtener la verdad, así que le expliqué lo del espectáculo freak.

-Suena fantástico –convino conmigo-, pero te será imposible entrar.

-¿Por qué? –pregunté.

-Apuesto algo a que no dejan entrar a menores. Tiene pinta de ser un espectáculo para adultos.

-Probablemente no dejarían entrar a una niñata como tú –dije poniéndome grosero-, pero yo y los chicos entraremos sin problemas.

Eso la puso de mal humor, así que le pedí perdón:

-Lo siento –dije-, no quería decir eso. Es sólo que me fastidia que lo más probable es que tengas razón, Annie, ¡y daría cualquier cosa por poder asistir!

-Tengo una caja de maquillaje que te puedo prestar –dijo-. Puedes pintarte arrugas y cosas así. Te hará parecer mayor de lo que eres.

Sonreí y le di un gran abrazo, cosa que no hago muy a menudo.

-Gracias, hermanita –dije-, pero no hace falta. Si entramos, entramos, y si no, no pasa nada.

No hablamos mucho más del asunto. Acabamos de secar los platos y nos fuimos a toda prisa a la sala a ver la tele. Papá llegó a casa a los pocos minutos. Trabaja en edificios en construcción por toda la zona, y a menudo llega tarde. A veces viene de mal humor, pero aquella noche estaba de buenas y le dio a Annie varias vueltas haciéndola volar.

-¿Ha pasado algo emocionante hoy? –preguntó tras decirle hola a mamá y darle un beso.

-He vuelto a meter otros tres goles seguidos en el recreo –le dije.

-¿De veras? –dijo-. Magnífico. Bien hecho.

Bajamos el volumen de la televisión mientras papá cenaba. Le gusta tener un poco de paz y tranquilidad mientras come, y a menudo nos pregunta cosas o nos cuenta anécdotas de su jornada de trabajo.

Al cabo de un rato, mamá se fue a su habitación para dedicarse a sus álbumes de sellos. Es coleccionista de sellos y se lo toma muy en serio. Yo también los coleccionaba, cuando era más pequeño y me divertía con cualquier cosa.

Asomé la nariz para ver si tenía algún sello nuevo con animales exóticos o arañas. No tenía ninguno. Mientras estuve allí con ella, la tanteé a ver qué decía de los espectáculos de freaks.

-Mamá –dije-, ¿has estado alguna vez en un espectáculo freak?

-¿Un qué? –preguntó, concentrada en los sellos.

-Un espectáculo freak –repetí-. Con mujeres barbudas, hombres lobo y niños serpiente.

Levantó la vista y me miró parpadeando.

-¿Un niño serpiente? –preguntó- ¿Y qué demonios es un niño serpiente?

-Es un... –me interrumpí al darme cuenta de que no lo sabía-. Bueno, no importa –dije-. ¿Has estado alguna vez en uno de esos espectáculos?

Negó con la cabeza.

-No. Son ilegales.

-Si no fueran ilegales y llegara uno a la ciudad –dije-, ¿tú irías?

-No –dijo, estremeciéndose-. Ese tipo de cosas me dan miedo. Además, no me parece justo para las personas a las que convierten en un espectáculo.

-¿Qué quieres decir? -pregunté.

-¿Cómo te sentirías tú –dijo- si te metieran en una jaula para ser exhibido? ¿Te gustaría?

-¡Pero yo no soy ningún freak! –dije, malhumorado.

-Ya lo sé –rió, y me besó en la cabeza-. Tú eres mi angelito.

-¡No hagas eso, mamá! –refunfuñe mientras me secaba la frente con la mano.

-Tonto –sonrió-. Pero imagínate que tuvieras dos cabezas o cuatro brazos, y que alguien se te llevara y te exhibiera para que la gente se burlara de ti. Eso no te gustaría, ¿verdad?

-No –dije, arrastrando los pies.

-En cualquier caso, ¿a qué viene todo eso de los espectáculos freak? –preguntó-. ¿Has estado despierto hasta tarde, mirando películas de terror?

-No –dije.

-Porque ya sabes que a tu padre no le gusta que mires...

-No me he quedado hasta tarde, ¿vale? –la corté.

Es realmente irritante cuando los padres no te escuchan.

-Vale, vale, Don Gruñón –dijo-. No hace falta que grites. Si no te gusta mi compañía, baja a ayudar a tu padre a quitar las malas hierbas del jardín.

Yo no quería ir, pero mamá estaba enfadada porque le había gritado, así que me fui abajo camino de la cocina. Papá estaba entrando por la parte trasera y me vio.

-Así que era aquí donde te escondías –bromeó-. ¿Estás demasiado ocupado para ayudar a un pobre viejo esta noche?

-A eso iba –le dije.

-Demasiado tarde –dijo, sacándose las botas de goma-. Ya he terminado.

Observé cómo se ponía las zapatillas. Tenía unos pies enormes. ¡Calzaba un 46! Cuando era pequeño, solía montarme en sus pies y pasearme sobre ellos. Era como subirse a dos largos monopatines.

-¿Qué vas a hacer ahora? –pregunté.

-Escribir –dijo.

Papá tiene amigos epistolares en todo el mundo, en América, Australia, Rusia y China. Él dice que le gusta mantener contacto con sus vecinos de la aldea global,

¡aunque yo creo que no es más que una excusa para encerrarse en su estudio y echar un sueñecito!

Annie estaba jugando con sus muñecas y esas cosas. Le pregunté si quería venir a mi habitación a jugar un partido de tenis de cama, utilizando un calcetín como pelota y los zapatos a modo de raquetas, pero estaba demasiado ocupada arreglando a sus muñecas para un supuesto picnic.

Fui a mi habitación y cogí mis cómics de la estantería. Tengo montones de cómics fabulosos, *Superman, Batman, Spiderman* y *Spawn. Spawn* es mi favorito. Es un superhéroe que había sido demonio en el infierno. Algunos cómics de *Spawn* son un poco espeluznantes, pero me gustan precisamente por eso.

Pasé el resto de la noche leyendo cómics y poniéndolos en orden. Antes solía intercambiarlos con Tommy, que tiene una buena colección, pero como a menudo se le derramaban las bebidas sobre las cubiertas y le caían migas entre las páginas, dejé de hacer trueques.

La mayoría de las noches me iba a la cama hacia las diez, pero mamá y papá se olvidaron de mí, y me quedé despierto hasta casi las diez y media. Entonces papá vio luz en mi habitación y subió. Fingió estar enfadado, pero no lo estaba realmente. A papá no le importa demasiado que me quede despierto hasta tarde. Es mamá quien me da la lata con eso.

-A la cama –me dijo-, o mañana me será imposible despertarte.

-Sólo un minuto, papá –le dije-, lo justo para guardar los cómics y lavarme los dientes.

-De acuerdo –dijo él-, pero rapidito.

Metí los cómics en su caja y los volví a colocar en la estantería que tenía encima de la cama.

Me puse el pijama y fui a lavarme los dientes. Me tomé mi tiempo, cepillándomelos lentamente, y ya eran casi las once para cuando me metí en la cama. Me tumbé boca arriba, sonriendo. Estaba muy cansado y sabía que me quedaría dormido en cuestión de segundos. Lo último en lo que pensé fue en el Cirque du Freak. Me preguntaba qué aspecto tendría un niño serpiente, y lo larga que sería la barba de una mujer barbuda, y lo que harían Hans el Manos y Gertha Dientes. Pero sobre todo, soñé con la araña.

CAPÍTULO CINCO

A la mañana siguiente, Tommy, Alan y yo esperábamos a Steve junto a la puerta de entrada, pero aún no había dado señales de vida cuando sonó el timbre que marcaba el inicio de las clases y tuvimos que entrar.

-Apuesto a que se ha quedado durmiendo –dijo Tommy-. No pudo conseguir las entradas y ahora no quiere dar la cara.

-Steve no es así –dije.

-Espero que me devuelva el cartel –dijo Alan-. Aunque no podamos ir, me gustaría tenerlo. Lo colgaría encima de la cama y...

-¡No puedes tenerlo colgado, estúpido! –se rió Tommy.

-¿Por qué no? –preguntó Alan.

-Porque Tony lo vería –le dije.

-Ah, claro –dijo Alan sombríamente.

Lo pasé fatal en clase. Primero teníamos geografía, y cada vez que la señora Quinn me preguntaba algo, me equivocaba en la respuesta. Por regla general la geografía es el tema que mejor domino, porque aprendí mucho de eso cuando coleccionaba sellos.

-¿Te acostaste tarde, Darren? –preguntó cuando respondí mal por quinta vez.

-No, señora Quinn –mentí.

-A mí me parece que sí –sonrió-. ¡Tienes más bolsas en los ojos de las que se puedan encontrar en todo el supermercado!

Todos se echaron a reír, incluido yo mismo, a pesar de ser el blanco de la broma... La señora Quinn no solía hacer chistes.

La mañana fue pasando penosamente, como cuando uno se siente sin ilusiones o decepcionado. Para pasar el rato, me puse a pensar en el espectáculo freak. Me autosugestioné hasta estar convencido de que yo era uno de los freaks; el dueño del circo era un tipo horrible que los azotaba a todos, incluso cuando hacían bien su papel. Todos los freaks le odiaban, pero era tan corpulento y malvado que nadie decía nada. Hasta que un día empezó a azotarme a mí con demasiada frecuencia, ¡y yo me convertía en lobo y le arrancaba la cabeza de un mordisco! Todo el mundo se alegraba y quería que yo fuera el nuevo dueño.

Era una historia demasiado buena para soñar despierto.

Entonces, pocos minutos antes del descanso, se abrió la puerta y... adivina quién entró por ella: ¡Steve! Detrás de él iba su madre, que le dijo algo a la señora Quinn, quien por su parte asintió con una sonrisa. Luego la señora Leonard se marchó y Steve caminó con desgana hasta su sitio y se sentó.

-¿Dónde te habías metido? –susurré furioso.

-He ido al dentista –dijo-. Olvidé avisaros de que tenía que ir.

-¿Qué ha pasado con...?

-Ya basta, Darren –dijo la señora Quinn.

Me callé al instante.

En el recreo, Tommy, Alan y yo casi asfixiamos a Steve. Los tres le gritábamos y tirábamos de él al mismo tiempo.

-¿Has conseguido las entradas? –pregunté yo.

-¿De verdad has ido al dentista? –quiso saber Tommy.

-¿Dónde está mi cartel? –preguntaba Alan.

-Paciencia, chicos, paciencia –dijo Steve, apartándonos a empujones y riendo-. Todo lo bueno se hace esperar.

-Vamos, Steve, no nos tomes el pelo –le dije-. ¿Las tienes o no?

-Sí y no –dijo él.

-¿Y qué significa eso exactamente? –bufó Tommy.

-Significa que tengo buenas noticias, malas noticias y noticias de locos –dijo-. ¿Por dónde queréis que empiece?

-¿Noticias de locos? –inquirí, perplejo.

Steve nos arrastró a un lado del patio, comprobó que no había nadie cerca y empezó a hablar en un susurro.

-Conseguí el dinero –dijo-, y me deslicé fuera de casa a las siete, mientras mamá hablaba por teléfono. Crucé la ciudad a toda prisa hasta el garito de las entradas, pero ¿sabéis a quién me encontré al llegar allí?

-¿A quién? –preguntamos.

-¡Al señor Dalton! –dijo él-. Le acompañaba una pareja de policías. Estaban sacando a rastras a un tipo pequeñajo del garito –en realidad no era más que una barraca diminuta-, cuando de repente se oyó un fuerte estallido y una enorme nube de humo los envolvió a todos. Cuando se disipó, el pequeñajo había desaparecido.

-¿Y ué hicieron el señor Dalton y la policía? –preguntó Alan.

-Inspeccionaron la barraca, echaron un vistazo por los alrededores y se fueron.

-¿No te vieron? –preguntó Tommy.

-No –dijo Steve-. Estaba bien escondido.

-Así que no conseguiste las entradas –dije yo con tristeza.

-No he dicho eso –objetó.

-¿Las conseguiste? –pregunté sofocadamente.

-Di media vuelta para marcharme –dijo él-, y me encontré con el tipo pequeñajo detrás de mí. Era diminuto, y llevaba una capa larga que le cubría de pies a cabeza. Vio que llevaba el cartel en la mano, lo cogió y me dio las entradas. Yo le entregué el dinero y...

-¡Las tienes! –rugimos encantados.

-Sí –sonrió. Luego su rostro se ensombreció-. Pero había una pega. Ya os he dicho que tenía malas noticias, ¿os acordáis?

-¿De qué se trata? –pregunté, pensando que las habría perdido.

-Sólo me vendió dos –dijo Steve-. Tenía dinero suficiente para las cuatro, pero no quiso cogerlo. No pronunció palabra, se limitó a dar golpecitos sobre la parte del cartel en la que decía "reservado el derecho de admisión" y luego me entregó una tarjeta en la que se explicaba que el Cirque du Freak sólo vendía dos entradas por cartel. Le ofrecí más dinero del que costaban –tenía casi setenta libras en total-, pero no quiso aceptarlo.

-¿Sólo te vendió dos entradas?- preguntó Tommy, consternado.

-Pero eso significa que... –empezó a decir Alan.

-... sólo podemos ir dos –concluyó Steve. Nos miró de hito en hito con una mirada implacable-. Dos de nosotros tendrán que quedarse en casa.

CAPÍTULO SEIS

Era viernes por la tarde, el final de la semana lectiva, el inicio del fin de semana, y todos reían y corrían a sus casas lo más aprisa posible, encantados de sentirse libres. Excepto por cierto grupito de cuatro desdichados que vagaban por el patio del colegio, con aspecto de estar preparando el inminente fin del mundo. ¿Sus nombres? Steve Leonard, Tommy Jones, Alan Morris y yo, Darren Shan.

-No es justo –protestó Alan-. ¿Quién ha oído hablar nunca de un circo que sólo te permite comprar dos entradas? ¡Es absurdo!

Todos estábamos de acuerdo con él, pero no podíamos hacer nada al respecto, aparte de rondar por el patio y dar patadas al suelo con cara de vinagre.

Por fin, Alan hizo la pregunta que todos teníamos en mente.

-Entonces, ¿quién se queda con las entradas?

Nos miramos unos a otros y agitamos las cabezas indecisos.

-Bueno, Steve tiene que quedarse con una por fuerza –dije-. Ha puesto más dinero que los demás y fue a comprarlas, así que le corresponde una, ¿estamos de acuerdo?

-De acuerdo –dijo Tommy.

-De acuerdo –dijo Alan.

Creo que se quedó con ganas de discutirlo, pero sabía que no se saldría con la suya.

Steve sonrió y cogió una de las entradas.

-¿Quién se viene conmigo? –preguntó.

-Yo traje el cartel –se apresuró a decir Alan.

-¡Eso no cuenta! –le dije-. Steve debería poder elegir.

-¡De eso nada! –rió Tommy-. Tú eres su mejor amigo. Si le dejamos elegir, te escogerá a ti. Yo voto por que peleemos por la entrada. Tengo guantes de boxeo en casa.

-¡Ni hablar! –chilló Alan.

Es esmirriado y nunca se mete en peleas.

-Yo tampoco quiero pelear –dije.

No es que sea cobarde, pero sabía que no tenía la menor oportunidad enfrentándome a Tommy. Su papá le enseña a boxear como un auténtico púgil y hasta tienen su propio saco de entrenamiento. Me habría derribado en el primer asalto.

-Juguémonoslo a quien saque la pajita más corta –dije, pero Tommy no aceptó mi propuesta.

Tiene una mala suerte horrorosa y nunca gana en ese tipo de juegos.

Seguimos discutiendo hasta que a Steve se le ocurrió una idea.

-Ya sé qué podemos hacer –dijo, abriendo su cartera escolar.

Arrancó las dos páginas centrales de un cuaderno y, con ayuda de la regla, las cortó cuidadosamente en trocitos de un tamaño aproximado al de la entrada. Luego sacó la fiambrera del desayuno, ya vacía, y echó dentro los pedazos de papel.

-La cosa funciona así –dijo, sosteniendo en alto la segunda entrada-. Echo esto aquí dentro, tapo y lo agito, ¿vale? –Todos asentimos-. Os ponéis los tres hombro con hombro y yo os echo los papeles por encima de la cabeza. El que atrape la entrada gana.

Yo y el ganador devolveremos a los otros dos su dinero en cuanto nos sea posible. ¿Os parece justo, o alguien tiene una idea mejor?

-A mí me parece bien –dije.

-No sé –rezongó Alan-. Yo soy el más joven. No puedo saltar tan alto como...

-Deja de quejarte –dijo Tommy-. Yo soy el más bajito de los tres y no me importa. Además, la entrada puede salir por debajo del montón, bajar flotando e ir a parar justo en el lugar idóneo para que lo pille el más bajo.

-De acuerdo –dijo Alan-. Pero sin empujar.

-Vale –dije-. Nada de violencia.

-Estoy de acuerdo –asintió Tommy.

Steve tapó el recipiente y lo agitó a conciencia.

-Preparados –dijo.

Nos retiramos a cierta distancia de Steve y nos pusimos en fila. Tommy y Alan estaban muy juntos, pero yo me mantuve un poco apartado, con la idea de tener espacio suficiente para mover los dos brazos.

-Muy bien –dijo Steve-. Lo lanzaré todo por los aires a la de tres. ¿Todos listos?

Los tres asentimos.

-Uno –dijo Steve.

Y vi cómo el sudor perlaba la cara de Alan alrededor de los ojos.

-Dos –dijo Steve.

Y a Tommy se le crisparon los dedos.

-¡Y tres! –gritó Steve, al tiempo que sacaba la tapa y lanzaba los papeles bien alto por los aires.

Un soplo de brisa empujó los pedazos de papel directamente hacia nosotros. Tommy y Alan empezaron a gritar y manotear salvajemente. Era imposible distinguir la entrada entre los fragmentos de papel.

Estaba a punto de empezar a agarrar papeles a voleo cuando, de repente, sentí la urgente necesidad de hacer algo de lo más extraño. Puede parecer una locura, pero siempre he creído que lo mejor es seguir mis impulsos o presentimientos.

Así que lo que hice fue cerrar los ojos, extender las manos como si fuera ciego, y esperar que sucediera un milagro como por arte de magia.

Como seguramente todo el mundo sabe, cuando uno intenta hacer algo que ha visto en una película, por regla general no funciona. Como cuando intentas derrapar con la bicicleta o elevarte por los aires con el monopatín. Pero muy de vez en cuando, cuando menos lo esperas, todo coincide.

Durante un segundo noté cómo los papeles revoloteaban por entre mis manos. Estaba a punto de atraparlos, pero algo me decía que no era todavía el momento. Luego, al instante siguiente, una voz interior me gritó: “¡AHORA!”

Cerré rapidísimamente las manos.

El viento amainó y los pedazos de papel cayeron al suelo. Abrí los ojos y vi a Alan y Tommy de rodillas, buscando la entrada.

-¡Aquí no está! –dijo Tommy.

-¡No la encuentro por ninguna parte! –gritó Alan.

Dejaron de buscar y levantaron la vista hacia mí. Yo no me había movido. Estaba quieto y en silencio, las manos cerradas con fuerza.

-¿Qué tienes en las manos, Darren? –preguntó Steve en voz baja.

Me lo quedé mirando, incapaz de responder. Era como si estuviera soñando, como un sueño en el que no podía moverme ni hablar.

-Él no la tiene –dijo Tommy-. Es imposible. Tenía los ojos cerrados.

-Puede ser –dijo Steve-, pero algo hay en esos puños apretados.

-Ábrelos –dijo Alan, dándome un empujón-. Veamos qué escondes ahí.

Miré a Alan, luego a Tommy, después a Steve. Y entonces, muy lentamente, abrí la mano derecha.

No había nada.

Se me encogió el corazón... y el estómago. Alan sonrió y Tommy empezó a buscar de nuevo por el suelo, intentando encontrar la entrada perdida.

-¿Y la otra mano? –preguntó Steve.

Bajé la mirada hasta mi mano izquierda, cerrada en un puño. ¡Casi me había olvidado de ella! Lentamente, aún más lentamente que antes, la abrí.

Había un pedazo de papel de color verde justo en el centro de la mano, pero estaba boca abajo, y como no llevaba nada escrito por detrás, tuve que darle la vuelta, aunque sólo fuera para asegurarme. Y allí, en letras rojas y azules, el nombre mágico:

CIRQUE DU FREAK.

La tenía. La entrada era mía. Iba a ir al espectáculo freak con Steve.

-¡¡¡SSSÍÍÍÍÍÍÍÍÍ!!! –grité, lanzando un puñetazo al aire.

¡Había ganado!

CAPÍTULO SIETE

Las entradas eran para la función del sábado, lo que resultaba perfecto, puesto que así tendría la oportunidad de hablar con mis padres y preguntarles si podía quedarme a dormir en casa de Steve el sábado por la noche.

No les dije nada del espectáculo freak, porque sabía que me dirían que no si se enteraban. Me hizo sentir mal no decirles toda la verdad, pero en realidad tampoco se podía decir que les hubiera mentido: me había limitado a mantener la boca cerrada.

El sábado no acababa de pasar lo suficientemente rápido. Intenté mantenerme ocupado, que es la mejor manera de conseguir que el tiempo pase sin notarlo, pero no podía dejar de pensar en el Cirque du Freak, deseando que llegara la hora de ir hacia allí. Estaba de bastante mal humor, cosa rara en mí siendo además sábado, y mamá se alegró de perderme de vista cuando llegó la hora de partir hacia casa de Steve.

Annie sabía que iría al espectáculo freak y me pidió que le llevara algo, una fotografía si podía, pero le dije que no permitían entrar con cámaras fotográficas (así lo especificaba la entrada), y no tenía bastante dinero para comprarle una camiseta. Le dije que le compraría un pin si los tenían, o un póster, pero con la condición de que lo tuviera escondido y no les dijera a mamá y papá de dónde lo había sacado en caso de que lo encontraran.

Papá me dejó en casa de Steve a las seis en punto. Me preguntó a qué hora quería que me recogiera por la mañana. Le dije que hacia el mediodía ya iba bien.

-No veáis películas de terror, ¿vale? –dijo antes de marcharse-. No quiero que vuelvas a casa con pesadillas.

-¡Oh, papá! –protesté-. Pero si todos los de mi clase ven películas de terror.

-Escucha –dijo-. No me importa que veas una vieja película de Vincent Price, o alguna de las menos terroríficas de Drácula, pero nada de esas horribles películas modernas, ¿de acuerdo?

-Vale –prometí.

-Buen chico –dijo, y se alejó en su coche.

Fui a toda prisa hasta la casa y toqué el timbre cuatro veces, que era el código secreto que tenía con Steve. Él debía de estar esperando justo allí, porque abrió la puerta de inmediato y tiró de mí hacia dentro.

-Ya era hora –gruñó, y luego señaló hacia las escaleras-. ¿Ve esa colina? –preguntó, hablando como un soldado en una película bélica.

-Sí, señor –dije, dando un golpe de tacones.

-Tenemos que tomarla al amanecer.

-¿Utilizaremos rifles o ametralladoras, señor? –pregunté.

-¿Se ha vuelto loco? –ladró-. Jamás podríamos transportar una ametralladora entre todo ese lodo.

Señaló la alfombra con un gesto de cabeza.

-Lo mejor serán los rifles, señor –convine.

-Y si nos capturan –me advirtió-, guarde la última bala para usted.

Empezamos a subir las escaleras como dos soldados, disparando armas imaginarias contra imaginarios enemigos. Era infantil, pero muy divertido. Steve "perdió" una pierna durante el ascenso y tuve que ayudarle a subir hasta la cima.

-¡Me habéis arrebatado una pierna –gritó desde el descansillo-, y podéis quitarme hasta la vida, pero jamás conseguiréis conquistar mi país!

Era un discurso conmovedor. Por lo menos conmovió a la señora Leonard, que vino desde la sala del piso inferior a ver qué era todo aquel jaleo. Sonrió al verme y me preguntó si quería comer o beber algo. No me apetecía nada. Steve dijo que a él sí le apetecía un poco de caviar con champagne, pero no lo dijo en un tono divertido, así que no me reí.

Steve no se llevaba bien con su madre. Vive solo con ella –su padre se marchó cuando Steve era pequeño- y siempre están discutiendo y gritando. No sé por qué. Nunca se lo he preguntado. Hay ciertas cosas de las que no hablas con tus amigos si eres chico. Las chicas sí pueden hablar de esas cosas, pero si eres chico tienes que hablar de ordenadores, fútbol, guerras y ese tipo de asuntos. Los padres no son un tema atractivo.

-¿Cómo nos escaparemos esta noche? –pregunté en un susurro, mientras la mamá de Steve volvía a la sala.

-No hay problema –dijo Steve-. Ella va a salir.

A menudo la llamaba "ella" en lugar de "mamá".

-Cuando vuelva pensará que estamos acostados.

-¿Y si lo comprueba?

Steve se echó a reír groseramente.

-¿Entrar en mi habitación sin que la llame? No se atrevería.

No me gustaba Steve cuando hablaba de esa forma, pero no dije nada para evitar que cogiera una de sus rabietas. No quería hacer nada que pudiera echar a perder el espectáculo.

Steve sacó algunos de sus cómics de terror y los leímos en voz alta. Steve tiene cómics fantásticos, pensados sólo para adultos. ¡Mis padres se subirían por las paredes si supieran de su existencia!

Steve tiene también montones de revistas viejas y libros sobre monstruos y vampiros y hombres lobo y fantasmas.

-¿La estaca tiene que ser necesariamente de madera? –pregunté al acabar de leer un cómic de Drácula.

-No –dijo él-. Puede ser de metal o de marfil, incluso de plástico, con tal de que sea lo bastante resistente como para llegar a atravesar directamente el corazón.

-¿Y eso mataría a un vampiro? –pregunté.

-Siempre –dijo él.

Fruncí el ceño.

-Pero me dijiste que había que cortarles la cabeza y rellenarla de ajo y echarla al río.

-Algunos libros dicen que eso es lo que hay que hacer –admitió-. Pero eso hay que hacerlo para asegurarse de que matas también el espíritu del vampiro, además del cuerpo, así no puede volver en forma de fantasma.

-¿Puede volver un vampiro en forma de fantasma? –pregunté, con los ojos como platos.

-Probablemente no –dijo Steve-. Pero si dispones de tiempo y quieres asegurarte, vale la pena cortarles la cabeza y deshacerse de ella. No puedes correr riesgos cuando se trata de vampiros, ¿no te parece?

-Claro –dije, estremeciéndome-. ¿Y qué me dices de los hombres lobo? ¿Se necesitan balas de plata para acabar con ellos?

-Creo que no –dijo Steve-. Me parece que con balas normales es suficiente. Puede que tengas que disparar un montón de veces, pero acaban por funcionar.

Steve sabe todo lo que hay que saber acerca de cualquier cosa que tenga que ver con lo terrorífico. Se ha leído todos los libros de terror que puedan existir. Él dice que cada historia contiene por lo menos un poquito de verdad, aunque la mayoría no sean más que invenciones.

-¿Tú crees que el hombre lobo del cirque du Freak será un hombre lobo de verdad? –pregunté.

Steve meneó la cabeza.

-Por lo que yo he leído –dijo- los hombres lobo de los espectáculos de freaks no son más que hombres muy peludos. Algunos son más animales que personas, y comen gallinas vivas y cosas así, pero no son hombres lobo. Un verdadero hombre lobo no resultaría práctico para esos espectáculos, porque sólo pueden convertirse en lobo cuando hay luna llena. Cualquier otra noche sería una persona normal y corriente.

-Ah –dije-. ¿Y el niño serpiente? ¿Tú crees que...?

-Eh –rió-, guárdate las preguntas para luego. Los espectáculos de hace mucho tiempo eran horribles. Los dueños solían matar de hambre a sus freaks, los tenían encerrados en jaulas y los trataban como si fueran inmundicia. Pero no sé cómo será el que vamos a ver. Puede que ni siquiera sean freaks auténticos: quizá sean sólo gente disfrazada.

El espectáculo de los freaks se celebraba en un lugar cercano al otro extremo de la ciudad. Teníamos que salir no mucho más tarde de las nueve para estar seguros de llegar a tiempo. Hubiéramos podido coger un taxi, pero habíamos preferido utilizar la mayor parte de nuestro dinero de bolsillo para reponer el que Steve le había cogido a su madre. Además, era más divertido pasear. ¡Le añadía misterio al asunto, todo era más espectral!

Nos contamos historias de fantasmas mientras caminábamos. Fue Steve quien habló la mayor parte del tiempo, ya que él sabe mucho más que yo al respecto. Estaba en plena forma. A veces olvida los finales de las historias, o confunde los nombres, pero aquella noche no. ¡Aquello era mejor que estar con Stephen King!

Era una larga caminata, más larga de lo que habíamos imaginado, y casi llegamos tarde. Tuvimos que hacer el último medio kilómetro corriendo. Jadeábamos como perros cuando llegamos allí.

El local era un viejo teatro en el que antiguamente se pasaban películas. Había pasado por delante una o dos veces antes. Steve me contó una vez que estaba cerrado porque se había caído un niño del anfiteatro y se había matado. Dijo que aquel lugar estaba embrujado. Le pregunté a mi padre, y él me dijo que todo aquello no era más que una sarta de mentiras. A veces es difícil decidir si tienes que creerte las cosas que te explica tu padre o bien las que te explica tu mejor amigo.

Fuera no había ningún nombre ni cartel anunciador, y tampoco había coches aparcados por las cercanías, ni cola para entrar. Nos detuvimos justo enfrente, doblados hacia delante hasta que recuperamos el aliento. Luego nos erguimos y miramos el edificio. Era alto y sombrío, y estaba construido con piedras grises. Tenía un montón de ventanas rotas, y la puerta parecía la boca abierta de un gigante.

-¿Estás seguro de que es aquí? –pregunté, intentando disimular el miedo.

-Eso decía en las entradas –dijo Steve, y lo comprobó una vez más para asegurarse-. Sí, aquí es.

-Quizá la policía lo descubriera y los freaks hayan tenido que irse a otro sitio –dije-. Quizá no haya ningún espectáculo esta noche.

-Quizás –dijo Steve.

Le miré y me pasé la lengua por los labios nerviosamente.
-¿Qué crees que debemos hacer? –pregunté.
Me devolvió la mirada y dudó un instante antes de responder.
-Creo que deberíamos entrar –dijo al fin-. Hemos venido desde muy lejos. Ahora sería absurdo volver atrás sin asegurarnos antes.
-Estoy de acuerdo –dije, asintiendo.
Luego levanté la vista para observar aquel espeluznante edificio y tragué saliva. Tenía el mismo aspecto que uno de esos lugares que se suelen ver en las películas de terror, lugares en los que entra mucha gente pero de los que nunca sale nadie.
-¿Estás asustado? –le pregunté a Steve.
-No –dijo.
Pero yo oía cómo le castañeteaban los dientes y supe que estaba mintiendo.
-¿Y tú? –preguntó él a su vez.
-Claro que no –dije.
Nos miramos uno al otro y sonreímos. Ambos sabíamos que los dos estábamos aterrorizados, pero por lo menos estábamos juntos. Tener miedo es menos malo cuando no estás solo.
-¿Entramos? –preguntó Steve, intentando adoptar un tono alegre.
-Más vale que sí –dije.
Respiramos hondo, cruzamos los dedos, empezamos a subir las escaleras (había nueve escalones de piedra que llevaban hasta la puerta, todos ellos agrietados y cubiertos de moho) y entramos.

CAPÍTULO OCHO

Nos encontramos en un largo, oscuro y frío pasillo. Yo llevaba la chaqueta puesta, pero tiritaba igualmente. ¡Aquello estaba helado!

-¿Por qué hace tanto frío? –le pregunté a Steve-. Fuera la temperatura era agradable.

-En las casa viejas pasa eso –me dijo.

Echamos a andar. Se veía una luz baja en el otro extremo, de forma que a medida que avanzábamos se iba haciendo más brillante. Eso me reconfortó. De lo contrario creo que no hubiera podido soportarlo: ¡habría sido demasiado aterrador!

Las paredes estaban rayadas y garabateadas, y algunos trozos del techo estaban desconchados. Era un lugar escalofriante. Ya debía ser bastante pavoroso a la luz del día, pero ahora eran las diez, ¡faltaban sólo dos horas para la medianoche!

-Aquí hay una puerta –dijo Steve, deteniéndose.

La empujó hasta que quedó entornada, con un rechinante crujido. Estuve a punto de dar media vuelta y echar a correr. ¡Sonó como si hubiéramos abierto la tapa de un ataúd!

Steve no dejó ver su miedo y asomó la cabeza. No dijo nada durante unos instantes, mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad; luego volvió a cerrarla.

-Son las escaleras que llevan al anfiteatro –dijo.

-¿Desde donde se cayó aquel crío? –pregunté.

-Sí.

-¿Te parece que deberíamos subir? –pregunté.

Negó con la cabeza.

-Creo que no. Ahí arriba está muy oscuro, ni rastro de luz de ningún tipo. Lo intentaremos si no conseguimos encontrar otra entrada, pero creo que...

-¿Puedo ayudaros, niños? –dijo alguien detrás de nosotros, ¡y casi dimos un brinco del susto!

Nos giramos rápidamente y allí estaba el hombre más alto del mundo, mirándonos desde toda su altura como si fuéramos un par de ratas. Era tan alto que la cabeza casi le tocaba al techo. Tenía unas manos enormes y huesudas, y los ojos tan negros que parecían dos pedazos de carbón incrustados en medio de la cara.

-¿No es un poco tarde para que dos jovencitos como vosotros anden rondando por ahí? –preguntó.

Su voz era tan profunda y ronca como el croar de una rana, pero parecía que apenas moviera los labios. Habría podido ser un gran ventrílocuo.

-Nosotros... –empezó a decir Steve, pero tuvo que interrumpirse y pasarse la lengua por los labios antes de continuar hablando-. Hemos venido a ver el Cirque du Freak –dijo.

-¿De veras? –El hombre asintió lentamente-. ¿Tenéis las entradas?

-Sí –dijo Steve, mostrando la suya.

-Muy bien –murmuró el hombre. Luego se giró hacia mí y dijo-: ¿Y tú, Darren? ¿Tienes tu entrada?

-Sí –dije, rebuscando en el bolsillo.

Entonces me detuve en seco. ¡Sabía mi nombre! Miré de soslayo a Steve, que temblaba de pies a cabeza.

El hombre alto sonrió. Tenía los dientes negros y le faltaban unos cuantos, y su lengua era una especie de mancha sucia y amarillenta.

-Me llamo míster Alto –dijo-. Soy el dueño del Cirque du Freak.

-¿Cómo sabía el nombre de mi amigo? –preguntó haciendo alarde de valor Steve.

Míster Alto se echó a reír y se inclinó hasta que sus pupilas estuvieron a la misma altura que las de Steve.

-Yo sé muchas cosas –dijo en voz baja-. Sé cómo os llamáis. Sé dónde vivís. Sé que no os gusta vuestra mamá o vuestro papá.

Se giró hacia mí y di un paso atrás. Su aliento apestaba.

-Sé que tú no les has dicho a tus padres que venías aquí. Y sé cómo obtuviste tu entrada.

-¿Cómo? –pregunté.

Los dientes me castañeteaban tanto que ni siquiera estaba seguro de que me hubiera oído. Si me había oído, decidió no responder, porque a continuación se irguió y nos dio la espalda.

-Tenemos que darnos prisa –dijo, echando a andar. Yo creía que andaría a grandes zancadas, pero no fue así; avanzaba dando cortos pasitos-. La función está a punto de empezar. Ya está todo el mundo sentado y esperando. Llegáis tarde, chicos. Tenéis suerte de que no hayamos empezado sin vosotros.

Giró por una esquina al final del pasillo. Iba sólo dos o tres pasos por delante de nosotros, pero para cuando giramos la esquina, le encontramos sentado tras una larga mesa cubierta de una tela negra que llegaba hasta el suelo. Ahora llevaba un sombrero de copa rojo y un par de guantes.

-Las entradas, por favor –pidió.

Se inclinó hacia delante, cogió las entradas, abrió la boca y se las puso dentro; ¡luego las masticó hasta convertirlas en pequeños fragmentos y se las tragó!

-Muy bien –dijo-. Ahora ya podéis entrar. Normalmente los críos no son bienvenidos, pero ya veo que vosotros sois dos jóvenes estupendos y valientes. Haremos una excepción.

Teníamos dos cortinas azules ante nosotros, corridas al final del pasillo. Steve y yo nos miramos y tragamos saliva.

-¿Tenemos que ir recto hacia delante? –preguntó Steve.

-Naturalmente –dijo míster Alto.

-¿No hay ninguna acomodadora? –pregunté.

Se echó a reír.

-Si querías que alguien te cogiera de la manita –dijo-, ¡deberías haberte traído una canguro!

Aquello me enfureció, y por un momento olvidé lo asustado que estaba.

-Muy bien –le espeté, dando un paso hacia delante, para sorpresa de Steve-. Si así tiene que ser...

Me adelanté con rapidez y decisión y pasé al otro lado de las cortinas.

No sé de qué estarían hechos aquellos cortinajes, pero parecían telas de araña. Me detuve una vez estuve del otro lado. Me encontraba en un corto pasillo, y otro par de cortinas estaban corridas de pared a pared unos metros más allá frente a mí. Oí un ruido y me encontré con Steve al lado. Oíamos sonidos apagados del otro lado de las cortinas.

-¿Tú crees que no es peligroso? –pregunté.

-Creo que es más seguro seguir adelante que volver atrás –respondió-. No creo que a míster Alto le gustara que nos echáramos atrás.

-¿Cómo crees tú que se ha enterado de todas esas cosas acerca de nosotros? –pregunté.

-Debe de poder leer el pensamiento –replicó Steve.

-Ah –dije, y me quedé pensando en eso unos instantes-. Me ha dado un susto mortal –admití.

-A mí también –dijo Steve.

Y seguimos adelante.

Era una sala enorme. Se habían llevado las butacas del teatro hacía mucho tiempo, pero en su lugar había sillas de playa. Buscamos con la mirada asientos desocupados. El teatro estaba a rebosar, pero nosotros éramos los únicos niños. Noté que la gente nos miraba y cuchicheaba.

Los únicos sitios libres estaban en la cuarta fila. Tuvimos que sortear un montón de piernas para llegar a ellos, y la gente refunfuñaba a nuestro paso. Al sentarnos nos dimos cuenta de que se trataba de dos buenas localidades, pues se encontraban justo en el centro y no teníamos a nadie delante. Gozábamos de una visión perfecta del escenario y no nos perderíamos detalle.

-¿Tú crees que venderán palomitas? –pregunté.

-¿En un espectáculo freak? –bufó Steve-. ¡Sé realista! Puede que vendan huevos de serpiente u ojos de lagarto, ¡pero me apuesto lo que quieras a que no venden palomitas!

La gente que llenaba el teatro formaba una mezcla de lo más heterogénea. Algunos vestían elegantemente, otros llevaban chándal. Los había tan viejos como las montañas, pero también quien nos llevaba sólo unos pocos años a Steve y a mí. Algunos charlaban confiadamente con sus compañeros y se comportaban como si estuvieran en un partido de fútbol, otros estaban sentados en silencio y miraban a su alrededor nerviosamente.

Lo que todos compartíamos era una evidente excitación. Veía en los ojos de muchos espectadores la misma luz que brillaba en los de Steve y en los míos. De alguna manera todos sabíamos que estábamos a punto de presenciar algo muy especial, algo que no se iba a parecer a nada que hubiéramos visto antes.

Entonces sonaron unos trombones y todo el mundo permaneció en silencio. Los trombones estuvieron sonando una eternidad, cada vez a mayor volumen, y las luces se fueron apagando una a una hasta que la sala quedó oscura como boca de lobo. Empecé a asustarme de nuevo, pero era demasiado tarde para echarse atrás.

De repente, los trombones dejaron de sonar y se hizo un silencio absoluto. Me zumbaban los oídos y durante unos segundos me sentí mareado. Conseguí recuperarme y me senté bien derecho en mi asiento.

En algún lugar de la parte más alta del teatro, alguien conectó un foco de luz verde y el escenario quedó iluminado. ¡Era fantasmagórico! Durante al menos un minuto entero no sucedió nada más. Luego aparecieron dos hombres que arrastraban una jaula. La habían colocado sobre ruedas y estaba cubierta con lo que parecía una enorme alfombra de piel de oso. Cuando llegaron al centro del escenario se detuvieron, soltaron las cuerdas y desaparecieron a toda prisa entre bastidores.

Durante unos segundos más aún... silencio. Luego volvieron a sonar los trombones, tres notas cortas y potentes. La alfombra salió volando de encima de la jaula y el primer freak nos fue mostrado.

Entonces fue cuando empezó el griterío.

CAPÍTULO NUEVE

No había ninguna necesidad de gritar. El freak en cuestión era bastante impactante, pero estaba encadenado dentro de la jaula. Creo que la gente que gritaba lo hacía para divertirse, como quien grita en la montaña rusa, no porque estuvieran realmente asustados.

Se trataba del hombre lobo. Era muy desagradable, con el cuerpo cubierto de pelo. No llevaba más que un pedazo de tela alrededor de la cintura, como Tarzán, de forma que podíamos ver sus peludas piernas, vientre, espalda y brazos. Llevaba una larga y enmarañada barba que le cubría casi todo el rostro. Tenía los ojos amarillos y los dientes rojos.

Sacudió los barrotes de la jaula y rugió. Era bastante terrorífico. Mucha más gente aún se puso a gritar cuando él rugió. Yo mismo estuve a punto de gritar, pero no quería comportarme como una criatura.

El hombre lobo siguió sacudiendo los barrotes y brincando hasta que se calmó. Cuando estuvo sentado sobre el trasero como hacen los perros, apareció en escena míster Alto y declamó.

-Señoras y caballeros –dijo, y aunque su voz era ronca y hablaba bajo, todo el mundo oía lo que estaba diciendo-, bienvenidos al Cirque du Freak, el hogar de los seres humanos más notables del mundo.

“Somos un circo muy antiguo –prosiguió-. Llevamos quinientos años haciendo giras, conservando lo grotesco de generación en generación. Nuestro repertorio ha cambiado en muchas ocasiones, pero nunca nuestro objetivo, que no es otro que dejarles atónitos y aterrorizados. Les presentamos actuaciones tan espantosas como extravagantes, actuaciones que ustedes no podrían encontrar en ningún otro lugar del mundo.

“Aquellos que sean especialmente asustadizos es mejor que se vayan ahora –advirtió-. Estoy seguro de que algunas personas han venido aquí esta noche pensando que se trataba de una broma. Quizá pensaban que nuestros freaks eran sólo actores disfrazados, o inofensivos inadaptados. ¡No es así! Todo lo que verán esta noche es real. Todos y cada uno de nuestros artistas es único. Y ninguno de ellos es inofensivo.

Con estas palabras acabó su presentación y se retiró del escenario. A continuación aparecieron dos bonitas mujeres con trajes de brillantes colores y abrieron el portillo de la jaula del hombre lobo. Había unas cuantas personas que parecían asustadas, pero nadie abandonó la sala.

Cuando salió de la jaula, el hombre lobo se dedicó a ladrar y aullar, hasta que una de las señoritas le hipnotizó con los dedos. La otra hablaba a la multitud.

-Tienen que estar muy callados –dijo, con acento extranjero-. El hombre lobo no podrá hacerles daño mientras esté bajo nuestro control, pero cualquier sonido demasiado fuerte podría despertarle, ¡y entonces resultaría mortífero!

Cuando les pareció el momento adecuado, bajaron del escenario y pasearon al hipnotizado hombre lobo por todo el teatro. Tenía el pelo de un color gris sucio y caminaba encorvado, con los dedos colgando a la altura de las rodillas.

Las señoritas no se apartaban de su lado y advertían a la gente que permaneciera en silencio. Te dejaban acariciarle si querías, pero tenías que hacerlo suavemente. Steve le frotó la espalda cuando pasaron junto a nosotros, pero yo tenía miedo de que pudiera despertar y morderme, así que no lo hice.

-¿Qué tacto tenía? –pregunté, conservando la serenidad en la medida que me era posible.

-Pinchaba –replicó Steve-, como un erizo – se llevó los dedos a la nariz y olfateó-. Y huele raro, como a goma quemada.

El hombre lobo y las señoritas que le acompañaban iban por la mitad de las filas de asientos cuando se oyó un fuerte estallido: ¡BANG! No sé lo que causó aquel ruido, pero de repente el hombre lobo empezó a rugir y apartó a empujones a las chicas.

La gente empezó a gritar, y los que estaban más cerca brincaron fuera de sus asientos y echaron a correr. Hubo una mujer que no fue lo bastante rápida, y el hombre lobo se abalanzó sobre ella y la tiró al suelo. Ella chillaba fuera de sí, pero nadie se atrevía a intentar ayudarla. Él la hizo rodar sobre el suelo hasta tenerla boca arriba y enseñó los dientes. La mujer levantó una mano con la intención de apartarle de un empujón, pero sus dientes cayeron implacables y... ¡se la cercenaron de un mordisco!

Un par de personas se desmayaron al ver eso, y otras muchas empezaron a chillar y a correr. Entonces, como salido de la nada, apareció míster Alto por detrás del hombre lobo y le rodeó con sus brazos. El hombre lobo se revolvió unos instantes, pero míster Alto le susurró algo al oído y se calmó. Mientras míster Alto se lo llevaba de vuelta al escenario, las dos señoritas tranquilizaron a la muchedumbre y rogaron que todo el mundo volviera a ocupar su asiento.

Mientras la multitud dudaba sin saber qué hacer, la mujer a la que le habían arrancado una mano de un mordisco no dejaba de gritar. La sangre le salía a borbotones de la muñeca, manchando el suelo y a otras personas. Steve y yo la mirábamos sin parpadear, con la boca abierta, preguntándonos si moriría.

Míster Alto volvió del escenario, recogió la mano cercenada y soltó un estridente silbido. Dos personas con batas azules y encapuchadas se acercaron a toda prisa. Eran bajitas, no mucho más grandes que yo o Steve, pero tenían los brazos y las piernas muy gruesos, y estaban muy musculadas. Míster Alto incorporó a la mujer y le susurró algo al oído. Ella dejó de gritar y se sentó muy quieta.

Míster Alto le cogió la muñeca, luego buscó en su bolsillo y sacó un saquito de cuero. Lo abrió con la mano que le quedaba libre y espolvoreó un centelleante polvo rosado sobre la sangrante muñeca. A continuación colocó la mano bien prieta contra la herida e hizo un gesto de cabeza a las dos personas vestidas de azul. Éstas sacaron un par de agujas y gran cantidad de bramante anaranjado. Y entonces, para gran sorpresa de todos los presentes en el teatro, ¡empezaron a coser la mano a la muñeca de la mujer!

Las personas de azul estuvieron cosiendo durante cinco o seis minutos. La mujer no sentía ningún dolor, a pesar de que las agujas le atravesaban la carne, formando un círculo alrededor de su muñeca. Cuando terminaron, guardaron las agujas y el hilo sobrante y volvieron al lugar de donde fuera que hubiesen salido. En ningún momento se quitaron las capuchas, así que no sabría decir si se trataba de hombres o mujeres. Cuando se hubieron marchado, míster Alto le soltó la mano a la mujer y se apartó ligeramente de ella.

-Mueva los dedos –dijo.

La mujer le miraba fijamente sin comprender.

-¡Mueva los dedos! –repitió él, y esta vez ella los movió.

¡Se movían!

Todo el mundo emitió un grito sofocado. La mujer se miraba fijamente los dedos como si no pudiera creer que fueran reales. Volvió a moverlos. Luego se puso en pie y levantó la mano por encima de la cabeza. La sacudió tan fuerte como pudo, ¡y estaba como nueva! Se veían los puntos, pero ya no había sangre, y los dedos parecían funcionar a la perfección.

-Se pondrá bien –le dijo míster Alto-. Los puntos se desprenderán solos en un par de días. Entonces estará curada del todo.

-¡Quizá no baste con eso! –gritó alguien, y un hombre corpulento y con la cara colorada se adelantó-. Soy su marido –dijo-, y en mi opinión tenemos que ir a buscar un médico y a la policía. ¡No puede usted soltar a un animal salvaje como ése entre una multitud! ¿Qué habría pasado si le llega a arrancar la cabeza de un mordisco?

-Entonces estaría muerta –dijo míster Alto tranquilamente.

-Escuche, tío –empezó a decir el marido, pero míster Alto le interrumpió.

-Dígame, señor –dijo míster Alto-, ¿dónde estaba usted cuando el hombre lobo la atacó?

-¿Yo? –preguntó el hombre.

-Sí –dijo míster Alto-. Usted es su marido. Estaba sentado a su lado cuando la bestia escapó. ¿Por qué no acudió en su ayuda?

-Bueno, yo... No había tiempo que perder... Yo no podía... No estaba...

No importaba lo que dijera, el marido no podía salir bien parado porque no había más que una respuesta verdadera: había huido, preocupado sólo por sí mismo.

-Escúcheme –dijo míster Alto-. Se lo advertí con franqueza. Dije que este espectáculo podía ser peligroso. Éste no es un bonito y tranquilo circo en el que nada puede salir mal. Aquí puede haber errores y estas cosas suceden, y ha habido veces en que otras personas han salido mucho peor paradas que su esposa. Ésa es la razón por la que este circo está proscrito. Ésa es la razón por la que debemos actuar en viejos teatros al abrigo de la noche. La mayoría de las veces todo va como la seda y nadie resulta herido. Pero no podemos garantizarle absoluta seguridad.

Míster Alto se giró formando un círculo y pareció mirar a todos los presentes a los ojos mientras giraba.

-¡No podemos garantizar la seguridad de nadie! –bramó-. No es probable que tengamos otro incidente parecido, pero puede suceder. Lo diré una vez más: si tienen miedo, váyanse. ¡Váyanse ahora, antes de que sea demasiado tarde!

Unas pocas personas se marcharon. Pero la mayoría se quedó a ver el resto del espectáculo, incluso la mujer que había estado a punto de perder una mano.

-¿Quieres que nos marchemos? –le pregunté a Steve, medio esperando que me dijera que sí.

Todo aquello era muy excitante y yo estaba emocionado, pero también asustado.

-¿Te has vuelto loco? –dijo él-. Esto es fabuloso. No querrás marcharte, ¿no?

-De ninguna manera –mentí, y esbocé una tímida sonrisa.

¡Si no hubiera tenido tanto miedo a quedar como un cobarde! Habría podido marcharme y todo habría ido bien. Pero no, tenía que comportarme como un gran hombre y quedarme allí sentado hasta el final. Si supieras cuántas veces desde entonces he deseado haberme marchado en aquel mismo momento todo lo deprisa que me lo hubiera permitido mi cuerpo sin mirar atrás...

CAPÍTULO DIEZ

En cuanto míster Alto hubo abandonado el escenario y todos hubimos ocupado de nuevo nuestros asientos, el segundo freak, Alexander Calavera, salió a la palestra. Era más una actuación cómica que de terror, que era justo lo que necesitábamos para tranquilizarnos tras aquel aterrador principio. Se me ocurrió mirar por encima del hombro y vi a dos de las personas encapuchadas de azul limpiando la sangre del suelo de rodillas.

Alexander Calavera era el hombre más escuálido que hubiera visto nunca. ¡Era casi un esqueleto! Parecía totalmente descarnado. Hubiera podido resultar aterrador, de no ser por su amplia y amigable sonrisa.

Bailaba sobre el escenario al ritmo de una extraña música. Iba vestido de ballet, y tenía un aspecto tan ridículo que pronto estuvo todo el mundo riendo. Al rato dejó de bailar y empezó a hacer estiramientos. Aseguraba ser contorsionista (gente que tiene los huesos como de goma, y puede doblarlos en cualquier dirección).

Para empezar echó la cabeza hacia atrás de tal manera que parecía que se la hubiesen cortado. Se dio la vuelta para que pudiéramos ver su rostro vuelto del revés, y luego... ¡continuó flexionándose hasta que la cabeza tocó el suelo! Entonces puso las manos por la parte posterior de los muslos abiertos y pasó la cabeza entre ellos, adelantándola hasta que volvimos a verla de frente. ¡Era como si le brotara del vientre!

Con eso arrancó una buena salva de aplausos del público, tras la cual se reincorporó y empezó a retorcerse de arriba abajo como una soga trenzada. Siguió enroscándose más y más, y llegó a dar cinco vueltas, hasta que los huesos empezaron a crujir bajo tanta tensión. Permaneció en esa postura durante un minuto y luego empezó a desenrollarse a una velocidad increíble.

A continuación cogió dos baquetas de vibrafonista. Golpeó con una de ellas una de sus descarnadas costillas. ¡Abrió la boca y brotó una nota musical! Tenía el mismo timbre que un piano. Luego cerró la boca y golpeó una costilla del otro lado de su cuerpo. Esta vez emitió una nota más audible y aguda.

Tras "afinar" un poco más, ¡abrió la boca y empezó a tocar melodías! Interpretó *London Bridge Is Falling Down*, unas cuantas canciones de los Beatles y las sintonías de algunos programas de televisión muy conocidos.

Aquel esquelético personaje abandonó el escenario bajo una lluvia de vítores que le pedían más. Pero ningún freak sale nunca a dar un bis.

Después de Alexander Calavera salió Rhamus Dostripas, tan extremadamente gordo como extremadamente flaco era Alexander. ¡Era ENORME! Las tablas del escenario crujieron bajo su peso.

Se acercó al borde y empezó a fingir que estaba a punto de dejarse caer encima del público. Vi la cara de inquietud de algunas personas de las primeras filas, y algunos hasta se apartaron de un brinco cuando le tuvieron delante. Y no les culpo: si caía sobre ellos los dejaba transparentes como el papel de fumar!

Se detuvo en el centro del escenario.

-Hola –dijo. Tenía una bonita voz, grave y sonora-. Me llamo Rhamus Dostripas, ¡y es cierto que tengo dos tripas! Nací así, igual que algunos animales. Los médicos se

quedaron perplejos y decidieron que era un freak. Por eso me enrolé en este espectáculo y estoy aquí esta noche.

Aparecieron las mujeres que habían hipnotizado al hombre lobo con dos mesitas de ruedas cargadas de comida: pasteles, patatas fritas, hamburguesas, cajas de dulces y verduras. ¡Allí había cosas que ni siquiera había visto nunca, ya no digamos probarlas!

-Ñam, ñam –dijo Rhamus.

Señaló un enorme reloj que bajaba del techo sujeto por sogas y que se detuvo a unos tres metros por encima de su cabeza.

-¿Cuánto tiempo calculan ustedes que necesito para comerme todo esto? –preguntó señalando la montaña de comida-. Hay un premio para quien más se acerque.

-¡Una hora! –gritó alguien.

-¡Cuarenta y cinco minutos! –bramó otro.

-¡Dos horas, diez minutos y treinta y tres segundos! –chilló una tercera persona.

Pronto estuvimos todos apostando. Yo dije una hora y tres minutos. Steve veintinueve minutos. La apuesta más baja era diecisiete minutos.

Cuando todo el mundo hubo apostado, el reloj se puso en marcha y Rhamus empezó a comer. Comía a la velocidad de la luz. Movía los brazos tan deprisa que apenas podía verlos. Parecía no cerrar la boca en ningún momento. Iba echando comida en ella, engullía y seguía adelante.

Todos estábamos encandilados. Yo me sentía enfermo sólo con verlo. ¡Había quien realmente “estaba” enfermo!

Por fin, Rhamus se zampó el último bollo y el reloj se detuvo.

¡Cuatro minutos y cincuenta y seis segundos! ¡Se había tragado todo aquello en menos de cinco minutos! No podía creerlo. Parecía imposible, incluso para alguien que tuviera dos tripas.

-No ha estado mal –dijo Rhamus-, pero habría tomado un poco más de postre.

Mientras todos aplaudíamos riendo, las mujeres de los vestidos brillantes retiraron las mesas vacías y sacaron otra llena de estatuillas de cristal, tenedores, cucharas y pedazos de chatarra.

-Antes de empezar –dijo Rhamus-, tengo que advertirles de que no intenten hacer esto en sus casas. Yo puedo comer cosas que matarían de indigestión a las personas normales. ¡No quieran imitarme! Podrían morir en el intento.

Empezó a comer. De entrante se tragó sin pestañear un par de tornillos y tuercas. Cuando hubo engullido unos cuantos puñados más sacudió su enorme y redondeado vientre y oímos el tintineo del metal en su interior.

¡Contrajo el vientre y escupió todos los tornillos y tuercas! Si hubieran sido sólo uno o dos hubiera podido pensar que los escondía bajo la lengua o en los carrillos, pero ¡ni siquiera la enorme boca de Rhamus Dostripas era capaz de contener aquella montaña de hierro!

A continuación se comió las estatuillas de cristal. Masticaba el vidrio hasta hacerlo añicos antes de tragárselo con un sorbo de agua. Luego se comió las cucharas y los tenedores. Las doblaba en forma de círculo con las manos y las dejaba caer en la boca cuello abajo. Explicó que su dentadura no era lo bastante fuerte como para masticar metal.

Después se tragó una larga cadena metálica y se quedó quieto aguantándose el vientre con las manos. Éste empezó a rugir y temblar. No fui consciente de lo que estaba sucediendo hasta que dio una arcada y vi aparecer de nuevo el extremo de la cadena por su boca.

Cuando hubo sacado la cadena por completo, ¡vi que las cucharas y los tenedores estaban engarzados en ella! Había conseguido pasar la cadena por todas las anillas con el estómago. Era increíble.

Cuando Rhamus salió del escenario, pensé que nadie podía superar una actuación como aquélla.

¡Me equivocaba!

CAPÍTULO ONCE

Tras Rhamus Dostripas, dos de las personas encapuchadas de azul recorrieron la sala vendiendo chucherías. Había cosas muy guais, como moldes de chocolate con la forma de los tornillos y tuercas que Rhamus Dostripas se había comido, y muñecos de goma de Alexander Calavera que podías doblar y estirar como quisieras. Y también había jirones de la peluda piel del hombre lobo. Yo compré uno de esos: era dura y fuerte, afilada como un cuchillo.

-Habrá más sorpresas –anunció míster Alto desde el escenario-, así que no se lo gasten todo ahora.

-¿Cuánto vale la estatuilla de cristal? –preguntó Steve.

Era igual a las que Rhamus Dostripas había desmenuzado. La persona encapuchada de azul no dijo nada; se limitó a enseñar un cartelito con el precio.

-No sé leer –dijo Steve-. ¿Podría decirme cuánto vale?

Miré fijamente a Steve, preguntándome por qué había mentido. La persona oculta tras la capucha azul continuó sin hablar. Esta vez el encapuchado (o encapuchada) meneó la cabeza nerviosamente y siguió adelante, sin dar tiempo a que Steve dijera nada más.

-¿A qué estás jugando? –pregunté.

Steve se encogió de hombros.

-Quería oír su voz –dijo- para ver si era humano.

-Pues claro que es humano –dije-. ¿Qué otra cosa podría ser?

-No lo sé –dijo él-. Por eso preguntaba. ¿No te parece extraño que lleven la cara cubierta todo el rato?

-Puede que se avergüencen –dije.

-Quizá –replicó, pero noté que no creía que se tratara de eso.

Cuando los que vendían chucherías hubieron terminado, le llegó el turno al siguiente freak. Era la mujer barbuda, y al principio pensé que se trataba de un chiste, porque, ¡no tenía barba!

Míster Alto se puso en pie tras ella y dijo:

-Señoras y caballeros, éste es un número muy especial. Truska acaba de incorporarse a nuestra pequeña familia. Es una de las más increíbles artistas que haya visto nunca, pues posee un talento verdaderamente único.

Míster Alto se retiró. Truska era muy guapa, y llevaba un vestido evasé de color rojo con muchas y sugerentes aberturas. Muchos de los hombres presentes en el teatro empezaron a toser y a revolverse en sus asientos.

Truska se acercó al borde del escenario para que pudiéramos verla mejor y dijo algo que sonó como un ladrido de foca. Se puso las manos en la cara, una a cada lado y se acarició la piel con suavidad. Luego se tapó la nariz con dos dedos mientras se hacía cosquillas en la barbilla con la otra mano.

Sucedió algo extraordinario: ¡le empezó a crecer la barba! Brotaban pelos por todas partes: primero por la barbilla, después sobre el labio superior, luego las mejillas, y finalmente toda la cara. Era una barba larga, rubia y cerrada.

Dejó que le creciera por espacio de diez u once minutos. Entonces apartó los dedos de la nariz, bajó del escenario y se mezcló entre la gente, dejando que le acariciaran y tiraran de la barba.

La barba seguía creciendo mientras ella pasaba por entre el público, hasta que ¡acabó llegándole a los pies! Cuando alcanzó el fondo del teatro, dio media vuelta y volvió al escenario. Aunque no corría la menor brisa, parecía andar con el pelo al viento, acariciando con él las caras de los espectadores al pasar.

Cuando hubo vuelto al escenario, míster Alto pidió al público si alguien tenía unas tijeras. Muchas mujeres las llevaban encima. Míster Alto invitó a algunas de ellas a subir.

-El Cirque du Freak entregará un lingote de oro macizo a quien sea capaz de cortarle la barba a Truska –dijo, sosteniendo en alto un pequeño lingote amarillo para demostrar que no hablaba en broma.

Aquello resultaba de lo más excitante, y durante los siguientes diez minutos casi todos los presentes en el teatro intentaron cortarle la barba. ¡Pero nadie pudo! Nada era lo bastante fuerte para cortar aquella barba, ni siquiera una podadora de jardinería que el propio míster Alto puso a su disposición. ¡Lo más curioso era que su tacto continuaba siendo suave, como si fuera cabello normal y corriente!

Cuando todo el mundo se dio por vencido, míster Alto desapareció del escenario y Truska se colocó en el centro de nuevo. Se acarició las mejillas y se apretó la nariz como había hecho antes, ¡pero esta vez la barba fue acortándose como si creciera al revés! Bastaron un par de minutos para que todos los pelos hubieran desaparecido y ella recuperara exactamente el mismo aspecto que tenía al principio. Se retiró bajo el estruendo de los aplausos para dejar paso casi de inmediato al siguiente número.

Se llamaba Hans el Manos. Empezó por hablarnos de su padre, que había nacido sin piernas. El padre de Hans aprendió a caminar con las manos con la misma seguridad con la que el resto de la gente lo hacía con los pies, y les había explicado a sus hijos su secreto.

Dicho esto, Hans se sentó, levantó las piernas y se pasó los pies por detrás del cuello. Se apoyó en las manos y caminó con ellas por el escenario; luego se levantó de un brinco y retó a cuatro hombres elegidos al azar entre el público a que hicieran una carrera contra él. Ellos podían correr con las piernas; por su parte él lo haría con las manos. Prometió un lingote de oro a quien fuera capaz de vencerle.

Se utilizaron los pasillos del teatro como pista para la carrera, y a pesar de su desventaja, Hans les ganó a los cuatro con facilidad. Declaró que en sprint era capaz de recorrer cien metros en ocho segundos con las manos, y nadie en el teatro lo puso en duda. A continuación realizó unas cuantas acrobacias realmente espectaculares con las que nos demostró que una persona podía arreglárselas igualmente bien con piernas o sin ellas. Su número no era especialmente emocionante, pero sí muy atractivo.

Cuando Hans se retiró hubo una pequeña pausa antes de que reapareciera míster Alto.

-Señoras y caballeros –dijo-, nuestra siguiente actuación es también única y sorprendente. Puede ser bastante peligrosa, así que les ruego que no hagan ruido ni aplaudan hasta que nosotros les digamos que ya no hay peligro.

Se hizo un silencio absoluto. ¡Después de lo que había pasado con el hombre lobo, nadie necesitaba que le repitieran las cosas!

Cuando le pareció que el silencio era aceptable, míster Alto se fue del escenario. Mientras salía gritó el nombre del siguiente freak, pero fue un grito como con sordina:

-¡Míster Crepsley y Madam Octa!

Atenuaron la iluminación y apareció en el escenario un hombre con un aspecto escalofriante. Era alto y delgado, tenía la piel muy blanca y un solitario y pequeño mechón de pelo anaranjado en la coronilla. Una enorme cicatriz le cruzaba la mejilla izquierda. Le llegaba a la comisura de los labios, y daba la sensación de que tirara de la boca hacia un lado de la cara.

Llevaba ropa de color granate y sostenía una cajita de madera que colocó sobre una mesa. Una vez se hubo sentado, se volvió hacia el público y nos miró de frente. Sonrió con una inclinación de cabeza. Cuando sonreía resultaba aún más estremecedor, ¡como un payaso loco que vi una vez en una película de terror! Luego empezó a explicar en qué consistía su número.

Me perdí la primera parte de su parlamento porque no estaba atento al escenario. Miraba a Steve. Y es que cuando apareció míster Crepsley se hizo un silencio total, con la única excepción de una persona que había dado un sonoro respingo.

Steve.

Miraba fijamente y lleno de curiosidad a mi amigo. Estaba casi tan pálido como míster Crepsley y temblaba de arriba abajo. Hasta dejó caer el muñeco de goma de Alexander Calavera que había comprado.

Tenía la mirada fija en míster Crepsley, como si no pudiera despegarla de él, y cuando vi cómo miraba al freak, el pensamiento que cruzó mi mente fue: “¡Parece que haya visto un fantasma!”

CAPÍTULO DOCE

-No es cierto que todas las tarántulas sean venenosas –dijo míster Crepsley.

Tenía una voz profunda. Conseguí apartar la mirada de Steve y prestar atención a lo que sucedía en el escenario.

-La mayoría son tan inofensivas como una araña corriente de cualquier otro lugar del mundo. Y las venenosas no suelen tener más veneno que el justo para matar criaturas muy pequeñas.

"¡Pero algunas son mortales! –prosiguió-. Las hay capaces de matar a un hombre con una sola picadura. Son raras, sólo se las encuentra en lugares remotos, pero existen.

"Y yo tengo una de esas arañas –dijo, abriendo la cajita.

Pasaron unos segundos sin que sucediera nada, pero entonces apareció la araña más grande que hubiera visto nunca. Era de color verde, púrpura y rojo, y tenía largas patas peludas y un cuerpo enorme y rechoncho. No me daban miedo las arañas, pero aquella era terrorífica.

La araña avanzó lentamente. Luego flexionó las patas y pareció agazaparse, como si esperase al acecho una mosca.

-Madam Octa me acompaña desde hace varios años –dijo míster Crepsley-. Es mucho más longeva que las arañas corrientes. El monje que me la vendió dijo que algunas de sus congéneres habían vivido hasta veinte o treinta años. Es una criatura increíble, a la vez venenosa e inteligente.

Mientras él hablaba, una de las personas encapuchadas de azul sacó una cabra al escenario. Balaba lastimeramente e intentaba escapar. La persona encapuchada la ató a la mesa y se retiró.

La araña empezó a moverse al ver y oír a la cabra. Avanzó hasta el borde de la mesa y allí se detuvo, como si estuviera esperando una orden. Míster Crepsley sacó del bolsillo del pantalón un pequeño pito –él lo llamó flauta- y tocó unas cuantas notas cortas. Madam Octa saltó al vacío de inmediato y fue a aterrizar en el cuello de la cabra.

Cuando la araña cayó sobre ella, la cabra dio un brinco y empezó a balar más fuerte. Madam Octa hizo caso omiso, siguió adelante y se acercó unos centímetros más a la cabeza. Cuando estuvo preparada, ¡sacó los quelíceros y los hundió en el cuello de la cabra!

La cabra se quedó petrificada, con los ojos muy abiertos. Dejó de balar, y a los pocos segundos, se desplomó. Creí que estaba muerta, pero luego noté que todavía respiraba.

-Con esta flauta domino la voluntad de Madam Octa –dijo míster Crepsley, y yo aparté la mirada de la cabra tirada en el suelo.

Esgrimió la flauta lentamente por encima de su cabeza.

-Aunque llevemos juntos mucho tiempo, no es una simple mascota, y sin duda me mataría si alguna vez pierdo esto.

"La cabra está paralizada –dijo-. He adiestrado a Madam Octa para que no mate del todo con la primera picadura. Si la abandonáramos a su suerte, la cabra acabaría por morir –no hay antídoto contra la picadura de Madam Octa- pero tenemos que acabar con todo esto rápidamente.

Tocó su flauta y Madam Octa subió por el cuello de la cabra hasta detenerse junto a la oreja. Sacó los quelíceros de nuevo y mordió. La cabra se estremeció, luego quedó inerte.

Estaba muerta.

Madam Octa saltó de la cabra y avanzó hacia la parte delantera del escenario. La gente de las primeras filas se alarmó hasta el extremo de que algunos dieron un brinco. Pero se quedaron petrificados con una escueta orden de míster Crepsley.

-¡No se muevan! –silbó-. Recuerden lo que se les ha advertido: ¡cualquier ruido inesperado puede significar la muerte!

Madam Octa se detuvo al borde del escenario y se irguió sobre sus dos patas traseras, ¡como un perro! Míster Crepsley tocó suavemente la flauta y la araña empezó a caminar hacia atrás, todavía sobre dos patas. Cuando llegó a la altura de la pata más cercana de la mesa, se giró y subió de un salto.

-Ahora están a salvo –dijo míster Crepsley, y la gente de las primeras filas volvió a ocupar sus asientos, lo más lenta y silenciosamente que fueron capaces.

“Pero por favor –añadió-, no hagan ruido, porque si lo hacen puede que me ataque a mí.

No sé si míster Crepsley sentía realmente miedo o no era más que parte de la actuación, pero parecía asustado. Se secó el sudor de la frente con la manga derecha de la chaqueta, volvió a llevarse la flauta a los labios y tocó una extraña y breve melodía.

Madam Octa levantó la cabeza y pareció saludar con una inclinación. Caminó sobre la mesa hasta ponerse frente a míster Crepsley. Él bajó la mano derecha y la araña empezó a subir por su brazo. La sola idea de aquellas largas y peludas patas caminando por encima de su piel me hacía sudar de pies a cabeza. ¡Y eso que a mí me gustan las arañas! Las personas a las que les dan miedo debieron de morderse las uñas hasta sangrar de puros nervios.

Cuando hubo recorrido todo el brazo, siguió subiendo por el hombro, el cuello, la oreja, y no se detuvo hasta colocarse encima de la cabeza, donde se agazapó. Parecía una especie de sombrero de lo más extravagante.

Al cabo de un momento, míster Crepsley empezó a tocar la flauta de nuevo. Madam Octa empezó a descender por el otro lado de la cara, siguiendo el trazo de la cicatriz, y paseó por su rostro hasta quedar boca arriba sobre el mentón. Entonces segregó un hilo de seda y se descolgó por él.

Ahora colgaba a unos diez centímetros por debajo de la barbilla, y poco a poco empezó a mecerse de lado a lado. Pronto consiguió columpiarse tan alto que llegaba de oreja a oreja. Tenía las patas flexionadas, y desde donde yo estaba sentado parecía una bola de lana.

De repente hizo un movimiento extraño, y míster Crepsley echó atrás la cabeza con tal fuerza que la araña salió volando por los aires. El hilo se rompió y ella empezó a dar vueltas de campana. Observé cómo subía y bajaba por el aire. Yo pensaba que aterrizaría encima de la mesa, pero no fue así. ¡En realidad fue a caer justo en la boca de míster Crepsley!

Casi me puse enfermo con sólo imaginar a Madam Octa deslizándose garganta abajo hasta el estómago. Estaba convencido de que le picaría, de que iba a matarle. Pero la araña era mucho más lista de lo que yo creía. Mientras caía, abrió las patas y se apoyó con ellas en los labios.

Él levantó la cabeza hacia delante para que pudiéramos verle bien la cara. Tenía la boca completamente abierta, y Madam Octa estaba suspendida entre sus labios. Su cuerpo latía dentro y fuera de la boca; parecía un globo que él estuviera hinchando y deshinchando.

Me pregunté dónde estaría la flauta y cómo se las arreglaría ahora para dominar a la araña. Entonces apareció míster Alto con otra flauta. No tocaba tan bien como míster Crepsley, pero sí lo bastante como para que Madam Octa se diera por enterada. Ella se paró a escuchar, y luego pasó de un lado a otro de la boca de míster Crepsley.

Al principio no sabía lo que estaba haciendo, así que estiré el cuello para ver mejor. Al ver los retazos de blanco en los labios de míster Crepsley lo entendí: ¡estaba tejiendo una telaraña!

Cuando hubo terminado, se dejó caer desde el mentón, como había hecho antes. Una telaraña grande y tupida ocupaba la boca de míster Crepsley. ¡Y empezó a lamerla y masticarla! Se la comió toda, luego se acarició la tripa (con mucho cuidado de no tocar a Madam Octa) y dijo:

-Delicioso. No hay nada más sabroso que una buena telaraña recién hecha. En el lugar del que procedo son un manjar.

Hizo que Madam Octa jugara encima de la mesa con una pelota, y hasta que se sostuviera en equilibrio sobre ella. Luego dispuso diminutos aparatos de gimnasia, pesas en miniatura, cuerdas y anillas, y le hizo hacer ejercicios con ellas. Era capaz de hacerlo todo con la misma destreza que un ser humano: levantar pesar, trepar por la cuerda y colgarse de las anillas.

A continuación sacó una minúscula cena esmeradamente servida. Había platos, cuchillos y tenedores diminutos, así como vasos chiquititos. Los platos estaban llenos de moscas muertas y otros pequeños insectos. No sé qué era lo que contenían los vasos.

Madam Octa tomó su cena con una pulcritud admirable. Era perfectamente capaz de coger los cubiertos –cuatro cuchillos y tenedores a la vez- y comer con ellos. ¡Tenía hasta un falso salero con el que sazonó uno de los platos!

Creo que fue cuando bebía del vaso cuando decidí que Madam Octa era la mascota más extraordinaria que hubiera visto nunca. Habría dado cualquier cosa por poseerla. Sabía que era imposible –mamá y papá no me dejarían tenerla aun en el caso de que pudiera comprarla-, pero eso no evitaba que lo deseara con todas mis fuerzas.

Al terminar su número, míster Crepsley volvió a meter a la araña en su caja y saludó con una inclinación a un público enfervorecido. Oí decir a alguien que era injusto haber matado a la pobre cabra, pero había sido sensacional.

Me giré hacia Steve para comentarle lo extraordinaria que me había parecido la araña, pero él observaba fijamente a míster Crepsley. Ya no parecía asustado, pero tampoco tenía un aspecto del todo normal.

-Steve, ¿qué te pasa? –pregunté.

No respondió.

-¿Steve?

-¡Shhh! –musitó, y no pronunció ni una palabra hasta que míster Crepsley se hubo ido. Observó atentamente cómo aquel hombre de aspecto extravagante desaparecía entre bambalinas. Luego se volvió hacia mí y balbució:

-¡Es increíble!

-¿La araña? –pregunté-. Ha sido fantástico. ¿Cómo crees tú que lo hace para...?

-¡No estoy hablando de la araña! –me espetó- ¿A quién le importa un estúpido arácnido? Hablo de... de míster Crepsley.

Se interrumpió un instante antes de pronunciar su nombre, como si hubiera estado a punto de llamarle de alguna otra forma.

-¿Míster Crepsley? –pregunté, desconcertado-. ¿Qué tiene él de fantástico? Lo único que ha hecho es tocar la flauta.

-Tú no lo entiendes –se impacientó Steve-. No sabes quién es en realidad.

-¿Y tú sí lo sabes? –pregunté.

-Sí –dijo-, ya que lo preguntas, sí que lo sé.

Se frotó la barbilla; pareció inquietarse de nuevo.

-Sólo espero que él no se dé cuenta de que lo sé. De lo contrario... puede que nunca salgamos con vida de aquí.

CAPÍTULO TRECE

Había otro descanso tras la actuación de míster Crepsley y Madam Octa. Intenté que Steve me explicara algo más acerca de la verdadera identidad de aquel hombre, pero sus labios estaban sellados. Lo único que dijo fue:

-Tengo que pensar detenidamente en esto.

Luego cerró los ojos, agachó la cabeza y se quedó pensativo.

Volvieron a vender bagatelas durante el intermedio: barbas como la de la mujer barbuda, muñecos de Hans el Manos y, lo mejor de todo, arañas de goma idénticas a Madam Octa. Compré dos, una para mí y otra para Annie. No era lo mismo que poseer la auténtica, pero tendría que conformarme.

También vendían telarañas de caramelo. Compré seis con todo el dinero que me quedaba y me comí dos mientras esperaba a que saliera el siguiente freak. Sabían igual que las nubes de algodón azucarado. La segunda me la coloqué sobre los labios y la chupé como había hecho míster Crepsley.

Las nubes se atenuaron hasta dejar la sala en penumbra y todos volvieron a ocupar sus asientos. Era el turno de Gertha Dientes. Era una mujer corpulenta, con gruesos muslos, brazos gruesos, cuello grueso y cabeza gorda.

-¡Señoras y caballeros, soy Gertha Dientes! –dijo, muy seria-. ¡Tengo los dientes más fuertes del mundo! Cuando era niña, mi padre me metió los dedos en la boca, jugando, ¡y le corté dos de un mordisco!

Unos cuantos se echaron a reír, pero los acalló con una furiosa mirada.

-¡No soy cómica! –disparó-. ¡Si alguien vuelve a reírse de mí bajare y le arrancaré la nariz de un mordisco!

Aquello sonaba bastante divertido, pero nadie se atrevió a soltar ni una risita.

Hablaba en voz muy alta. Todo lo que decía parecía un grito encerrado entre signos exclamativos (¡!).

-¡Dentistas de todo el mundo se han quedado con la boca abierta al ver mi dentadura! –dijo- ¡Me han examinado en los mejores gabinetes de odontología del mundo, pero nadie ha sido capaz de explicar la causa de que sean tan fuertes! ¡Me han ofrecido grandes cantidades de dinero por prestarme como conejillo de indias, pero me gusta viajar, así que las rechacé!

Cogió cuatro barras de acero, todas de unos treinta centímetros de largo, pero de diferentes grosores. Pidió voluntarios y cuatro hombres se apresuraron a subir al escenario. Dio a cada uno de ellos una barra y les pidió que intentaran doblarlas. Pusieron todo su empeño, pero no lo consiguieron. Cuando se dieron por vencidos, ella cogió la barra más delgada, se la llevó a la boca y ¡la seccionó de un mordisco limpiamente!

Devolvió las dos mitades a uno de los hombres. Él se la quedó mirando estupefacto, luego se llevó un extremo a la boca y probó a morder para asegurarse de que era acero auténtico. Sus aullidos de dolor al casi partirse los dientes fueron la mejor prueba de que, en efecto, se trataba de acero.

Gertha hizo lo mismo con la segunda y tercera barras, cada una de las cuales era más gruesa que la anterior. En cuanto a la cuarta, la más gruesa de todas, la trituró como si fuera una tableta de chocolate.

A continuación, dos de los ayudantes encapuchados de azul sacaron al escenario un enorme radiador, ¡y Gertha lo llenó de agujeros a bocados! ¡Luego trajeron una bicicleta y la convirtió con los dientes en una pelotita, con ruedas y todo! No creo que hubiera nada en el mundo que Gertha no fuera capaz de masticar si se lo proponía.

Llamó nuevos voluntarios al escenario. Le entregó a uno de ellos un mazo de hierro y un enorme escoplo, a otro un martillo y un escoplo más pequeño, y al tercero una sierra eléctrica. Se tendió boca arriba y se colocó el escoplo grande en la boca. Indicó con un gesto de cabeza al primer voluntario que golpeara con el mazo.

Él levantó el mazo por encima de su cabeza y lo dejó caer. Creí que iba a abrirle la cara, y lo mismo pensó mucha otra gente, a juzgar por los suspiros y por la forma de taparse los ojos de buena parte del público.

Pero Gertha no era estúpida, esquivó el golpe y el mazo se estrelló contra el suelo. Se sentó y escupió el escoplo con despreció.

-¡Ja! –bufó-. ¿Cree que me he vuelto loca?

Apareció uno de los encapuchados y le quitó el mazo de las manos al espectador.

-¡Sólo le necesitaba para demostrar que el mazo es auténtico! –le dijo-. Y ahora –anunció dirigiéndose al resto del público-, ¡observen!

Volvió a tumbarse y se metió el escoplo en la boca. El encapuchado esperó un instante, luego levantó el mazo y lo dejó caer con más fuerza y velocidad que el espectador. Dio de lleno en el escoplo y se oyó un ruido infernal.

Gertha se incorporó. Yo esperaba ver dientes cayéndole de la boca, pero cuando la abrió y extrajo de ella el escoplo, ¡no quedaba más que una punta por ver! Se echó a reír y dijo:

-¡Ja! ¡Creían que había comido más de lo que podía masticar!

Le había llegado el turno de trabajar al segundo voluntario, el que tenía el martillo y el escoplo más pequeños. Le advirtió que tuviera cuidado con las encías y le permitió que colocara el escoplo contra sus dientes e intentara partirlos. Casi se dejó el brazo en su intento por golpear con el martillo con todas sus fuerzas, pero no consiguió hacerles ni un rasguño.

El tercer voluntario intentó cortarlos con la sierra eléctrica. Pasó la máquina de un lado a otro de su boca, saltaban chispas por todas partes, pero cuando se detuvo y el polvo se hubo disipado, los dientes de Gertha estaban más blancos, resplandecientes y sólidos que nunca.

Tras ella salieron los Gemelos de Goma, Sive y Seersa. Eran idénticos, y ambos contorsionistas, como Alexander Calavera. Su número consistía en trenzar sus cuerpos hasta parecer una sola persona con dos caras y sin espaldas, o dos troncos sin piernas. Eran muy buenos y fue muy interesante, pero deslucido comparado con el resto de los artistas.

Cuando Sive y Seersa terminaron, salió míster Alto y nos dio las gracias por nuestra asistencia. Pensé que los freaks volverían a salid a saludar todos en fila, pero no lo hicieron. En lugar de eso, míster Alto nos anunció que podíamos comprar más baratijas en el vestíbulo al salir. Nos pidió que promocionáramos el espectáculo entre nuestros amigos. Luego volvió a darnos las gracias por asistir y dijo que el espectáculo había terminado.

Me decepcionó un poco que terminara con un número tan flojo, pero era tarde y supongo que los freaks estarían cansados. Me puse en pie, recogí todo lo que había comprado y me giré para decirle algo a Steve.

Miraba fijamente hacia arriba, al palco que había por detrás de mí, con los ojos como platos. Me volví para ver qué demonios estaba mirando, y cuando lo hice, la gente que teníamos detrás empezó a chillar. Al levantar la mirada, supe por qué.

En el palco había una gigantesca serpiente, una de las más largas que haya visto nunca, ¡y reptaba bajando por una de las columnas hacia la gente que estábamos abajo!

CAPÍTULO CATORCE

La lengua de la serpiente chasqueaba en el aire como un látigo cada vez que la sacaba a la velocidad del relámpago, y parecía tremendamente hambrienta. Su colorido no era muy espectacular –verde oscuro con algunas pinceladas de colores más brillantes aquí y allá-, pero parecía mortífera.

La gente que estaba bajo el palco corrió de nuevo a sus asientos. Todos gritaban y corrían dejando caer sus cosas por el camino. Hubo desmayos, y algunos cayeron al suelo y fueron aplastados por la turba. Steve y yo tuvimos suerte de encontrarnos cerca de la parte delantera: éramos los más pequeños de todo el teatro, y habríamos mordido el polvo si nos llegamos a ver envueltos en aquella turbamulta.

La serpiente estaba a punto de alcanzar el suelo cuando un potente foco apuntó su haz luminoso directamente sobre su cabeza. El reptil se quedó paralizado, mirando sin parpadear hacia la luz. La gente dejó de correr y el pánico pareció mitigarse. Quienes se habían caído volvieron a ponerse en pie, y por fortuna nadie parecía estar herido de gravedad.

Se oyó un ruido a nuestras espaldas. Me giré para mirar de nuevo al escenario. En él había un chico, casi un niño. Debía de tener catorce o quince años, muy delgado, una larga cabellera verde amarillenta. La forma de sus ojos era extraña, rasgados como los de la serpiente. Llevaba una larga túnica blanca.

El chico emitió un sonido sibilante y alzó los brazos por encima de la cabeza. La túnica cayó a sus pies y todos dejamos escapar un grito de sorpresa. ¡Tenía el cuerpo cubierto de escamas! Todo él despedía resplandecientes reflejos como destellos, verdes, dorados, amarillos y azules. No llevaba puesto más que un sucinto taparrabos. Se dio la vuelta para que le viéramos la espalda, y era igual que por delante, excepto en que algunos reflejos eran más oscuros.

Cuando se volvió de nuevo hacia nosotros, se tendió cuan largo era sobre el abdomen y empezó a reptar fuera del escenario exactamente igual que una serpiente. Fue entonces cuando recordé al niño serpiente que anunciaba el cartel y até cabos.

Al llegar al suelo se puso en pie y caminó hasta el fondo de la sala. Cuando pasó a mi lado vi que sus manos y pies eran muy raros: entre dedo y dedo tenía una fina membrana que los unía. Se parecía un poco a un monstruo que había visto una vez en una película de terror, el que vivía en aquel oscuro lago.

Se detuvo a pocos metros de la columna y se enroscó en el suelo. El foco que había mantenido deslumbrada, yo diría que hipnotizada, a la serpiente, se apagó, y ésta empezó a moverse de nuevo, a recorrer deslizándose el último tramo de la columna. El chico soltó otra vez un sonido sibilante y la serpiente se detuvo. Recordé haber leído en algún sitio que las serpientes no oyen, pero captan la vibración de los sonidos.

El niño serpiente se arrastró un poco hacia la izquierda, luego hacia la derecha. La cabeza de la serpiente seguía sus movimientos, pero no le atacaba. El chico reptó más cerca de la serpiente, hasta meterse dentro de su radio de acción. Yo esperaba que saltara sobre él y le matara, sentía deseos de gritarle que corriera.

Pero el niño serpiente sabía lo que hacía. Cuando estuvo lo bastante cerca saltó hacia delante y empezó a acariciar a la serpiente por debajo del maxilar con sus extrañas manos palmeadas. ¡Luego se inclinó y la besó en la nariz!

La serpiente se enrolló al cuello del chico. Dio un par de vueltas a su alrededor y dejó la cola colgando por encima del hombro y espalda abajo como un pañuelo.

El chico acarició a la serpiente y sonrió. Pensé que iba a pasear entre el público y a dejar que la acariciáramos, pero no fue así. Lo que hizo fue irse al lado del teatro más alejado de la puerta de salida. Desenrolló la serpiente de su cuello, la colocó en el suelo y volvió a acariciarla por debajo de la mandíbula.

Esta vez abrió mucho la boca; vi claramente los colmillos. El niño serpiente se tendió de espaldas a cierta distancia de la serpiente y luego ¡empezó a reptar hacia ella!

"No –me dijo-, espero que no vaya a..."

Pero sí, ¡metió la cabeza entre las fauces abiertas de la serpiente!

El niño serpiente permaneció así unos segundos y después, lentamente, sacó la cabeza. Dejó que la serpiente se enrollara una vez más en su cuerpo, luego empezó a dar vueltas y más vueltas sobre sí mismo hasta que el animal le cubrió por completo, con la única excepción de la cara. Se las arregló para ponerse en pie de un salto y sonreír. ¡Parecía una alfombra enrollada!

-Y ahora, señoras y caballeros –dijo míster Alto desde el escenario a nuestras espaldas-, hemos llegado de verdad al final del espectáculo.

Sonrió y desapareció del escenario, desvaneciéndose en el aire entre una nube de humo. Cuando ésta se disipó, le vi al fondo del teatro sosteniendo abiertas las cortinas de salida.

Las guapas asistentas y los misteriosos seres encapuchados de azul estaban en pie a ambos lados de él, sosteniendo en los brazos bandejas llenas de golosinas. Me arrepentí de no haberme guardado algo de dinero.

Steve no dijo nada mientras hacíamos cola. Yo notaba por la expresión seria de su rostro que todavía estaba pensativo, y sabía por experiencia que era inútil intentar hablar con él. Cuando Steve caía en uno de esos estados de ánimo tan peculiares en él, no había forma humana de hacerle despertar.

Cuando las filas de atrás se hubieron vaciado, echamos a andar hacia el fondo del teatro. Yo llevaba todo lo que había comprado conmigo. También cargaba con lo de Steve, porque estaba tan ensimismado con sus pensamientos que lo hubiera perdido y olvidado en cualquier parte.

Míster Alto estaba al fondo, sosteniendo las cortinas abiertas, sonriendo a todo el mundo. Su sonrisa se hizo más amplia cuando nos acercamos nosotros.

-Bueno, chicos –dijo-, ¿habéis disfrutado del espectáculo?

-¡Ha sido fabuloso! –dije.

-¿No habéis tenido miedo?

-Un poco –admití-, pero no más que cualquier otra persona.

Se echó a reír.

-Sois un par de tipos duros –dijo.

Teníamos gente detrás, así que procuramos darnos prisa para no hacerles esperar. Steve miró en torno cuando entramos en el corto pasillo que había tras las cortinas dobles, luego se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

-Vuelve tú solo.

-¿Qué? –pregunté, deteniéndome en seco. La gente que teníamos detrás estaba charlando con míster Alto, así que no había prisa.

-Ya lo has oído –dijo él.

-¿Pero, por qué? –pregunté.

-Porque yo no vuelvo –dijo-. Me quedo aquí. No sé exactamente lo que puede pasar, pero tengo que quedarme. Vete a casa; yo te seguiré más tarde, cuando haya...

Su voz se fue apagando mientras me empujaba hacia delante.

Cruzamos las segundas cortinas y entramos en el pasillo con la mesa, la que estaba cubierta por una larga tela negra. La gente que teníamos delante nos daba la espalda. Steve miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie le veía y se zambulló debajo de la mesa, oculto por la tela.

-¡Steve! –susurré, temiendo que fuera a meternos en problemas.

-¡Lárgate! –replicó él en otro susurro.

-Pero no puedes...- empecé a decir.

-¡Haz lo que te digo! –me espetó-. Rápido, antes de que nos pillen.

Aquello no me gustaba nada, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Steve hablaba en un tono que parecía que fuera a volverse loco si no le hacía caso. Yo había visto a Steve metido en una pelea varias veces, y no era precisamente el tipo de persona con quien uno busca problemas cuando está enfadado.

Eché a andar, giré la esquina y empecé a bajar por el largo pasillo que llevaba a la puerta principal. Caminaba despacio, pensativo, y la gente que llevaba delante se distanció bastante de mí. Miré por encima del hombro y comprobé que tampoco quedaba nadie detrás de mí.

Y entonces vi la puerta.

Era la misma en la que nos habíamos detenido a la entrada, la que llevaba al palco. Aminoré el paso al cruzar por delante y comprobé una vez más que no hubiera nadie detrás. Nadie.

"Muy bien –me dije-, ¡me quedo! No sé qué se traerá Steve entre manos, pero es mi mejor amigo. Si se mete en problemas, quiero estar aquí para ayudarle".

Sin darme tiempo a cambiar de opinión, abrí la puerta, me deslicé por ella, cerré rápidamente tras de mí y permanecí quieto en la oscuridad, con el corazón desbocado.

Estuve allí una eternidad, escuchando cómo se marchaban los últimos espectadores. Oía cómo murmuraban comentando el espectáculo en voz baja, con un matiz de miedo, pero llenos de excitación. Cuando se hubo marchado el último, todo quedó en silencio. Creía que oiría ruidos procedentes del interior del teatro, gente limpiando y volviendo a colocar correctamente las sillas, pero todo el edificio estaba silencioso como un cementerio.

Subí las escaleras. Los ojos se habían habituado a la oscuridad y veía bastante bien. Las escaleras eran viejas y crujían; me daba un poco de miedo que se desplomaran bajo los pies arrastrándome a una muerte segura, pero aguantaron.

Al llegar arriba, descubrí que estaba justo en el centro del palco. Todo estaba muy sucio y polvoriento allá arriba, y hacía frío. Me estremecí mientras me escabullía hacia la parte delantera.

Tenía una visión perfecta del escenario. Los focos todavía estaban encendidos y podía ver hasta el detalle más pequeño. No había nadie, ni los freaks, ni las guapas asistentas, ni los encapuchados de azul... ni Steve. Volví a sentarme y esperé.

Unos cinco minutos más tarde, vislumbré una sombra que se deslizaba lentamente hacia el escenario. Subió de un salto, se puso en pie y miró hacia el centro, donde se detuvo y giró sobre los talones.

Era Steve.

Avanzó hacia el ala izquierda, luego se detuvo y se dirigió a la derecha. Volvió a detenerse. Yo veía cómo se mordía las uñas, indeciso sobre qué camino elegir.

Entonces se oyó una voz por encima de su cabeza.

-¿Me buscabas a mí? –preguntó aquella voz.

De repente descendió al escenario una extraña figura, sosteniendo con los brazos abiertos una larga capa de color rojo que flotaba tras él como si se tratara de alas.

Steve casi se muere del susto cuando aquella figura aterrizó en el escenario y se hizo un ovillo. Yo di un brinco atrás, aterrorizado. Cuando me incorporé sobre las rodillas de nuevo, la misteriosa figura estaba en pie, y pude ver sus ropas rojo oscuro, su cabello anaranjado, la piel pálida y la enorme cicatriz.

¡Míster Crepsley!

Steve intentó hablar, pero temblaba tanto que los dientes le castañeteaban.

-He visto cómo me mirabas –dijo míster Crepsley-. Diste un respingo al verme salir al escenario. ¿Por qué?

-Por...por...porque s...s...sé quién es usted –consiguió balbucear Steve.

-Soy Larten Crepsley –dijo aquel hombre de aspecto siniestro.

-No –replicó Steve-. Sé quién es realmente.

-¿Ah, sí? –míster Crepsley sonrió, pero no parecía precisamente divertido-. Y dime, muchachito –se burló-, ¿quién soy "realmente"?

-Su verdadero nombre es Vur Horston –dijo Steve, y míster Crepsley se quedó con la boca abierta de la sorpresa.

A continuación, Steve dijo algo más, y entonces fui yo quien se quedó con la boca abierta.

-Usted es un vampiro –dijo.

Y el silencio que siguió fue tan largo como terrorífico.

CAPÍTULO QUINCE

Míster Crepsley (o Vur Horston, si es que ése era su verdadero nombre) sonrió.

-Así que me han descubierto –dijo-. No debería sorprenderme. Tenía que suceder tarde o temprano. Dime, chico, ¿quién te ha enviado?

-Nadie –dijo Steve.

Míster Crepsley frunció el ceño.

-Venga, chico –gruñó-, no juegues conmigo. ¿Para quién trabajas? ¿Quién te ha puesto sobre mi pista? ¿Qué quieren de mí?

-No trabajo para nadie –insistió Steve-. En mi casa tengo montañas de libros y revistas sobre vampiros y monstruos. En uno de ellos aparece un retrato de usted.

-¿Un retrato? –preguntó receloso míster Crepsley.

-Un cuadro –replicó Steve-. Pintado en 1903, en París. Usted estaba con una mujer rica. La historia dice que estuvieron a punto de casarse, pero que ella descubrió que era un vampiro y le abandonó.

Míster Crepsley sonrió:

-Una excusa tan buena como cualquier otra. Sus amigos creyeron que se lo estaba inventando para hacerse la interesante.

-Pero no era ninguna invención, ¿verdad? –preguntó Steve.

-No –reconoció míster Crepsley-, no lo era. –suspiró y miró a Steve fieramente-. ¡Aunque habría sido mucho mejor para ti que lo hubiera inventado! –tronó.

De haber estado en su lugar, habría huido en menos de lo que se tarda en decirlo, pero Steve ni siquiera pestañeó.

-No va usted a hacerme ningún daño –dijo.

-¿Y por qué no iba a hacerlo? –preguntó míster Crepsley.

-Por mi amigo –dijo Steve-. Se lo he explicado todo sobre usted y, si me sucede algo, irá a la policía.

-No le creerían –resopló míster Crepsley.

-Es posible –convino Steve-, pero si desaparezco o me encuentran muerto, tendrán que investigar. Y usted no quiere que eso pase. Montones de policías haciendo preguntas, viniendo por aquí "durante el día"...

Míster Crepsley meneó la cabeza con repugnancia.

-¡Niños! –gruñó-. Odio a los niños. ¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? ¿Joyas? ¿Los derechos de autor para publicar mi historia?

-Quiero unirme a usted –dijo Steve.

Casi me caigo del palco al oírlo, ¿cómo que unirse a él?

-¿Qué quieres decir? –preguntó míster Crepsley, tan sorprendido como yo.

-Quiero convertirme en vampiro –dijo Steve-. Quiero que haga de mí un vampiro y me enseñe sus costumbres.

-¡Estás loco! –rugió míster Crepsley.

-No –dijo Steve-, no estoy loco.

-No puedo convertir a un niño en vampiro –dijo míster Crepsley-. Si hiciera eso, los grandes Condes- Vampiro me matarían.

-¿Quiénes son los grandes Condes- Vampiro? –preguntó Steve.

-No es asunto tuyo –dijo míster Crepsley-. Lo único que tienes que saber es que no puede hacerse. No le chupamos la sangre a los niños. Crea demasiados problemas.

-Pues no me cambie de golpe –dijo Steve-. Por mí, de acuerdo. No me importa esperar. Puedo ser su aprendiz. Sé que los vampiros suelen tener ayudantes medio humanos y medio vampiros. Deje que yo sea uno de ellos. Trabajaré duro y demostraré que valgo, y cuando alcance la edad adecuada...

Míster Crepsley se quedó mirando a Steve y consideró su propuesta. Chascó los dedos mientras pensaba y ¡una silla de la primera fila subió volando por los aires hasta el escenario! Se sentó y cruzó las piernas.

-¿Por qué quieres ser vampiro? –preguntó-. No tiene nada de divertido. Sólo podemos salir durante la noche. Los humanos nos desprecian. Tenemos que dormir en lugares sucios y decrépitos como éste. Nunca podemos casarnos, tener hijos ni establecernos. Es una vida horrible.

-No me importa –dijo Steve resueltamente.

-¿Es porque quieres vivir eternamente? –preguntó míster Crepsley-. Si se trata de eso, tengo que decirte que... no es verdad. Vivimos muchísimo más que los humanos, pero tarde o temprano, también nosotros morimos.

-No me importa –volvió a decir Steve-. Quiero quedarme con usted. Quiero aprender. Quiero convertirme en vampiro.

-¿Y qué me dices de tus amigos? –preguntó míster Crepsley-. No podrás volver a verlos. Tendrás que abandonar el colegio y también tu casa, y jamás podrás volver. ¿Y tus padres? ¿No les echarás de menos?

Steve movió la cabeza con expresión compungida y la mirada fija en el suelo.

-Mi padre no vive con nosotros –dijo en voz baja-. Apenas le veo. Y mi madre no me quiere. Le tiene sin cuidado lo que yo haga. Probablemente ni siquiera note que me he ido.

-¿Por eso quieres huir? ¿Porque tu madre no te quiere?

-En parte –dijo Steve.

-Si esperas unos cuantos años tendrás edad suficiente para marcharte por tu cuenta –dijo míster Crepsley.

-No quiero esperar –replicó Steve.

-¿Y tus amigos? –volvió a preguntar míster Crepsley. En aquel momento hasta parecía amable, aunque seguía teniendo un aspecto temible-. ¿No echarás en falta al chico que te acompañaba?

-¿Darren? –preguntó Steve, y asintió-. Sí, echaré a faltar a mis amigos, sobre todo a Darren. Pero no importa. Para mí es más importante ser vampiro que mi amistad con ellos. Y si usted no me acepta, ¡iré a la policía y cuando sea mayor me haré cazador de vampiros!

Míster Crepsley ni siquiera sonrió, asintiendo con gravedad.

-¿Lo has pensado bien? –preguntó.

-Sí –dijo Steve.

-¿Estás seguro de que es eso lo que quieres?

-Sí –fue la respuesta.

Míster Crepsley respiró hondo.

-Ven aquí –dijo-. Primero tendré que probarte.

Steve se colocó junto a míster Crepsley. Con su cuerpo me ocultaba la visión del vampiro, así que no sé lo que ocurrió a continuación. Todo lo que sé es que hablaron entre ellos en voz muy baja, y luego oí un sonido parecido al de un gato lamiendo un plato de leche.

Vi cómo Steve, de espaldas a mí, se convulsionaba hasta tal punto que creí que iba a desvanecerse, pero de alguna manera se las arregló para sostenerse en pie. No sé ni cómo explicar lo asustado que yo estaba viendo todo aquello. Sentí deseos de ponerme en pie de un brinco y gritar "¡No, Steve, detente!"

Pero estaba demasiado asustado para moverme, me aterrorizaba la idea de que, si míster Crepsley descubría mi presencia, nada podría impedir que nos matara a los dos y nos devorara.

De repente, el vampiro empezó a toser. Apartó a Steve de un empujón y se irguió tambaleándose. Para mi horror, vi que tenía la boca de color rojo, cubierta de sangre, que escupió rápidamente.

-¿Qué pasa? –preguntó Steve, frotándose el brazo sobre el que había caído.

-¡Tu sangre es mala! –gritó míster Crepsley.

-¿Qué quiere decir? –preguntó Steve. Le temblaba la voz.

-¡Eres malvado! –chilló míster Crepsley-. Siento el sabor de la amenaza en tu sangre. Estás rabioso.

-¡Eso es mentira! –aulló Steve-. ¡Retírelo!

Steve se abalanzó sobre míster Crepsley e intentó golpearle, pero el vampiro le tiró al suelo con una sola mano.

-No es buena –gruño-. Tu sangre es mala. ¡Nunca podrás ser un vampiro!

-¿Por qué no? –preguntó Steve. Había empezado a llorar.

-Porque los vampiros no son los degenerados monstruos que cuenta la leyenda –dijo míster Crepsley-. Nosotros respetamos la vida. Tú tienes instintos asesinos, y nosotros no somos asesinos.

"No haré de ti un vampiro –insistió míster Crepsley-. Olvídalo. Vete a tu casa y sigue con tu vida.

-¡No! –gritó Steve-. ¡No lo olvidaré!

Se tambaleó y señaló con el índice tembloroso al corpulento y siniestro vampiro.

-¡Pagará por esto, míster Crepsley! –prometió-. No me importa cuánto tiempo necesite. ¡Algún día, Vur Horston, le seguiré la pista hasta cazarle y le mataré por haberme rechazado!

Steve bajó del escenario de un salto y corrió hacia la salida.

-¡Algún día! –gritó por encima del hombro, y oí cómo se echaba a reír mientras corría; era una risa enloquecida.

Steve se había ido y yo me quedé a solas con el vampiro.

Míster Crepsley, sin moverse del lugar, se quedó sentado mucho rato con la cabeza entre las manos, escupiendo restos de sangre sobre la tarima. Se limpió los dientes con los dedos, y luego con un enorme pañuelo.

-¡Niñatos! –resopló en voz alta, y se puso en pie mientras seguía limpiándose la sangre de los dientes; echó una última mirada al patio de butacas (me agaché aún más, por miedo a que me descubriera), dio media vuelta y desapareció entre las bambalinas. Vi cómo la sangre goteaba de sus labios mientras caminaba.

Me quedé donde estaba durante mucho, mucho tiempo. Fue duro. Nunca en mi vida había estado tan asustado como entonces en aquel palco. Sólo deseaba escapar de allí tan rápido como mis piernas me lo permitieran.

Pero me quedé. Me obligué a esperar hasta que estuve seguro de que ninguno de los freaks ni de los ayudantes andaban por allí, luego me deslicé lentamente por el palco, bajé las escaleras, entré en el pasillo, y por fin salí a la noche.

Me quedé delante del teatro unos instantes, mirando la luna, observando detenidamente los árboles hasta que estuve seguro de que no había vampiros al acecho en ninguna de sus ramas. Luego, intentando recuperar la serenidad, corrí a casa. ¡A mi

casa, no a la de Steve! En aquel momento no quería estar cerca de mi amigo. Steve me daba casi tanto miedo como míster Crepsley, ¡quería ser un vampiro! ¿Qué clase de lunático desea realmente ser un vampiro?

CAPÍTULO DIECISÉIS

Aquel domingo no telefoneé a Steve. Dije a mis padres que habíamos medio discutido, y que por eso había vuelto a casa más temprano. No les gustó nada, sobre todo el hecho de que hubiera tenido que volver solo a casa tan tarde. Papá dijo que me dejaba sin paga por un mes. No discutí. Tal como yo lo veía, todavía salía bien parado. ¡No quiero ni pensar lo que me hubieran hecho si llegan a enterarse de lo del Cirque du Freak!

A Annie le encantaron los regalos. Se tragó los caramelos en un santiamén y jugó con la araña durante horas. Hizo que le explicara hasta el último detalle del espectáculo. Quería saber qué aspecto tenían todos y cada uno de los freaks y lo que habían hecho. Puso los ojos como platos cuando le hablé del hombre lobo y de cómo le había arrancado la mano a una mujer de un mordisco.

-Me estás engañando. No puede ser verdad –dijo.

-Pues lo es –juré.

-Júramelo.

-Te lo juro.

-¿Me lo juras por tu vida?

-Te lo juro por mi vida –le dije-. Que me quede ciego si miento.

-¡Vaya! –gritó sofocadamente-. Me hubiera gustado estar allí. Si vuelves a ir, ¿me llevarás contigo?

-Por supuesto –dije-, pero no creo que el espectáculo freak venga a menudo por aquí. Siempre están de gira.

No le dije nada a Annie de que míster Crepsley fuera un vampiro, ni de que Steve quisiera convertirse en uno de ellos, pero no dejé de pensar en ellos todo el día. Quería telefonear a Steve, pero no sabía qué decirle. Se empeñaría en preguntarme por qué no había vuelto a su casa, y yo no quería explicarle que me había quedado en el teatro y le había espiado.

¡Increíble, un vampiro de verdad! De pequeño pensaba que existían, pero mis padres y profesores me habían convencido de lo contrario. ¡Bravo por la sabiduría de los adultos!

Me preguntaba cómo eran realmente los vampiros, si de verdad podían hacer todo lo que decían de ellos los libros y las películas. Había visto cómo míster Crepsley hacía volar una silla por los aires, cómo se dejaba caer desde el techo del teatro y cómo le chupaba la sangre a Steve. ¿Qué más era capaz de hacer? ¿Podía transformarse en un murciélago, desaparecer como el humo, convertirse en rata? ¿Veía su imagen en el espejo? ¿La luz del sol podía matarle?

Pero pensaba tanto en Madam Octa como en míster Crepsley. Volví a sentir deseos de comprar una araña como aquélla, a la que pudiera dominar. Si tuviera una araña como Madam Octa, podría unirme a una troupe de freaks, viajar por el mundo y vivir aventuras maravillosas.

Pasó el domingo. Miré la televisión, ayudé a papá en el jardín y a mamá en la cocina (era parte de mi castigo por haber vuelto a casa solo tan tarde), di un largo paseo por la tarde y soñé despierto con vampiros y arañas.

Llegó el lunes y había que volver al colegio. De camino me puse muy nervioso pensando en lo que iba a decirle a Steve o en lo que él pudiera decirme a mí. Además, no había dormido mucho durante el fin de semana (no es fácil conciliar el sueño cuando uno ha visto a un vampiro de verdad), así que estaba cansado y flojo.

Cuando llegué, Steve estaba en el patio, lo que no era habitual. Por lo general llegaba yo antes que él. Se había apartado de los demás y me esperaba. Respiré hondo, fui decidido hacia él y me apoyé en la pared a su lado.

-¿Qué hay? –dije.

-¿Qué hay? –contestó.

Tenía profundas ojeras bajo los ojos; estoy seguro de que había dormido incluso mucho menos que yo durante las dos últimas noches.

-¿A dónde fuiste después del espectáculo? –me preguntó.

-Me fui a mi casa –dije.

-¿Por qué? –preguntó, mirándome con suspicacia.

-Al salir estaba muy oscuro y no me fijé por dónde iba. Me equivoqué en alguna esquina y me perdí. Para cuando vi algo que me resultó familiar, estaba más cerca de mi casa que de la tuya.

Intenté que la mentira sonara convincente, y noté que dudaba en si creerme o no.

-Seguro que tuviste problemas al llegar –dijo Steve.

-¡Dímelo a mí! –refunfuñé-. Me han dejado sin paga por un mes, y mi padre dice que voy a tener que cuidar del jardín hasta la primavera y ayudar a mamá en todo lo que me pida. Aún así –añadí con una sonrisa-, valió la pena, ¿no? Quiero decir que el Cirque du Freak fue algo fantástico, ¿o no?

Steve fijó su mirada en mis ojos por un instante y decidió que le estaba diciendo la verdad.

-Sí –dijo, devolviéndome la sonrisa-. Fue genial.

Llegaron Tommy y Alan y tuvimos que explicárselo todo. Steve y yo disimulamos bastante bien. Nadie hubiera dicho que él hubiera hablado con un vampiro el viernes ni que yo lo hubiera visto.

Me di cuenta, a medida que fue pasando el día, de que las cosas habían cambiado para siempre entre nosotros. Aunque me creía, una parte de él desconfiaba. Le pillé mirándome de una forma extraña varias veces, como si le hubiera herido.

Por mi parte, ya no me sentía tan cercano a él. Me daba miedo, tanto lo que Steve le había dicho a míster Crepsley como lo que el vampiro le había contestado. Según míster Crepsley, Steve era malvado. Me preocupaba. Después de todo Steve estaba dispuesto a convertirse en vampiro y a matar para conseguir sangre. ¿Cómo podía seguir siendo amigo de alguien así?

Seguíamos charlando acerca de Madam Octa a última hora de la tarde. Steve y yo habíamos evitado hablar demasiado sobre míster Crepsley y su araña. Nos daba miedo mencionar el tema por si se nos escapaba algo. Tommy y Alan seguían importunando y acabamos por explicarles todos los detalles de aquella actuación.

-¿Cómo creéis que dominaba a la araña? –preguntó Tommy.

-Puede que fuera falsa –dijo Alan.

-No era falsa –bufé-. Ninguno de los freaks era un fraude. Por eso fue tan espectacular. No había duda de que todo era auténtico.

-¿Y entonces, cómo la dominaba? –volvió a preguntar Tommy.

-Quizá la flauta fuera mágica –dije-, o puede que míster Crepsley sepa hipnotizar arañas igual que los hindúes hacen con las serpientes.

-Pero has dicho que míster Alto también fue capaz de controlar a la araña –dijo Alan- cuando míster Crepsley la tenía en la boca.

-Ah, sí. Lo había olvidado –dije-. Bueno, supongo que eso significa que tienen que utilizar flautas mágicas.
-No usaron ninguna flauta mágica –dijo Steve.
Había estado silencioso la mayor parte del día, sin decir casi nada sobre el espectáculo, pero Steve jamás podía resistir la tentación de destrozar a alguien con sus argumentos.
-¿Y entonces, qué utilizaron? –pregunté.
-Telepatía –respondió Steve.
-¿Tiene eso algo que ver con los teléfonos? –preguntó Alan.
Steve sonrió, y Tommy y yo nos echamos a reír (aunque yo no estaba del todo seguro de lo que significaba "telepatía", y me jugaría algo a que tampoco Tommy lo sabía).
-¡Imbécil! –se burló Steve, y golpeó a Alan en broma.
-Adelante, Steve –dije-, cuéntales lo que significa.
-La telepatía es cuando uno puede leer la mente de otra persona –explicó Steve-, o enviarle pensamientos sin hablar. Así es como controlaban a la araña, con el poder de su mente.
-¿Y qué pasa con las flautas? –pregunté.
-O bien son puro espectáculo –dijo Steve-, o bien, y es lo más probable, las necesitan para atraer su atención.
-¿Estás diciendo que cualquiera puede controlarla? –preguntó Tommy.
-Cualquiera que tenga cerebro, sí –dijo Steve-. Y eso te incluye a ti, Alan –dijo, sonriendo para mostrar que no lo creía realmente.
-¿No será también necesario utilizar una flauta mágica, saber cómo tocarla ni nada? –preguntó Tommy.
-No lo creo –respondió Steve.
Luego cambiamos de tema –fútbol, creo-, pero yo no prestaba atención. Porque, de repente, un nuevo pensamiento había empezado a darme vueltas en la cabeza, haciéndome bullir de ideas el cerebro. Me olvidé de Steve, de los vampiros y de todo lo demás.
-¿Quieres decir que cualquiera puede dominarla? –dije.
-Cualquiera con cerebro, sí.
-¿No necesitas una flauta mágica, ni saber tocarla, ni nada?
-Me cuesta imaginarlo, pero creo que es innecesaria.
Las palabras de Tommy y Steve se me quedaron en la cabeza, no podía dejar de repetirlas mentalmente, como un CD rayado.
"Cualquiera" podía controlarla. Y ese cualquiera podría ser yo. Si lograba apoderarme de Madam Octa y comunicarme con ella podría ser mi mascota y la dominaría y...
No. Era una locura. Quizá pudiera dominarla, pero nunca la poseería. Era de míster Crepsley y no había forma humana de separarlos, ni con dinero, ni con joyas ni con...
Vi la solución de repente, como un fogonazo. Una manera de arrebatársela. Una forma de hacerla mía. ¡Chantaje! Si amenazaba al vampiro con alertar a la policía tendría que entregármela.
Pero la sola idea de encontrarme frente a frente con míster Crepsley me aterrorizaba. Sabía que no era capaz de hacer aquello. Y eso sólo me dejaba una opción: ¡tenía que robarla!

CAPÍTULO DIECISIETE

El mejor momento para robar la araña era por la mañana temprano. Habiendo actuado hasta tan tarde, lo más probable era que la mayoría de miembros del Cirque du Freak durmieran hasta las ocho o las nueve. Me escabulliría dentro de su campamento, encontraría a Madam Octa, la atraparía y echaría a correr. Si no lo veía posible, es decir, si había actividad, simplemente daría media vuelta, volvería a casa y me olvidaría del asunto.

Lo más difícil era elegir el día. El miércoles era ideal: el último pase estaba programado para la noche anterior, así que con toda probabilidad el circo habría levantado el campamento antes de mediodía y habría emprendido la marcha hacia su siguiente destino antes de que el vampiro pudiera despertar y descubrir el hurto. ¿Pero qué pasaría si partían nada más acabar el espectáculo, en mitad de la noche? En ese caso perdería mi gran oportunidad.

Tenía que ser al día siguiente mismo, el martes. Eso significaba que míster Crepsley dispondría de toda la noche del martes para buscar su araña –es decir, a mí-, pero ése era un riesgo que tendría que asumir.

Me acosté un poco más temprano de lo habitual. Estaba cansado y me apetecía dormir, pero sentía tal excitación que no sabía si sería capaz. Le di un beso de buenas noches a mamá y estreché la mano a papá. Ellos creyeron que estaba intentando ganármelos para recuperar la paga, pero yo lo hice por si me pasaba algo y no volvía a verlos.

Tengo una radio-despertador, y programé la alarma para las cinco de la mañana, me puse los auriculares y los conecté a la radio. Así me despertaría bien temprano sin molestar a nadie.

Me invadió el sueño antes de lo que pensaba, y dormí de un tirón hasta la mañana. Si había soñado algo, no lo recordaba.

Lo primero que recuerdo es que la alarma estaba sonando. Refunfuñé, me di la vuelta y me senté en la cama frotándome los ojos. Dudé unos instantes de dónde estaba o de por qué estaba despierto tan temprano. Entonces recordé la araña y mi plan, y sonreí de alegría.

Pero la sonrisa pronto se desvaneció de mi rostro, porque de repente me di cuenta de que la alarma del despertador no sonaba por los auriculares. ¡Debía de haber tirado del cable mientras dormía, desconectándolos! Di un salto en la cama y desconecté la alarma de un manotazo, luego me senté en la penumbra de primera hora de la mañana, con el corazón desbocado, escuchando con atención hasta los ruidos más insignificantes.

Cuando estuve seguro de que mis padres seguían dormidos, me deslicé fuera de la cama y me vestí lo más silenciosamente que pude. Fui al lavabo, y a punto estuve de vaciar la cisterna; hasta el último momento no pensé en el ruido que iba a hacer. Aparté rápidamente la mano del tirador y me sequé el sudor de la frente. ¡Aquello sí que lo hubieran oído seguro! Por los pelos. Tendría que ser más cuidadoso en el teatro.

Me deslicé escaleras abajo y salí a la calle. Estaba empezando a salir el sol, y prometía ser un día luminoso.

Caminaba deprisa y tarareaba canciones para darme ánimo. Era un amasijo de nervios; casi me volví atrás una docena de veces. En una ocasión llegué a dar media vuelta y empecé a andar hacia casa, pero entonces recordé cómo colgaba la araña de la mandíbula de míster Crepsley y los trucos que había hecho, y acabé de decidirme.

No sabría explicar por qué Madam Octa era tan importante para mí, ni qué razón me impulsaba a poner mi vida en peligro para conseguirla. Cuando miro atrás pienso que ya no estoy seguro de qué fue lo que me hizo seguir adelante. Era simplemente una imperiosa necesidad que no podía eludir.

El ruinoso edificio parecía aún más tétrico a la luz del día. Se veían grietas en la fachada, agujeros roídos por las ratas, telarañas en las ventanas. Con un estremecimiento, me apresuré a refugiarme en la parte trasera. Estaba desierta. Viejas casas vacías, solares llenos de chatarra, montañas de desechos. Más tarde a lo largo del día habría gente en movimiento por allí, pero a aquella hora parecía una ciudad fantasma. Ni siquiera vi un solo gato o un perro.

Tal como había imaginado, había un montón de sitios por los que poder colarse al teatro. Tenía dos puertas y muchas ventanas entre las que elegir.

Había varios coches y caravanas aparcados en el exterior del edificio. No vi que llevaran ningún cartel o fotografía publicitarios, pero estaba seguro de que pertenecían al Cirque du Freak. De repente caí en la cuenta de que probablemente los freaks durmieran en las caravanas. Si míster Crepsley tenía su hogar en una de ellas, mi plan se había ido a pique.

Me colé dentro del teatro, donde hacía aún más frío que la noche del sábado, y recorrí un largo pasillo de puntillas, luego otro, ¡y otro más! La parte trasera parecía un laberinto, y empezó a preocuparme la idea de no encontrar el camino de vuelta.

Quizá debiera volver atrás y traer conmigo un rollo de cuerda con el que marcar el recorrido que hacía y...

¡No! Era demasiado tarde para eso. Si me marchaba ahora, jamás conseguiría tener el arrojo suficiente para volver. Tendría que confiar en mi memoria para recordar los pasos que daba y decir una oración a la hora de volver sobre mis huellas.

No había señales de ningún freak, y empecé a pensar en que había tomado el camino equivocado, que quizá estaban todos en las caravanas o en hoteles cercanos. Llevaba veinte minutos buscando y, tras tanto caminar, me pesaban las piernas. Quizá lo mejor fuera abandonar mi delirante plan.

Estaba a punto de marcharme cuando encontré un tramo de escaleras que bajaban hacia el sótano. Me quedé allí quieto durante lo que me pareció una eternidad, mordiéndome los labios, preguntándome si debía o no bajar. Había visto suficientes películas de terror como para saber que el sótano es el lugar más probable para encontrar a un vampiro, pero también había visto muchas en las que el protagonista bajaba a un sótano parecido y ¡lo único que conseguía era que le atacaran, le mataran y le descuartizaran! Por fin, respiré hondo y empecé a bajar. Mis zapatos hacían mucho ruido, así que me los quité y recorrí el camino en calcetines. Topé con montones de astillas, pero estaba tan nervioso que ni siquiera noté el dolor.

Cerca del pie de la escalera había una enorme jaula. Me acerqué a ella y miré a través de los barrotes. Allí estaba el hombre lobo, tumbado boca arriba, dormido y roncando. Mientras le observaba, se revolvió y gimió. Me aparté de un brinco de la jaula. ¡Si se despertaba, sus aullidos atraerían la atención de todos los freaks que estuvieran en el segundo piso!

Al tambalearme hacia atrás, pisé algo blando y viscoso. Volví la cabeza lentamente y vi que debajo de mis pies estaba el niño serpiente. Estaba tendido sobre el suelo, y su serpiente con la cola enroscada a mi alrededor y los ojos completamente abiertos.

No sé cómo me las arreglé para no gritar ni desmayarme, pero de alguna manera me mantuve en pie con bastante serenidad, y eso me salvó. Porque, a pesar de tener los ojos abiertos, la serpiente estaba profundamente dormida. Lo supe por la forma en que respiraba: lenta, pesadamente, aspirando y espirando con regularidad.

Intenté no pensar en lo que habría pasado si hubiera caído encima de él y la serpiente, despertándolos.

Todo tiene un límite. Eché una última ojeada al oscuro sótano, prometiéndome a mi mismo que me marcharía si no conseguía ver al vampiro. Pasaron unos segundos sin que viera nada y me disponía a largarme cuando noté la presencia de lo que podía haber sido una gran caja junto a una de las paredes.

Podía haber sido una gran caja, pero no lo era. Sabía de sobra lo que realmente era. ¡Era un ataúd!

Tragué saliva y me acerqué cautelosamente. Medía unos dos metros de largo y ochenta centímetros de ancho. La húmeda madera estaba oscura y sucia. Tenía grandes manchas de moho donde se movían montones de cucarachas.

Me gustaría poder decir que tuve suficiente valor para levantar la tapa y atisbar, pero naturalmente, no tuve tanta presencia de ánimo. ¡La sola idea de tocar aquel ataúd me producía escalofríos!

Busqué la jaula de Madam Octa. Estaba seguro de que no podía encontrarse muy lejos de su amo, y en efecto, allí estaba, en el suelo, junto a la cabecera del ataúd, cubierta con un gran paño rojo.

Levanté el paño, miré para asegurarme y sí, era ella, con el vientre palpitando, sus ocho patas crispadas. Vista tan de cerca, tenía un aspecto horrible y terrorífico, y por un instante consideré la posibilidad de dejarla. De repente, todo aquello me pareció una estupidez, y la idea de tocar sus patas peludas o de dejar que se paseara por encima de mi cara me llenó de espanto.

Pero sólo un auténtico cobarde hubiera dado marcha atrás. Así que cogí la jaula y la coloqué en el centro del sótano. La llave colgaba de la cerradura y una de las flautas estaba atada a los barrotes.

Saqué la nota que había escrito en casa la noche anterior. Era muy sencilla, pero escribirla me había costado una eternidad. La leí mientras la pegaba a la tapa del ataúd con un poco de pegamento.

> Míster Crepsley:
>
> Sé quién es usted y lo que es. Me he llevado a Madam Octa y pienso conservarla. No se moleste en buscarla. No vuelva nunca a esta ciudad. Si lo hace, le diré a todo el mundo que es un vampiro, le darán caza y le matarán. No soy Steve. Steve no sabe nada de esto. Cuidaré bien de la araña.

Naturalmente, no la firmé.

Probablemente, mencionar a Steve no fuera una buena idea, pero estaba seguro de que el vampiro pensaría inevitablemente en él, así que lo hice simplemente para no involucrarle.

Una vez colocada la nota, había llegado el momento de irse. Cogí la jaula y subí las escaleras todo lo deprisa que pude (y lo más silenciosamente posible). Volví a ponerme los zapatos y encontré la salida. Era más fácil de lo que había imaginado: los pasillos y vestíbulos parecían más luminosos tras la oscuridad del sótano. Una vez fuera, caminé lentamente, rodeando el edificio, hasta la puerta principal del teatro, y luego eché a

correr hacia mi casa, sin detenerme, dejando atrás el teatro, el vampiro y el miedo. ¡Dejándolo todo atrás, excepto a Madam Octa!

CAPÍTULO DIECIOCHO

Llegué a casa unos veinte minutos antes de que se levantasen mis padres, oculté la jaula de la araña en el fondo de mi armario bajo un montón de ropa, dejando suficientes resquicios como para que Madam Octa pudiera respirar. Allí estaría segura: mamá dejaba en mis manos la limpieza de la habitación, y casi nunca entraba en ella.

Me metí en la cama y fingí dormir. Papá vino a despertarme a las ocho menos cuarto. Me puse la ropa de colegio y bajé, bostezando y estirándome como si realmente me acabara de despertar. Desayuné rápidamente y volví a subir a toda prisa para comprobar que Madam Octa estaba bien. No se había movido desde que la robara. Sacudí ligeramente la jaula pero ella ni se inmutó.

Me habría gustado poder quedarme en casa para no perderla de vista, pero eso era imposible. Mamá siempre se da cuenta cuando finjo estar enfermo. Es demasiado lista como para dejarse engañar.

Aquel día me pareció más largo que una semana entera. Los segundos duraban como horas, ¡y hasta el recreo se me hizo pesadísimo! Intenté jugar al fútbol, pero sin ganas. En clase no pude concentrarme y respondí con estupideces a todas las preguntas, incluso a las más sencillas.

Por fin acabó y pude correr a casa, donde lo primero que hice fue subir a la habitación.

Madam Octa no se había movido del sitio. Empecé a tener miedo de que estuviera muerta, pero la veía respirar. Entonces se me ocurrió: ¡estaba esperando su comida! Ya había visto antes a otras arañas en ese estado. Podían permanecer inmóviles durante horas, esperando el momento de su próxima comida.

No estaba seguro de cómo alimentarla, pero imaginaba que no sería muy distinto de lo que comían las arañas comunes. Bajé apresuradamente al jardín, deteniéndome sólo para coger un tarro de mermelada vacío de la cocina.

No me costó mucho hacerme con un par de moscas muertas, unos cuantos bichos y un largo y sinuoso gusano. Entré corriendo con el tarro de mermelada oculto bajo la camiseta para que mamá no lo viera y empezara a hacer preguntas.

Cerré la puerta de mi habitación y encajé una silla contra ella para que nadie pudiera entrar, luego coloqué la jaula de Madam Octa sobre mi cama y retiré el paño.

Noté que a la araña le molestaba la luz. Estaba a punto de abrir la jaula y echarle la comida cuando recordé que me las veía con una araña venenosa que podía matarme sólo con una ligera picadura.

Levanté el tarro por encima de la jaula, elegí uno de los bichos vivos y lo dejé caer entre los barrotes. Aterrizó sobre el lomo de la araña, agitó sus patas en el aire y consiguió darse la vuelta. Intentó escapar, pero no llegó demasiado lejos.

En cuanto se movió, Madam Octa se abalanzó sobre su víctima. En cuestión de segundos, pasó de la inmovilidad absoluta, como la de una larva, a estar encima del insecto con los quelíceros en ataque.

Engulló al bicho en un santiamén. Habría bastado para alimentar a una araña común durante un par de días, pero para Madam Octa no era más que un aperitivo ligero.

Volvió a su lugar en medio de la jaula y me miró como diciendo: “Muy bien, no ha estado mal. Pero ¿y la comida?”

Le eché todo el contenido del tarro. El gusano le plantó cara, retorciéndose y elevándose desesperadamente, pero los quelíceros cayeron sobre él, lo partieron en dos, y luego fue descuartizado. Me pareció que el gusano era lo que más le había gustado.

Se me ocurrió una idea y fui a buscar mi diario, que estaba debajo del colchón. Era mi más preciada posesión y gracias a que lo escribo todo en él, ahora puedo contar esta historia. De todas formas la recuerdo casi de memoria, pero siempre que me bloqueo, no tengo más que abrir el diario y comprobar los hechos.

Abrí el diario por la última página y escribí todo lo que sabía sobre Madam Octa: lo que míster Crepsley había dicho de ella durante el espectáculo, los trucos que sabía hacer, la comida que le gustaba. Señalé con una cruz sus alimentos preferidos y con dos los que la apasionaban (por el momento, sólo el gusano). Así iría aprendiendo la mejor forma de alimentarla, y qué darle como premio cuando quisiera que me demostrara sus habilidades.

A continuación, le subí un poco de comida de la nevera: queso, jamón, lechuga y lomo ahumado. Se lo comió todo. ¡Al parecer iba a estar muy ocupado intentando alimentar a aquella repugnante señorita!

La noche del martes fue terrible. Me preguntaba qué pensaría míster Crepsley cuando se despertara y encontrara mi nota en lugar de la araña. ¿Haría caso de mi advertencia, o vendría en busca de su mascota? Era posible, puesto que ellos dos se comunicaban telepáticamente; ¡podría seguirle la pista hasta mí!

Pasé horas sentado en la cama con los brazos formando una cruz sobre el pecho. No estaba seguro de que aquella cruz fuera a servir de algo. Sabía que en las películas funcionaba, pero recordaba habérselo comentado una vez a Steve, y él dijo que la cruz por sí misma no era eficaz, que sólo funcionaba si la persona que la utilizaba era en verdad buena.

Sobre las dos de la madrugada me quedé, por fin, dormido. Si míster Crepsley hubiera venido, yo habría estado completamente indefenso, pero afortunadamente, cuando me desperté por la mañana, no había indicios de que él hubiera estado allí, y Madam Octa seguía en el armario.

Me sentí mucho mejor el miércoles, sobre todo cuando me asomé por el viejo teatro y vi que el Cirque du Freak ya no estaba. Los coches y las caravanas habían desaparecido. No quedaba ni rastro del espectáculo freak.

¡Lo había conseguido! ¡Madam Octa era mía!

Para celebrarlo me compré una pizza. De jamón y pimientos. Mis padres quisieron saber qué festejaba. Les dije que simplemente tenía ganas de comer algo distinto, les ofrecí compartirla –también a Annie- y se quedaron tranquilos.

Le di los restos a Madam Octa, que se mostró encantada. Corrió arriba y abajo por la jaula haciendo desaparecer hasta la última miga. Escribí una nota en mi diario: “¡Premio especial, un trozo de pizza!”

Pasé los dos días siguientes intentando que se habituara a su nuevo hogar. No la dejé salir de la jaula pero la transporté por toda la habitación para que pudiera ver todos los rincones y conociera el lugar. No quería que se pusiera nerviosa cuando por fin la soltara.

Pasaba todo el tiempo hablándole, explicándole mi vida y cómo eran mi familia y mi hogar. Le dije lo mucho que la admiraba, el tipo de comida que le iba a dar y los trucos que haríamos juntos. Puede que no entendiera todo lo que le decía, pero parecía comprenderme.

El jueves y el viernes fui a la biblioteca al salir del colegio y leí todo lo que pude encontrar sobre arañas. Había montones de cosas que hasta entonces no sabía que existieran, como que pueden tener hasta ocho ojos y que los hilos de sus telarañas son fluidos pegajosos que se endurecen al contacto con el aire. Pero ningún libro mencionaba la existencia de arañas con talento artístico o poderes telepáticos. Y tampoco pude encontrar imágenes de arañas como Madam Octa. Parecía que ninguno de los autores de esos libros hubiera visto nunca una igual. ¡Era única!

Cuando llegó el sábado, decidí que había llegado el momento de dejarla salir de la jaula e intentar algunos trucos. Había practicado con la flauta y era capaz de tocar bastante bien algunas melodías sencillas. Lo difícil era transmitirle pensamientos a Madam Octa mientras tocaba. Me iba a resultar muy peliagudo, pero estaba convencido de que lo conseguiría.

Cerré puertas y ventanas. Era sábado por la tarde. Papá estaba trabajando y mamá se había ido de compras con Annie. Estaba completamente solo, así que si algo salía mal, sería sólo culpa mía, y yo sería el único en sufrir las consecuencias.

Coloqué la jaula en el centro de la habitación. No había alimentado a Madam Octa desde la noche anterior. Imaginé que no querría colaborar atiborrada de comida. Los animales también pueden ser perezosos, igual que los humanos.

Destapé la jaula, preparé la flauta y sólo entonces me atreví a girar la llave y abrir lentamente la puertecita. Di un paso atrás y me agaché hasta colocarme a su altura para que pudiera verme.

Madam Octa no se movió durante un tiempo. Al cabo de un rato empezó a avanzar hacia la puerta, se detuvo y pareció husmear el aire. La vi demasiado gorda como para pasar por la estrecha trampilla y empecé a sospechar que la había alimentado en exceso. Pero, de alguna manera, se las arregló para encogerse y salir con facilidad.

Se sentó en la alfombra frente a la jaula, su enorme cuerpo rechoncho palpitando. Creí que quizá caminaría rodeando la jaula para inspeccionar el espacio, pero no mostró la menor curiosidad por la habitación.

¡Tenía los ojos clavados en mí!

Tragué saliva e intenté que no percibiera el miedo que me atenazaba. Era difícil, pero me las arreglé para no echarme a temblar o a llorar. La flauta se había deslizado sobre mi barbilla mientras miraba a la araña anonadado, pero la seguía sujetando. Había llegado el momento de empezar a jugar, así que la coloqué adecuadamente entre los labios para empezar a soplar.

El sonido de la flauta la hizo reaccionar. Dio un gigantesco salto. Volaba por el aire con las mandíbulas abiertas, los quelíceros en posición de ataque, agitando las peludas patas... ¡directamente hacia mi cara desprotegida!

CAPÍTULO DIECINUEVE

Si llega a alcanzarme, me habría clavado los quelíceros y yo habría muerto. Pero tenía la suerte de mi lado, y en lugar de aterrizar sobre la carne, se estrelló contra el borde de la flauta y salió despedida hacia un lado.

Fue a caer encima de una pelota y pareció aturdida durante un par de segundos. Reaccioné al instante, consciente de que mi vida dependía de la rapidez, y empecé a tocar la flauta como un loco. Tenía la boca seca, pero a pesar de todo seguía soplando, no osaba parar para humedecerme los labios.

Madam Octa ladeó la cabeza al oír la música. Intentó sostenerse sobre sus patas dando tumbos de un lado a otro, como borracha. Cogí aire en un suspiro y empecé a tocar una melodía más suave, para que no se me cansaran los pulmones ni los dedos.

"Hola, Madam Octa" –dije mentalmente, cerrando los ojos y concentrándome.

"Me llamo Darren Shan. Ya te lo había dicho antes, pero no sé si me habrás oído. Ni siquiera estoy seguro de que puedas oírme ahora.

"Soy tu nuevo dueño. Voy a tratarte muy bien; te traeré montones de insectos y carne. Pero sólo si te portas bien y haces todo lo que te diga y no vuelves a atacarme.

Ella había dejado de tambalearse y parecía mirarme fijamente. No estaba seguro de si captaba mis pensamientos o bien estaba preparándose para atacar de nuevo.

"Ahora quiero que te levantes sobre las patas traseras –dije mentalmente-. Quiero que te levantes sobre tus dos patas traseras y me hagas una inclinación".

Tardó unos segundos en responder. Yo seguía tocando y pensando, pidiéndoselo, ordenándoselo, suplicándoselo. Por fin, cuando ya casi estaba sin aliento, se alzó sobre sus dos patas como yo quería. Luego hizo una pequeña inclinación y se relajó, esperando mi siguiente orden.

¡Me obedecía!

La siguiente orden que le di fue que volviera a su jaula. Hizo lo que le pedía, y en esta ocasión sólo tuve que pensarlo una vez. En cuanto estuvo dentro, cerré la puerta y me caí de culo, dejando que la flauta se me desprendiera de la boca.

¡Menudo susto me había dado cuando saltó sobre mí! ¡El corazón me latía tan deprisa que por un momento pensé que me saldría por la boca! Me quedé una eternidad tendido en el suelo, sin poder quitar la vista de la araña, pensando en lo cerca que había estado de la muerte.

Aquello hubiera debido servirme de advertencia. Cualquier persona sensata habría dejado la puerta definitivamente cerrada y se hubiera olvidado de la posibilidad de jugar con una mascota tan mortífera. Era demasiado peligroso. ¿Qué habría pasado si no hubiera tenido la flauta? Mamá podía haberme encontrado muerto al volver a casa. ¿Y si entonces la araña la atacaba a ella, o a papá, o a Annie? Sólo la persona más estúpida del mundo volvería a correr un riesgo tan grande.

¡Detente, Darren Shan!

Era una locura, pero no podía detenerme. Además, tal y como lo veía yo, no tenía sentido haberla robado si era para tenerla encerrada en una estúpida jaula.

Esta vez fui un poco más listo. Abrí el pestillo pero no la puerta. En lugar de eso, le ordené que abriera ella misma mientras tocaba la flauta. Lo hizo, y cuando salió parecía más indefensa que un gatito; hacía todo lo que le comunicaba mentalmente.

Conseguí que hiciera montones de trucos. La hice dar brincos por la habitación como si fuera un canguro. Luego hice que se colgara del techo e hiciera dibujos con sus telarañas. Después, levantamiento de pesas (un boli, una caja de cerillas, una canica). A continuación le ordené que se sentara en uno de mis coches teledirigidos. Lo puse en marcha y, ¡parecía que fuera ella quien estaba conduciendo! Estrellé el coche contra una pila de libros, pero a ella la hice saltar en el último momento para que no se hiciera daño.

Jugué con ella durante una hora, y habría seguido gustoso el resto de la tarde, pero oí que mamá llegaba a casa, y sabía que le parecería raro si no salía de mi habitación en todo el día. Lo último que deseaba era que ella o papá se entrometieran en mis asuntos privados.

Así que volví a meter a Madam Octa en el armario y troté escaleras abajo, intentando actuar con naturalidad.

-¿Estabas escuchando un CD arriba? –preguntó mamá.

Tenía cuatro bolsas llenas de ropa y sombreros, que estaba desenvolviendo sobre la mesa de la cocina en compañía de Annie.

-No –dije.

-Me ha parecido oír música.

-Estaba tocando la flauta –expliqué, como de pasada.

Ella dejó lo que estaba haciendo.

-¿Tú? –preguntó-. ¿Tú tocando la flauta?

-Sé tocar –dije-. Tú misma me enseñaste cuando tenía cinco años, ¿recuerdas?

-Lo recuerdo –rió-. Y también recuerdo de cuando cumpliste los seis y me dijiste que las flautas eran cosa de chicas. ¡Juraste que jamás volverías a acercarte a una!

Me encogí de hombros como sin darle importancia.

-He cambiado de idea –dije-. Ayer al volver del colegio me encontré una flauta, y me preguntaba si aún me acordaría de tocar.

-¿Dónde la encontraste?

-En la calle.

-Espero que la hayas lavado antes de metértela en la boca. No quiero ni imaginarme cuánta gente la habrá chupado antes.

-La he lavado –mentí.

-Qué bonita sorpresa.

Sonrió, me acarició la cabeza y me dio un empalagoso beso en la mejilla.

-¡Eh! ¡Quita! –protesté.

-Te nos vas a convertir en un Mozart. Ya lo estoy viendo: tú tocando el piano en una enorme sala de conciertos, con un bonito traje blanco, tu padre y yo en primera fila...

-Sé un poco realista, mamá –dije con una risita-. No es más que una flauta.

-Cosas más raras se han visto.

-En este caso, sería demasiado raro –se burló Annie.

Le saqué la lengua a modo de respuesta.

Los dos días que siguieron fueron fabulosos. Jugué con Madam Octa siempre que tuve ocasión, le daba de comer todas las tardes (sólo necesitaba alimentarse una vez al día, aunque abundantemente). Y no tenía que preocuparme de cerrar la puerta de mi habitación, ya que tanto mamá como papá se mostraron de acuerdo en no entrar cuando oyeran que estaba practicando con la flauta.

Consideré la posibilidad de hablarle a Annie de Madam Octa, pero al fin decidí esperar un poco más. Controlaba bastante bien a la araña, pero notaba que todavía estaba inquieta conmigo. No dejaría entrar a Annie hasta estar seguro de que no había ningún peligro.

A lo largo de la semana mi rendimiento en el colegio mejoró, y también mi récord de goles. Para cuando llegó el viernes, había marcado veintiocho. Hasta el señor Dalton estaba impresionado.

-Con tus buenas notas en clase y tu destreza en el campo –dijo-, ¡podrías convertirte en el primer futbolista profesional cum laude! ¡Un híbrido entre Pelé y Einstein!

Sabía que hablaba por hablar, pero aun así fue todo un detalle por su parte.

Me costó una eternidad reunir el valor suficiente para dejar que Madam Octa trepara por mi cuerpo y paseara por encima de la cara, pero finalmente, el viernes por la tarde, lo intenté. Toqué la canción que mejor sabía interpretar y no permití que la araña empezara a moverse hasta que le hube comunicado varias veces qué era exactamente lo que quería que hiciera. Cuando me pareció que ambos estábamos preparados, le di la orden y empezó a trepar por la pernera de los pantalones.

Todo fue bien hasta que llegó al cuello. Notar en la piel aquellas patas largas, delgadas y peludas casi me hizo dejar caer la flauta. De haberlo hecho, hubiera podido considerarme Darren muerto, pues ella estaba en el lugar perfecto para hundir sus quelíceros. Afortunadamente, conservé la serenidad y seguí tocando.

Siguió trepando por encima de mi oreja izquierda hasta llegar a la cabeza, donde se detuvo a descansar. El cuero cabelludo me picaba justo donde estaba ella, pero fui lo bastante sensato como para no intentar rascarme. Me observé en el espejo y sonreí. Parecía una de esas boinas francesas.

Hice que se deslizara por mi nariz y que se descolgara segregando el hilo con que forma la telaraña. No dejé que se introdujera en la boca, pero sí que se deslizara de un lado a otro como había hecho con míster Crepsley, y conseguí que me hiciera cosquillas en el mentón con las patas.

Pero no permití que se entretuviera demasiado, ¡no fuera que me echara a reír y se me cayera la flauta!

Cuando la devolví a su jaula aquel viernes por la noche, me sentía como un rey, como si nada pudiera ir nunca mal, como si mi vida entera fuera a ser perfecta. Me iba bien en el colegio y con el fútbol, y tenía una mascota por la que cualquier chico lo hubiera dado todo. No me habría sentido más feliz si me hubiera tocado la lotería o hubiera heredado una fábrica de chocolate.

Entonces, naturalmente, fue cuando todo empezó a ir mal y el mundo entero pareció desmoronarse a mi alrededor.

CAPÍTULO VEINTE

Steve vino a verme el sábado por la tarde a última hora. No habíamos hablado mucho durante la semana; era la última persona a la que esperaba ver. Mamá le franqueó la entrada y me llamó desde abajo. Al llegar a mitad de la escalera le vi, me detuve un instante y le grité que subiera.

Merodeó curioseando por mi habitación como si llevara meses sin pisarla.

-Ya casi había olvidado el aspecto que tenía esta habitación.

-No seas tonto –dije-. Estuviste aquí hace un par de semanas.

-Parece que haga más tiempo –se sentó en la cama y me miró. La expresión de su rostro era solemne y melancólica-. ¿Por qué me has estado evitando? –preguntó en voz baja.

-¿Qué quieres decir? –pregunté, fingiendo que no sabía de qué me estaba hablando.

-No me has hecho el menor caso en las últimas dos semanas –dijo él-. Al principio no era evidente, pero cada día pasabas menos tiempo conmigo. Ni siquiera me escogiste para jugar con tu equipo el partido de baloncesto del jueves pasado.

-No eres muy bueno jugando al baloncesto –dije.

Era una excusa muy poco convincente, pero no se me ocurrió nada mejor.

-Al principio estaba confuso –dijo Steve-, pero luego lo vi todo claro. La noche del espectáculo freak no te perdiste, ¿verdad? Te quedaste por allí, en el palco probablemente, y viste lo que sucedió entre Vur Horston y yo.

-Yo no vi nada de eso –le espeté.

-¿No? –preguntó.

-No –mentí.

-¿No viste nada?

-No.

-¿No me viste hablando con Vur Horston?

-¡No!

-¿Y tampoco...?

-Mira, Steve –le interrumpí-, sea lo que sea lo que pasó entre tú y míster Crepsley, es asunto tuyo. Yo no estaba allí, no vi nada, no sé de qué me estás hablando. Y ahora si...

-No me mientas, Darren –dijo.

-¡No estoy mintiendo! –mentí.

-¿Entonces cómo sabes que hablaba de míster Crepsley? –preguntó.

-Porque... –me mordí la lengua.

-He dicho que estuve hablando con Vur Horston –sonrió Steve-. Si no estabas allí, ¿cómo sabes que Vur Horston y míster Crepsley son la misma persona?

Me derrumbé y me senté en la cama junto a Steve.

-De acuerdo –dije-. Lo admito. Estaba en el palco.

-¿Qué llegaste a ver y oír exactamente? –preguntó Steve.

-Todo. No alcancé a ver lo que hacía mientras te chupaba la sangre, ni a oír lo que te decía. Pero aparte de eso...

-... todo –concluyó Steve con un suspiro-. Esa es la razón por la que has estado evitándome: porque dijo que yo era malvado.

-En parte –dije-. Pero sobre todo por lo que tú dijiste, Steve. ¡Le pediste que te convirtiera en vampiro! ¿Qué habría pasado si lo hubiera hecho y hubieras venido a por mí? La mayoría de los vampiros empiezan atacando a las personas más cercanas, ¿no?

-En los libros y las películas sí –dijo Steve-. Pero esto es diferente. Esto es la vida real. Yo nunca te hubiera hecho daño, Darren.

-Puede que no –dije- y puede que sí. La cuestión es que no quiero ni saberlo. No quiero que sigamos siendo amigos. Podría ser peligroso. ¿Qué ocurriría si encuentras a otro vampiro y éste accede a concederte lo que pides? O si míster Crepsley tenía razón y eres realmente malvado y...

-¡No soy malvado! –gritó Steve, y me tumbó en la cama de un empujón. Saltó sobre mi pecho y me clavó los dedos en la cara-. ¡Retíralo! –bramó-. ¡Retíralo o me obligarás a darte la razón, te arrancaré la cabeza y...!

-¡Lo retiro! ¡Lo retiró! –chillé.

Steve se había abalanzado pesadamente sobre mi pecho, el rostro enrojecido y lleno de furia. Hubiera dicho cualquier cosa con tal de quitármelo de encima.

Permaneció sentado sobre mi pecho todavía unos segundos, luego soltó un gruñido y se apartó hacia un lado. Yo me incorporé, sofocado, frotándome la cara en el lugar de la magulladura.

-Perdona –musitó Steve-. Me he pasado de la raya. Pero es que estoy trastornado. Lo que dijo míster Crepsley me dolió, y también que tú me ignorases. Eres mi mejor amigo, Darren, la única persona con la que realmente puedo hablar. Si perdemos nuestra amistad, no sé qué haré.

Se echó a llorar. Me lo quedé mirando unos instantes, desgarrado por el miedo y la compasión. Luego, lo más noble de mí se impuso, y le pasé el brazo por encima del hombro.

-Vale, vale, está bien –dije-. Seguiré siendo tu amigo. Vamos, Steve, deja de llorar, ¿de acuerdo?

Lo intentó, pero necesitó aún un buen rato para contener las lágrimas.

-Debo de tener un aspecto estúpidamente ridículo –dijo por fin, sorbiendo por la nariz.

-No digas tonterías –dije-. Yo sí que soy estúpido. Debería haberme quedado contigo. Fui un cobarde. En ningún momento me paré a pensar lo que pudiera pasarte. Sólo pensaba en mí mismo y en Madam...

Puse cara de disgusto y dejé de hablar.

Steve me miró con curiosidad.

-¿Qué ibas a decir? –preguntó.

-Nada –dije-. Sólo he chasqueado la lengua.

Él soltó un gruñido.

-Mientes muy mal, Shan. Nunca has sabido mentir. Dime qué era lo que ha estado a punto de escapársete.

Le miré a la cara con detenimiento, preguntándome si podía o no explicárselo. Sabía que no debía hacerlo, que sólo me traería problemas, pero sentí pena por él. Además, necesitaba contárselo a alguien. Quería mostrar mi maravillosa mascota y los fantásticos trucos que éramos capaces de hacer.

-¿Sabes guardar un secreto? –pregunté.

-Por supuesto –bufó.

-Éste es importante. No puedes contárselo a nadie, ¿de acuerdo? Tiene que quedar entre nosotros. Si se te ocurre hablar...

-...tú hablarás de mí y míster Crepsley –dijo Steve, sonriendo-. Me tienes cogido. No importa lo que me digas, sabes que no podría delatarte aunque quisiera. ¿Cuál es el gran secreto?

-Espera un minuto –dije. Salté de la cama y abrí la puerta de la habitación-. ¿Mamá? –grité.

-¿Sí? –me llegó su voz apagada desde abajo.

-Le estoy enseñando a Steve mi flauta –chillé-. Quiere aprender a tocarla, pero no nos molestéis, ¿vale?

-Vale –respondió.

Cerré la puerta y sonreí a Steve. Él estaba perplejo.

-¿Tu flauta? –preguntó-. ¿Tu gran secreto es una flauta?

-En parte –dije-. Escúchame, ¿te acuerdas de Madam Octa, la araña de míster Crepsley?

-Pues claro –dijo-. No presté demasiada atención, pero supongo que nadie podría olvidar a una criatura así. Con aquellas patas peludas, ¡brrr!

Mientras él hablaba, abrí la puerta del armario y saqué la jaula. Los ojos le hicieron chiribitas al verla, luego los abrió como platos.

-No será lo que estoy pensando, ¿verdad? –preguntó.

-Eso depende –dije destapando la jaula-. Si lo que estás pensando es que se trata de una araña mortífera con mucho talento... ¡entonces aciertas!

-¡Por todos los demonios! –gritó sofocadamente,y casi se cayó de la cama del susto-. Es una... una... ¿de dónde la has...? ¡Caray!

Yo estaba encantado ante su reacción. Me coloqué junto a la jaula como un padre orgulloso. Madam Octa reposaba al fondo, inmóvil como siempre, sin hacernos el menor caso ni a mí ni a Steve.

-¡Es imponente! –dijo Steve, acercándose a rastras para verla mejor-. Es idéntica a la del circo. Es increíble que hayas encontrado una araña tan parecida. ¿De dónde la has sacado? ¿De una tienda de animales? ¿De un zoo?

Mi sonrisa se desvaneció.

-Me la llevé del Cirque du Freak, naturalmente –dije, inquieto.

-¿Del espectáculo freak? –preguntó, con el rostro desencajado-. ¿También vendían arañas vivas? Yo no las vi. ¿Cuánto costaban?

Meneé la cabeza y dije:

-No la compré, Steve. En realidad la... ¿no lo adivinas? ¿Todavía no lo entiendes?

-¿Entender qué? –preguntó.

-Que no es una araña “parecida” –dije-. Que es “la misma” araña. Es Madam Octa.

Se me quedó mirando como si no hubiera oído lo que acababa de decirle. Estaba a punto de repetírselo, pero él se me adelantó.

-¿La... la misma? –preguntó con voz temblorosa.

-Sí –dije.

-¿Quieres decir que es... Madam Octa? ¿La auténtica Madam Octa?

-Sí –repetí, riéndome de su asombro.

-¿Es... la araña de míster Crepsley?

-Steve, ¿qué te pasa? ¿Cuántas veces tengo que decírtelo para que lo...?

-Espera un momento –cortó, meneando la cabeza-. Si realmente es Madam Octa, ¿cómo conseguiste hacerte con ella? ¿La encontraste fuera? ¿Te la quisieron vender?

-Nadie vendería una araña tan fantástica como ésta –dije.

-Eso pensaba yo –convino Steve-. Pero entonces, ¿cómo...?

Dejó la pregunta en suspenso.

-La robé –dije, hinchándome de orgullo-. Volví al teatro el martes por la mañana, me colé, conseguí encontrarla y escapé con ella. Le dejé una nota a míster Crepsley diciéndole que si intentaba recuperarla le explicaría a la policía que era un vampiro.

-Tú... tú... –balbucía Steve.

Se había puesto pálido y parecía a punto de desmayarse.

-¿Te encuentras bien? –pregunté.

-¡Eres... eres... eres un imbécil! –rugió-. ¡Estás loco! ¡Idiota!

-¡Eh! –le grité, molesto.

-¡Estúpido! ¡Subnormal! ¡Cretino! –chilló-. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿Tienes la menor idea de lo serio que es el lío en que te has metido? ¿Sabes que tienes un problema verdaderamente grave?

-¿Cómo? –pregunté, aturdido.

-¡Le has robado su araña a un vampiro! –gritó Steve-. ¡Le has robado a un muerto viviente! ¿Qué crees que hará cuando te atrape, Darren? ¿Crees que te dará unos azotes en el culo y te dirá que copies cincuenta veces "no robaré"? ¿O que se lo dirá a tus padres para que te castiguen sin salir? ¡Estamos hablando de un vampiro! ¡Te cortará el cuello y alimentará con tu cadáver a la araña! ¡Te despedazará y...!

-No, no lo hará –dije tranquilamente.

-Claro que sí –replicó Steve.

-No –dije-, te aseguro que no lo hará. Porque no podrá encontrarme. Robé la araña hace dos martes, así que ya ha tenido casi dos semanas para seguirme la pista, y sin embargo no ha dado señales de vida. Se marchó con el circo y nunca volverá; si sabe lo que le conviene, no volverá.

-No sé –dijo Steve-. Los vampiros tienen muy buena memoria, y paciencia. Puede que vuelva cuando tú ya seas adulto y tengas hijos.

-Si eso llegara a suceder, ya me preocuparé en su momento de solucionarlo –dije-. Por ahora sigo impune. No estaba seguro de conseguirlo –creía que me daría caza hasta matarme-, pero no ha pasado nada. Así que deja ya de insultarme, ¿vale?

-Pues aún eres otra cosa que no te he dicho –rió, moviendo la cabeza-. Creía que yo era el más lanzado, ¡pero robarle a un vampiro su araña! Jamás lo hubiera pensado de ti. ¿Qué te empujó a hacerlo?

-Tenía que ser mía –le dije-. Cuando la vi en el escenario supe que sería capaz de cualquier cosa con tal de conseguirla. Luego descubrí que míster Crepsley era un vampiro y pensé que podía hacerle chantaje. Está mal, ya lo sé, pero al fin y al cabo él es un vampiro, así que lo que he hecho ya no es tan malo, ¿verdad? Robar a una mala persona en cierto modo es una buena acción, ¿no te parece?

Steve se echó a reír.

-No sé si será bueno o malo –dijo-. Lo único que sé es que si alguna vez vuelve a buscarla, no me gustaría estar en tu pellejo.

Examinó una vez más a la araña. Acercó mucho la cara a la jaula (aunque no tanto como para estar al alcance de su picadura), y observó su vientre palpitante.

-¿Ya la has sacado de la jaula? –preguntó.

-Cada día –dije.

Cogí la flauta y toqué una nota. Madam Octa saltó hacia delante un par de centímetros. Steve soltó un chillido y se cayó de culo. Yo me moría de la risa.

-¿Puedes dominarla? –balbució.

-Puedo hacer con ella todo lo que viste con míster Crepsley –dije, intentando no parecer fanfarrón-. Es bastante fácil. No hay ningún peligro siempre que seas capaz de concentrarte. Pero si dejas divagar tus pensamientos aunque sólo sea un segundo...

Me pasé un dedo por la garganta y solté un largo gruñido, como si me estuvieran degollando.

-¿Has dejado que tejiera una telaraña entre tus labios? –preguntó Steve.

Le brillaban los ojos.

-Todavía no –dije-. No me gusta la idea de dejar que se me meta en la boca: el solo hecho de imaginármela deslizándose garganta abajo me horroriza. Además, necesito un ayudante que la controle mientras teje la telaraña, y hasta ahora he estado solo.

-Hasta ahora –sonrió Steve-, pero ya no. Se puso en pie y dio una palmada-. Hagámoslo. Muéstrame cómo se usa ese precioso pito de latón y déjala a ella conmigo. A mí no me da miedo dejarla entrar en mi boca. Venga, vamos. ¡Vamos, vamos, vamos, VAMOS!

No pude sustraerme a la excitación de aquella locura. Sabía que era una imprudencia permitir el contacto directo entre Steve y la araña tan pronto –debería haberme asegurado antes de que él la conociera mejor-, pero no hice caso del sentido común y me dejé llevar por su vehemencia.

Le dije que no podía tocar la flauta todavía, no hasta que hubiera practicado, pero sí jugar con Madam Octa mientras yo la controlaba. Le expliqué en cuatro palabras las maravillas que íbamos a hacer y me aseguré de que lo hubiera entendido todo bien.

-El silencio es vital –dije-. No digas nada. No te atrevas siquiera a silbar. Porque si me distraes y pierdo el control sobre ella...

-Vale, vale –suspiró Steve-. Ya lo sé. No te preocupes. Puedo ser completamente mudo cuando me lo propongo.

Cuando estuve preparado, abrí la jaula de Madam Octa y empecé a tocar. Le di una orden y empecé con los juegos que ya se habían convertido en rutina para la araña.

Dejé que hiciera un montón de cosas por su cuenta antes de permitir que se acercara a Steve. Durante la última semana había desarrollado enormemente su capacidad de aprendizaje. La araña se había ido habituando a mi mente y a mi manera de pensar, y había aprendido a obedecer mis órdenes casi antes de que acabara de transmitírselas. Por mi parte, me había dado cuenta de que era capaz de reaccionar ante la más escueta de las instrucciones. Sólo tenía que formular unas pocas palabras para que se pusiera en acción.

Steve observaba el espectáculo en completo silencio. Estuvo a punto de aplaudir varias veces, pero se contuvo a tiempo, sin dejar que sus palmadas emitieran el menor sonido. En lugar de aplaudir, me mostraba su entusiasmo levantando los pulgares y vocalizando en silencio palabras como “fantástico”, “súper”, “brillante” y otras parecidas.

Cuando llegó el momento de que Steve participara, le hice la señal que habíamos acordado antes de empezar. Él tragó saliva, respiró hondo y asintió. Se puso en pie y avanzó por un lado, de forma que yo no perdiera de vista a Madam Octa. Luego se puso de rodillas y esperó.

Cambié de melodía y transmití nuevas órdenes. Madam Octa se quedó quieta, escuchando. Cuando supo lo que le pedía, empezó a caminar hacia Steve. Vi cómo él se estremecía y se humedecía los labios. Iba a suspender el número y enviar a la araña de vuelta a su jaula, pero entonces mi amigo dejó de temblar y pareció tranquilizarse, así que decidí continuar.

No pudo reprimir un escalofrío cuando ella empezó a trepar por la pernera de sus pantalones, pero aquello era una reacción natural. Yo mismo continuaba estremeciéndome a veces al sentir sus peludas patas en contacto con mi piel.

Ordené a Madam Octa que trepara por su nuca y le hiciera cosquillas en las orejas con las patas. Soltó una risita inaudible y los últimos vestigios de miedo se disiparon.

Ahora que le veía más tranquilo me sentí del todo seguro y conduje a la araña hasta su cara, donde tejió pequeñas telarañas sobre sus ojos, se deslizó por el puente de la nariz y se balanceó por las comisuras de sus labios.

Tanto Steve como yo estábamos disfrutando de lo lindo. Ahora que tenía un ayudante podía hacer muchas más cosas.

La araña estaba sobre su hombro derecho, a punto de deslizarse brazo abajo, cuando se abrió la puerta y entró Annie.

Normalmente, Annie no entra nunca en mi habitación sin llamar antes. Es muy buena, no como otras niñas de su edad, y casi siempre llama educadamente y espera mi respuesta. Pero aquella tarde, por pura mala suerte, irrumpió en la habitación sin avisar.

-Eh, Darren, ¿dónde está mi...? –empezó a decir, pero se interrumpió en el acto.

Vio a Steve y a la monstruosa araña en su hombro, con los quelíceros centelleantes, como si estuviera a punto de picarle, e hizo lo natural.

Gritó.

El chillido me sobresaltó. Giré instintivamente la cabeza, la flauta se me cayó de los labios y toda la concentración se desvaneció. Mi vínculo con Madam Octa se rompió. Ella agitó la cabeza, dio un par de rapidísimos pasos hacia la garganta de Steve, sacó los quelíceros y pareció sonreír.

Steve soltó un grito de espanto y se puso en pie de un salto. Intentó desembarazarse de la araña de un manotazo, pero trastabilló y erró el golpe. Sin darme tiempo a intentar recuperar el control sobre ella, Madam Octa agachó la cabeza, veloz como una serpiente, y ¡hundió profundamente sus envenenadas armas en el cuello de mi amigo!

CAPÍTULO VEINTIUNO

Steve se puso rígido de inmediato cuando la araña le picó. Los alaridos quedaron ahogados en su garganta, tenía los labios amoratados y los ojos tan abiertos que parecían a punto de salírsele de las órbitas. Durante lo que pareció una eternidad (aunque en realidad no pudieron haber pasado más de tres o cuatro segundos), se tambaleó. Luego se desplomó contra el suelo como un fardo.

Aquella caída le salvó. Igual que con la cabra del espectáculo del Cirque du Freak, la primera picadura dejó a Steve sin sentido, pero no le mato. Justo antes de que mi amigo se derrumbara, vi a la araña recorriendo su cuello en busca del lugar precioso, preparándose para asestar la segunda y mortal picadura.

Pero la caída la desorientó. Se desprendió del cuello de Steve y necesitó uno segundos para volver a saltar sobre él.

Aquellos segundos eran todo lo que a mí me hacía falta.

Estaba conmocionado, pero la visión de aquel horrible arácnido surgiendo por encima del hombro de Steve como un extraño sol emergiendo tras el horizonte al amanecer me devolvió instantáneamente a la realidad. Me agaché a recoger la flauta, me la metí en la boca casi hasta la garganta y emití la nota más potente de toda mi vida.

"¡DETENTE!", grité mentalmente, y Madam Octa dio un brinco de más de medio metro.

"¡Vuelve a entrar en la jaula!", ordené. Ella bajó de un salto del cuerpo de Steve y corrió por el suelo de la habitación. En cuanto cruzó los barrotes de la puerta, me abalancé sobre la jaula y la cerré de golpe.

Una vez tuve a Madam Octa a buen recaudo, concentré toda mi atención en Steve. Annie seguía chillando, pero no podía ocuparme de ella antes de examinar a mi envenenado amigo.

-¿Steve? –pregunté, agachado muy cerca de su oreja, suplicando en mi interior que respondiera de alguna manera-. ¿Estás bien, Steve?

No hubo respuesta. Todavía respiraba, así que estaba seguro de que seguía con vida, pero eso era todo. Lo único que hacía era eso, respirar. No podía hablar ni mover los brazos. Ni siquiera era capaz de guiñar un ojo.

Noté la presencia de Annie detrás de mí. Había dejado de gritar, pero seguía temblando como una hoja.

-¿Está... está... muerto? –preguntó con un hilo de voz.

-¡Claro que no! –rezongué-. ¿No ves que todavía respira? Mírale el vientre y el pecho.

-Pero... ¿por qué no se mueve? –preguntó.

-Está paralizado –le dije-. La araña le ha inoculado un veneno que paraliza las extremidades. Es como si se hubiera quedado dormido, con la diferencia de que su cerebro sigue activo, así que puede verlo y oírlo todo.

Yo no sabía si todo eso era cierto. Esperaba que sí. Si el veneno había respetado los pulmones y el corazón, era posible que tampoco hubiera afectado al cerebro. Pero si había llegado a entrar en la cabeza...

Era una idea demasiado horrible para pensar siquiera en ella.

-Steve, voy a ayudarte –dije-. Creo que si te movemos el efecto del veneno se irá disipando.

Le agarré del pecho por detrás y conseguí ponerle en pie. Era corpulento, pero ni siquiera noté su peso. Le arrastré por la habitación, sacudiéndole brazos y piernas, sin dejar de hablarle, diciéndole que todo iría bien, que no había suficiente veneno en una sola picadura como para matarle, que se recuperaría.

Pasaron diez minutos sin que mostrara ningún cambio, y empezaba a estar demasiado cansado como para seguir arrastrándole. Le dejé caer sobre la cama y luego coloqué su cuerpo en la posición que me pareció más cómoda para él. Tenía los párpados abiertos. Sus ojos tenían algo raro que me asustaba, así que se los cerré, pero entonces parecía un cadáver, así que se los volví a abrir.

-¿Se pondrá bien? –preguntó Annie.

-Desde luego –dije intentando adoptar un tono positivo-. Los efectos del veneno desaparecerán dentro de un rato, y entonces se sentirá como nuevo. Sólo es cuestión de tiempo.

No creo que ella creyera una sola palabra, pero no dijo nada; se limitó a sentarse al borde de la cama y a observar el rostro de Steve sin quitarle ojo, como un halcón. Empecé a preguntarme por qué mamá no había subido a ver qué pasaba. Fui hasta la puerta abierta y me paré a escuchar desde las escaleras. Oía el motor de la lavadora funcionando en la cocina bajo mis pies. Eso lo explicaba todo: nuestra lavadora es vieja y ruidosa. Cuando está en funcionamiento, uno no oye absolutamente nada desde la cocina.

Cuando volví, Annie ya no estaba en la cama. Estaba tirada en el suelo, observando a Madam Octa.

-Es la araña del espectáculo freak, ¿verdad? –preguntó.

-Sí –admití.

-¿La venenosa?

-Sí.

-¿Cómo la conseguiste? –preguntó ella.

-Eso no importa –dije, ruborizándome.

-¿Cómo es que estaba fuera de su jaula? –preguntó Annie.

-La he dejado salir yo –dije.

-¿Que tú qué?

-No era la primera vez –le expliqué-. Hace ceca de dos semanas que la tengo. He jugado con ella montones de veces. Es completamente seguro siempre y cuando no haya ruido. Si tú no hubieras irrumpido tan de repente, la araña estaría...

-No, no hagas eso –protestó-. No me eches a mí la culpa. ¿Por qué no me habías hablado de ella? Si lo hubiera sabido, no habría entrado sin llamar.

-Iba a hacerlo –dije-. Esperaba sólo a estar seguro de que no había peligro. Pero vino Steve y...

No fui capaz de seguir hablando.

Volví a meter la jaula en el armario para apartar de mi vista a Madam Octa. Me senté en la cama junto a Annie y me quedé mirando la figura inmóvil de Steve. Estuvimos los dos allí sentados durante casi una hora, sin decir nada, simplemente observando.

-No creo que se recupere –dijo ella, finalmente.

-Dale un poco más de tiempo –supliqué.

-No creo que el tiempo le sea de gran ayuda –insistió-. Si fuera a recuperarse, ahora ya tendría que moverse aunque sólo fuera un poco.

-¿Y tú qué sabes? –pregunté con acritud- No eres más que una cría. ¡No sabes nada de nada!

-Tienes razón –convino sin inmutarse- Pero tú tampoco sabes mucho más que yo, ¿no es cierto?

Asentí con un movimiento de cabeza.

-Pues entonces deja de fingir que lo sabes todo –dijo ella.

Apoyó una mano en mi brazo y sonrió valientemente para demostrarme que no pretendía hacerme sentir mal.

-Tenemos que decírselo a mamá –dijo-. Tenemos que pedirle que suba a ver esto. Quizás ella sepa qué hacer.

-¿Y si no es así? –pregunté.

-Entonces tendremos que llevarle al hospital –dijo Annie.

Sabía que ella tenía razón. Lo había sabido desde el primer momento. Simplemente me negaba a admitirlo.

-Esperemos un cuarto de hora más –dije-. Si para entonces no se ha movido, llamaremos a mamá.

-¿Un cuarto de hora? –preguntó, indecisa.

-Ni un minutó más –le prometí.

-De acuerdo –consintió.

Nos sentamos de nuevo en silencio a observar a nuestro amigo. Yo pensaba en Madam Octa y en cómo iba a explicárselo a mamá. Y a los médicos. ¡Y a la policía! ¿Me creerían cuando les dijera que míster Crepsley era un vampiro? Lo dudaba mucho. Pensarían que estaba mintiendo. Quizá me metieran en la cárcel. Podían decir que, puesto que la araña era mía, yo era el único culpable. ¡Era posible que me acusaran de asesinato y me encarcelaran!

Consulté el reloj. Quedaban tres minutos. Ningún cambio en Steve.

-Annie, tengo que pedirte un favor –dije.

Me miró con suspicacia.

-¿De qué se trata?

-No quiero que menciones a Madam Octa –dije.

-¿Es que te has vuelto loco? –gritó- ¿Cómo vas a explicar si no lo sucedido?

-No lo sé –admití-. Diré que en ese momento yo había salido de la habitación. Las marcas de la picadura son diminutas. Parecen insignificantes picaduras de avispa, y cada vez se ven menos. Puede que los médicos ni las vean.

-No podemos hacer eso –dijo Annie-. Puede que necesiten examinar a la araña. Quizá...

-Annie, si Steve muere me echarán la culpa a mí –dije en voz baja-. Hay ciertas cosas que no puedo explicarte, que no puedo explicarle a nadie. Lo único que puedo decir es que, si sucede lo peor, yo cargaré con toda la culpa. ¿Sabes lo que les hacen a los asesinos?

-Eres demasiado joven para ser juzgado por asesinato –dijo, pero su voz no sonó demasiado convencida.

-No, eso no es cierto –le dije-. Soy demasiado joven para que me encierren en la prisión normal, pero tienen centros especiales para menores. Me encerrarán en uno de ellos hasta que cumpla los dieciocho, y entonces... Por favor, Annie... –me eché a llorar- ¡No quiero ir a la cárcel!

Ella también empezó a llorar. Nos echamos uno en brazos del otro, sollozando como bebés.

-No quiero que te lleven –gimoteó-. No quiero perderte.

-Entonces, ¿prometes no decir nada? –pregunté-. ¿Querrás volver a tu habitación y fingir que no has visto ni oído nada de todo esto?

Asintió con tristeza.

-Pero sólo mientras no me parezca que la verdad podría salvarle –puntualizó-. Si los médicos dicen que no pueden salvarle a menos que encuentren al animal que lo ha picado, lo diré todo, ¿de acuerdo?

-De acuerdo –concedí.

Se puso en pie y se dirigió a la puerta. A mitad de camino se detuvo, volvió sobre sus pasos y me besó en la frente.

-Te quiero, Darren –dijo-, pero cometiste una estupidez imperdonable trayendo esa araña a esta casa, y si Steve muere, en mi opinión tú serás el único culpable.

Salió a toda prisa de la habitación, sollozando.

Esperé unos minutos, con la mano de Steve entre las mías, rogándole que se recobrara, que mostrara alguna señal de vida. Cuando vi que mis plegarias no surtían efecto, me puse en pie, abrí la ventana (para que hubiera una explicación de cómo el misterioso atacante había entrado), respiré hondo y corrí escaleras abajo llamando a mi madre.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Las enfermeras de la ambulancia le preguntaron a mi madre si Steve era diabético o epiléptico. Ella no estaba segura, pero creía que no. También preguntaron por posibles alergias, pero les explicó que ella no era su madre y no lo sabía.

Yo pensaba que nos llevarían con ellos en la ambulancia, pero nos dijeron que no había espacio suficiente. Apuntaron el número de teléfono de Steve y el nombre de su madre, pero no la encontraron en casa. Una de las enfermeras le pidió a mi madre que siguiera a la ambulancia con el coche hasta el hospital, donde tendría que rellenar un montón de formularios para que pudieran empezar a examinarle. Se mostró de acuerdo y nos metió a Annie y a mí en el coche. Papá todavía no había llegado a casa, así que le llamó desde el móvil para decirle dónde estábamos. Él dijo que venía inmediatamente.

Fue un viaje lamentable. Yo estaba sentado en la parte de atrás, intentando evitar la mirada de Annie, sabiendo que mi obligación era decir la verdad, pero demasiado asustado como para hacerlo. Lo peor de todo era saber que, si hubiera sido yo quien estuviera en coma, Steve habría confesado de inmediato.

-¿Qué ha pasado ahí arriba?- preguntó mamá por encima del hombro. Conducía lo más rápido posible sin superar el límite de velocidad, así que no podía girarse a mirarme. Me pareció una suerte: no creo que hubiera sido capaz de mentirle mirándola a la cara.

-No estoy seguro –dije-. Estábamos charlando. En algún momento tuve que ir al lavabo. Y al volver a mi habitación...

-¿No viste nada? –preguntó.

-No –mentí, mientras notaba cómo se me ponían coloradas las orejas de vergüenza.

-No lo comprendo –murmuró-. Estaba completamente rígido, y la piel se le amorataba por momentos. Pensé que estaba muerto.

-A mí me parece que es una picadura de algún bicho –dijo Annie.

Estuve a punto de darle un codazo en las costillas, pero en el último segundo recordé que dependía de ella si quería guardar mi secreto.

-¿Una picadura? –preguntó mamá.

-Tenía un par de marcas en el cuello –dijo Annie.

-Ya las vi –dijo mamá-. Pero no creo que sea eso, cariño.

-¿Y por qué no? –insistió Annie-. Si ha entrado alguna serpiente, o una... araña y le ha mordido...

Me miró y se ruborizó un poco al recordar su promesa.

-¿Una araña? –mamá negó con la cabeza- No, cariño, las picaduras de araña no dejan a la gente en coma, al menos por estos alrededores.

-¿Entonces qué le pasa? –preguntó Annie.

-No estoy segura –replicó mamá-. Puede que le sentara mal algo que haya comido, o que haya sufrido un ataque al corazón.

-Los niños no tienen ataques al corazón –protestó Annie.

-Claro que sí –dijo mamá-. Es un poco raro, pero puede suceder. En cualquier caso, los médicos lo aclararán todo. Saben más que nosotros de estas cosas.

No estaba habituado a los hospitales, así que estuve curioseando por ahí mientras mamá rellenaba los formularios. Era el lugar más blanco que hubiera visto nunca: paredes blancas, suelos blancos, batas blancas. No había mucha gente, pero se oía un rumor constante, sonido de somieres y toses, el zumbido de las máquinas, cuchillos cortando, médicos hablando en voz baja.

Nosotros no hablamos mucho mientras estábamos allí sentados. Mamá dijo que habían admitido a Steve y que le estaban reconociendo, pero que podía pasar bastante tiempo antes de que descubrieran lo que le pasaba.

-Parecían optimistas –dijo.

Annie tenía sed, así que mamá me envió con ella a buscar bebidas a la máquina del rincón. Annie miró a su alrededor mientras yo echaba las monedas para asegurarse de que nadie pudiera oírnos.

-¿Cuánto tiempo más piensas esperar? –preguntó.

-Hasta que sepa qué opinan los médicos –le dije-. Esperaremos a que le reconozcan. Con un poco de suerte, descubrirán de qué tipo de veneno se trata y podrán curarle ellos.

-¿Y si no es así? –preguntó ella.

-Entonces se lo diré –prometí.

-¿Y qué pasará si muere antes? –preguntó en voz baja.

-No morirá –dije.

-Pero, ¿y si...?

-¡Eso no pasará! –bufé- Y no hables así. Ni siquiera pienses en esa posibilidad. Tenemos que esperar lo mejor. Tenemos que creer que saldrá de ésta. Mamá y papá siempre nos han dicho que los pensamientos positivos ayudan realmente a los enfermos, ¿no es verdad? Necesita que creamos en él.

-Lo que necesita es la verdad –refunfuñó, pero no insistió en el tema. Llevamos los refrescos al banco y allí bebimos en silencio.

Papá no tardó en llegar, ataviado todavía con su ropa de trabajo. Besó a mamá y a Annie y a mí me dio un resuelto apretón en el hombro. Llevaba las manos sucias y me dejó marcada su señal en la camiseta, pero eso no me molestó en absoluto.

-¿Alguna novedad? –preguntó.

-Todavía no –dijo mamá-. Le están reconociendo. Puede que pasen horas antes de que sepamos algo.

-¿Qué le ha pasado, Ángela? –preguntó papá.

-Aún no lo sabemos –dijo mamá-. Tendremos que esperar.

-Odio esperar –se quejó papá, pero no tenía elección, así que tuvo que hacerlo, igual que el resto de nosotros.

Pasaron dos horas sin que sucediera nada nuevo, hasta que llegó la madre de Steve. Estaba tan pálida como Steve, y tenía los labios apretados. Vino directa a mí, me agarró por los hombros y me zarandeó con violencia.

-¿Qué le has hecho? –chilló- ¿Le has hecho daño a mi chico? ¿Has matado a mi Steve?

-¡Ya basta! ¡Basta! –intervino papá.

La madre de Steve no le hizo el menor caso.

-¿Qué le has hecho? –volvió a gritar, zarandeándome aún con más fuerza. Yo intentaba decir “nada”, pero me castañeteaban los dientes- ¿Qué le has hecho? ¿Qué le has hecho? –repetía.

De repente, dejó de zarandearme, me soltó y se desplomó contra el suelo, donde se echó a llorar como un niño.

Mamá se levantó del banco y se agachó junto a la señora Leonard. Le acarició la cabeza y le susurró palabras de consuelo, luego la ayudó a levantarse y la hizo sentar a su lado. La señora Leonard seguía llorando, y ahora murmuraba entre gemido y gemido lo mala madre que había sido y cuánto debía de odiarla Steve.

-Vosotros dos, id a jugar a otro sitio –nos dijo mamá a Annie y a mí.

Empezamos a retirarnos.

-¡Darren! –gritó mamá a mis espaldas- No hagas caso de lo que te ha dicho. No quiere echarte a ti la culpa. Sólo está asustada.

Asentí tristemente. ¿Qué diría mamá si supiera que la señora Leonard tenía razón y yo era el único culpable?

Annie y yo encontramos un par de máquinas recreativas que nos mantuvieron entretenidos. Al principio no me sentía capaz de jugar, pero a los pocos minutos me olvidé de Steve y del hospital, concentrando toda mi atención en los juegos. Era agradable sustraerse a las preocupaciones de la vida real, aunque sólo fuera por un rato, y lo cierto es que, si no me hubiera quedado sin monedas, podría haber seguido jugando toda la noche.

Cuando volvimos a nuestros asientos, la señora Leonard se había tranquilizado y estaba fuera con mamá, rellenando formularios. Annie y yo nos sentamos y el tiempo de espera se reanudó.

Annie empezó a bostezar hacia las diez de la noche, y a mí también se me estaba contagiando el sueño. Mamá nos miró y ordenó que nos fuéramos a casa. Yo empecé a protestar, pero ella me hizo callar sin contemplaciones.

-Aquí ya no podéis hacer nada –dijo-. Os telefonearé en cuanto sepamos algo, por muy tarde que sea, ¿de acuerdo?

Vacilé. Era mi última oportunidad de mencionar a la araña. Estuve a punto de irme de la lengua, pero me sentía cansado y no encontraba las palabras adecuadas.

-De acuerdo –dije sombríamente antes de marcharme.

Papá nos llevó a casa en coche. Me preguntaba qué haría él si le hablaba de la araña, de míster Crepsley y todo lo demás. Me habría castigado, de eso estoy seguro, pero no fue ésa la razón por la que no se lo conté: seguí callando porque sabía que se sentiría avergonzado por mis mentiras y de que hubiera antepuesto mi propio bienestar al de Steve. Tenía miedo de que me odiara.

Para cuando llegamos a casa Annie ya estaba dormida. Papá la cogió en brazos y la llevó a la cama. Yo subí lentamente a mi habitación y empecé a desnudarme. No dejaba de maldecirme a mí mismo interiormente.

Papá se asomó mientras me quitaba la ropa.

-¿Estarás bien? –preguntó.

Yo asentí.

-Steve se recuperará –dijo-. Estoy seguro. Los médicos saben lo que hacen. Le dejarán como nuevo.

Asentí una vez más, incapaz de responder con palabras. Papá se quedó en el umbral unos instantes, luego suspiró, dio media vuelta y bajó haciendo resonar los pies en la escalera hasta su estudio.

Estaba colgando los pantalones en el armario cuando me fijé en la jaula de Madam Octa. La saqué lentamente. Ella estaba inmóvil en el centro, respirando con regularidad, más impasible que nunca.

Examiné a la multicolor araña, y no me sentí impresionado por lo que veía. Era un colorido brillante, es cierto, pero aquel bicho era feo, peludo y repugnante. Empecé a sentir que la odiaba. Ella era el auténtico malo de la historia, ella era quien había picado

a Steve sin una buena razón para hacerlo. La había alimentado y cuidado, y había jugado con ella. Y así era como me lo pagaba.

-¡Monstruo sangriento! –gruñí, zarandeando la jaula- ¡Engendro ingrato!

Di otra sacudida a la jaula. Ella se agarró con fuerza a los barrotes. Esto me enfureció, y empecé a agitar violentamente la jaula de un lado a otro, intentando que la soltara, deseando hacerle daño.

Empecé a correr en círculo, haciendo dar vueltas a la jaula que llevaba agarrada por el asa. Maldecía, le gritaba todos los insultos que se me ocurrían, deseando que estuviera muerta, deseando no haberla visto nunca, deseando tener los suficientes redaños para sacarla de la jaula y aplastarla.

Finalmente, cuando mi rabia alcanzó su punto culminante, arrojé la jaula lo más lejos de mí que pude. No me paré a pensar hacia dónde la lanzaba, y me sobresalté al verla salir volando por la ventana a la oscuridad de la noche.

Me quedé mirando cómo desaparecía por los aires y corrí tras ella. Me daba miedo que se abriera al chocar contra el suelo, pues sabía que si los médicos no eran capaces de salvar a Steve por sus propios medios, quizá lo consiguieran con la ayuda de Madam Octa: si tenían la posibilidad de estudiarla, quizá descubrieran cómo curarle. Pero si se me escapaba...

Corrí a la ventana. Era demasiado tarde como para intentar atrapar la jaula, pero al menos vería dónde caía. Observé cómo daba vueltas por los aires, rogando por que no se rompiera. Me pareció que tardaba una eternidad en llegar al suelo.

Justo antes de que tocara el suelo, una mano salió disparada de entre las sombras de la noche y la atrapó al vuelo.

¿Una mano?

Me asomé hasta sacar medio cuerpo fuera de la ventana para ver mejor. Era una noche oscura y al principio no pude ver quién estaba allá abajo. Pero entonces el dueño de la mano dio un paso adelante y se mostró.

Lo primero que vi fueron sus arrugadas manos sosteniendo la jaula. Luego sus largos ropajes de color rojo. Después su pelo crespo y anaranjado. Y luego su larga y fea cicatriz. Por fin, aquella sonrisa que mostraba sus afilados dientes.

Era míster Crepsley. El vampiro.

¡Y estaba mirando hacia arriba, sonriéndome!

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Me quedé petrificado en la ventana, esperando que de un momento a otro se convirtiera en murciélago y subiera volando, pero lo único que hizo fue agitar la jaula suavemente para asegurarse de que Madam Octa estaba bien.

Luego, sin dejar de sonreír, dio media vuelta y desapareció. La noche pareció engullirle en cuestión de segundos.

Cerré la ventana y corrí a refugiarme en la cama, donde empecé a hacerme confusas preguntas mentalmente. ¿Cuánto tiempo había estado allá abajo esperando? Si sabía dónde estaba Madam Octa, ¿por qué no había venido a buscarla antes? Yo había imaginado que estaría furioso, y sin embargo parecía divertido. ¿Por qué no me había degollado como pronosticó Steve?

Era imposible dormir. Estaba más aterrorizado ahora que la noche después de haber robado la araña. Por lo menos entonces había podido aferrarme a la idea de que no sabía quién era el ladrón y no podría encontrarme.

Pensé en la posibilidad de contárselo todo a papá. Después de todo, había por ahí un vampiro que sabía dónde vivíamos y que tenía buenas razones para tenernos inquina. Papá tenía que saberlo. Tenía que ponerle sobre aviso para darle la oportunidad de preparar algún tipo de defensa. Pero...

No me creería. Sobre todo ahora que ya no tenía a Madam Octa. Me imaginé a mí mismo intentando convencerle de que los vampiros existían realmente, de que uno de ellos había estado en nuestra casa y de que podía volver. Pensaría que estaba chiflado.

Conseguí echar una cabezada cuando amaneció del todo, pues sabía que el vampiro no podría atacar hasta la puesta del sol. No dormí mucho, pero me hizo bien poder descansar un poco, y al despertar tenía las ideas más claras. Tras darle muchas vueltas a la cabeza caí en la cuenta de que no tenía por qué estar asustado. Si el vampiro hubiera querido matarme, lo habría hecho la noche anterior, cuando me pilló desprevenido. Por alguna razón, no quería verme muerto, o por lo menos, todavía no.

Liberado de esa preocupación, pude concentrarme en Steve y en mi auténtico problema: decidir si decía la verdad o no. Mamá se había quedado en el hospital toda la noche, cuidando de la señora Leonard y telefoneando a vecinos y amigos para ponerles al corriente de lo que le había sucedido a Steve. Si ella hubiera estado en casa, quizá se lo habría contado todo, pero la sola idea de decírselo a mi padre me infundía pavor.

Nuestra casa estaba muy silenciosa aquel domingo. Papá hizo huevos revueltos con salchichas para desayunar, y se le quemaron como le pasa siempre que cocina él, pero aquel día no se puso a maldecir. Yo a duras penas pude saborear la comida mientras la engullía. No tenía apetito. La única razón por la que comí fue intentar fingir que aquél era un domingo como cualquier otro.

Mamá telefoneó cuando estábamos acabando. Habló bastante rato con papá. Él, por su parte, no dijo mucho; se limitó a emitir escuetos gruñidos de asentimiento. Annie y yo permanecimos sentados en silencio, intentando oír lo que le decía mamá. Cuando terminó de hablar volvió a la mesa y se sentó.

-¿Cómo está? –pregunté.

-No muy bien –dijo papá-. Los médicos no saben qué hacer. Al parecer, Annie tenía razón: se trata de veneno. Pero no es ningún veneno conocido. Han enviado muestras a expertos de otros hospitales, con la esperanza de que alguien pueda arrojar alguna luz. Pero...

Meneó la cabeza.

-¿Se morirá? –preguntó en voz baja Annie.

-Es posible –dijo papá.

Me alegró que fuera sincero. Ocurre demasiado a menudo que los adultos mientan a los niños cuando se trata de asuntos importantes. Personalmente prefiero saber la verdad sobre la muerte a que me mientan.

Annie se echó a llorar. Papá la cogió en brazos y la acunó en su regazo.

-Eh, eh, no hay por qué llorar –dijo-. Aún no está todo perdido. Todavía está vivo. Ni los pulmones ni el cerebro parecen estar afectados. Si consiguen descubrir alguna forma de combatir el veneno que hay en su cuerpo, se pondrá bien.

-¿Cuánto tiempo le queda? –pregunté.

Papá se encogió de hombros.

-Con su fortaleza, los médicos podrían mantenerle con vida toda una eternidad conectado a diferentes máquinas.

-¿Quieres decir como si estuviera en coma? –pregunté.

-Exactamente.

-¿Y cuánto tiempo le queda antes de que tengan que conectarle?

-Ellos creen que aún puede aguantar unos días –respondió papá-. No pueden decirlo con seguridad, puesto que en realidad no saben a qué se enfrentan, pero en su opinión pasarán aún un par de días antes de que le empiece a fallar el aparato cardiorrespiratorio.

-¿El qué? –preguntó Annie entre sollozos.

-El corazón y los pulmones –le explicó papá-. Mientras eso funcione, se puede considerar que sigue vivo. Tienen que utilizar un gota a gota para alimentarle, pero por lo demás todo funciona correctamente. Los verdaderos problemas empezarán cuando deje de respirar por sí solo, si es que eso llega a suceder.

Un par de días. No era mucho tiempo. El día anterior tenía toda la vida por delante. Ahora le quedaban un par de días.

-¿Podría ir a verle? –pregunté.

-Esta tarde, si te sientes con ánimos –dijo papá.

-Me sentiré con ánimos –prometí.

* * *

Esta vez había más ajetreo en el hospital, lleno de visitantes. Nunca había visto tantas cajas de bombones y ramos de flores. Todo el mundo parecía llevar una de las dos cosas. Yo quería comprar algo para Steve en la tienda del hospital, pero no tenía dinero.

Esperaba encontrar a Steve en el pabellón infantil, pero estaba en una habitación individual, porque los médicos querían estudiar su caso, y también porque no estaban seguros de que lo que tenía no fuera contagioso. Tuvimos que ponernos mascarillas y guantes y largas batas verdes antes de entrar.

La señora Leonard estaba dormida en una silla. Mamá nos indicó por señas que no hiciéramos ruido. Tras abrazarnos, se puso a hablar con papá.

-Han llegado un par de resultados de otros hospitales –le dijo, la voz apagada por la mascarilla-. Todos negativos.

-Tiene que haber alguien que sepa de qué se trata –dijo papá-. ¿Cuántos tipos de venenos distintos puede haber?

-Miles –dijo ella-. Han enviado muestras a hospitales extranjeros. Es de esperar que alguno de ellos lo conozca, pero pasará algún tiempo antes de que respondan.

Observé a Steve mientras ellos hablaban. Estaba pulcramente tapado en la cama. Tenía un gotero en un brazo, y un montón de cables en el pecho. Había marcas de agujas en los lugares en los que los médicos le habían pinchado para extraer muestras de sangre. Su rostro estaba pálido y rígido. ¡Tenía un aspecto horrible!

Afloraron las lágrimas a mis ojos y no podía parar de llorar. Mamá me rodeó con sus brazos y me estrechó contra ella, pero sólo consiguió empeorar las cosas. Intenté hablarle de la araña, pero lloraba demasiado desconsoladamente como para que mis palabras fueran inteligibles. Mamá siguió abrazándome, besándome e intentando atajar mi llanto, y acabé por abandonar mi empeño.

Llegaron más visitas, familiares de Steve, y mamá decidió que lo mejor era dejarles solos con Steve y su madre. Nos llevó fuera, me quitó la mascarilla y me secó las lágrimas con un pañuelo de papel.

-Así –dijo-. Eso está mejor.

Me sonrió y me achuchó hasta que le devolví la sonrisa.

-Se pondrá bien –prometió-. Ya sé que tiene muy mal aspecto, pero los médicos están haciendo todo lo que pueden. Tenemos que confiar en ellos y esperar lo mejor, ¿de acuerdo?

-De acuerdo –suspiré.

-A mí me ha parecido que tenía bastante buen aspecto –dijo Annie, estrechándome la mano. Le sonreí agradecido.

-¿Vienes a casa con nosotros? –le preguntó papá a mamá.

-No estoy segura –dijo ella-. Creo que debería quedarme un poco más por si...

-Ángela, tú ya has hecho bastante –dijo papá con firmeza-. Seguro que no has dormido en toda la noche, ¿no?

-No mucho –admitió mamá.

-Y si ahora te quedas, hoy tampoco dormirás. Venga, Angie, vámonos –papá siempre la llama Angie cuando quiere mostrarse cariñoso para convencerla de algo-. Hay otras personas que pueden ocuparse de Steve, aparte de su madre. Nadie te pide que lo hagas tú todo.

-De acuerdo –cedió ella-. Pero volveré esta noche por si me necesitan.

-Vale –dijo él, y abrió la marcha hacia el coche.

No había sido una visita muy larga, pero no protesté. Me alegraba de poder marcharme de allí.

De camino a casa no dejé de pensar en Steve, en su mal aspecto y en lo que lo había provocado. Pensé en el veneno que corría por sus venas y me pareció casi seguro que los médicos fracasarían. Estaba convencido de que ningún doctor del mundo se había enfrentado nunca con el veneno de una araña como Madam Octa.

Por muy mal que hubiera visto a Steve, sabía que estaría mucho peor al cabo de un par de días. Le imaginé conectado a una máquina de respiración asistida, el rostro cubierto por la mascarilla, tubos introduciéndose en su cuerpo. Era horrible.

Sólo había una manera de salvar a Steve. Y yo sabía quién era la única persona que conocía aquel veneno y cómo combatir sus efectos.

Míster Crepsley.

Mientras aparcábamos a la entrada de casa y bajábamos del coche, me decidí: le seguiría la pista y le obligaría a hacer lo que pudiera por Steve. En cuanto oscureciera, me escaparía de casa y encontraría al vampiro dondequiera que se hubiera ocultado. Y

si no conseguía sonsacarle información que me permitiera volver con una cura para Steve...

...en ese caso no volvería nunca.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Tuve que esperar hasta casi las once. Me hubiera marchado más temprano, mientras mamá estaba en el hospital, pero un par de amigos de papá pasaron por casa con sus hijos y tuve que ejercer de anfitrión.

Mamá volvió sobre las diez. Estaba cansada, así que papá se las arregló para deshacerse de las visitas lo antes posible. Tomaron una taza de té y charlaron un rato en la cocina; luego se acostaron. Esperé a que se durmieran y luego me escabullí escaleras abajo y salí por la puerta trasera.

Atravesé veloz la oscuridad como un cometa. Me movía tan rápido que nadie me vio ni oyó. En un bolsillo, llevaba un crucifijo que había encontrado en el joyero de mamá y, en el otro, una botella de agua bendita que uno de los amigos del colegio de papá nos había enviado hacía años. No era capaz de hallar una estaca. Pensé en llevar un cuchillo afilado en su lugar, pero probablemente sólo hubiera conseguido cortarme. Soy un poco torpe con los cuchillos.

El viejo teatro estaba desierto y oscuro como boca de lobo. Esta vez entré por la puerta principal.

No tenía la menor idea de lo que iba a hacer si no encontraba al vampiro, pero de alguna manera presentía que ahí estaría. Tenía una sensación parecida a la de aquel día en que Steve lanzó por los aires los pedacitos de papel con la entrada ganadora mezclada entre ellos, yo cerré los ojos y la atrapé a ciegas. Era cosa del destino.

Me costó un buen rato encontrar el sótano. Llevaba una linterna, pero las pilas estaban casi agotadas y a los dos minutos empezó a parpadear hasta apagarse, dejándome en la más completa oscuridad, mientras me movía a tientas como un topo. Cuando encontré los escalones, empecé a bajar sin pensármelo dos veces y así no darle tiempo al miedo.

Cuanto más descendía, más aumentaba la claridad, hasta que llegué abajo y vi cinco grandes cirios encendidos. Eso me sorprendió -¿acaso no se suponía que los vampiros le tenían pavor al fuego?-, pero también me alegró.

Míster Crepsley me esperaba en el otro extremo del sótano. Estaba sentado frente a una mesita jugando un solitario.

-Buenos días, señor Shan –dijo sin levantar la vista.

Me aclaré la garganta antes de replicar.

-No es por la mañana –dije-. Estamos en mitad de la noche.

-Para mí es por la mañana –dijo; luego alzó la mirada y sonrió.

Sus dientes eran largos y afilados. Nunca había estado tan cerca de él como entonces, y había albergado la esperanza de descubrir todo tipo de detalles –dientes rojos, orejas largas, ojos sesgados-, pero tenía el mismo aspecto que cualquier otro ser humano, aunque tremendamente feo.

-Me estaba esperando, ¿no? –pregunté.

-Sí –asintió.

-¿Cuánto tiempo tardó en descubrir dónde estaba Madam Octa?

-La encontré la misma noche en que la robaste –dijo.

-¿Y entonces por qué no se la llevó?

Se encogió de hombros.

-Iba a hacerlo, pero me dio por pensar en qué clase de chico se atrevería a robarle a un vampiro, y decidí que quizás más adelante pudieras serme útil.

-¿Para qué? –pregunté, intentando disimular que me temblaban las rodillas.

-Ésa es la cuestión, ¿para qué? –replicó burlonamente.

Chascó los dedos y las cartas que había sobre la mesa se apilaron y metieron en su caja por sí solas. Él las dejó a un lado e hizo crujir los nudillos.

-Dime, Darren Shan, ¿para qué has venido? ¿Para volverme a robar? ¿Todavía deseas poseer a Madam Octa?

Negué con la cabeza.

-¡No quiero volver a ver a ese monstruo jamás! –bufé.

Se echó a reír.

-Pobrecita, se va a poner muy triste si oye esas palabras.

-No se burle de mí –le advertí-. No me gusta que me tomen el pelo.

-¿Ah, no? –preguntó- ¿Y qué piensas hacer si continúo?

Saqué el crucifijo y la botella de agua bendita y los alcé en el aire.

-¡Le atacaré con esto! –bramé, esperando que él cayera hacia atrás paralizado de miedo.

Pero no fue así. En lugar de eso, sonrió, volvió a chascar los dedos y, de repente, el crucifijo y la botella de plástico habían desaparecido de mis manos. Estaban en las suyas.

Observó detenidamente el crucifijo, soltó una risita y lo arrugó como si fuera de papel de aluminio hasta convertirlo en una pelotita. Luego destapó la botella de agua bendita y se la bebió de un trago.

-¿Sabes lo que más me gusta? –preguntó- Me encanta la gente que ve montones de películas de terror y lee libros de miedo. Porque se creen lo que leen y oyen, y aparecen cargando cosas estúpidas, como crucifijos y agua bendita en lugar de traer armas capaces de hacer daño de verdad, como pistolas o granadas de mano.

-¿Quiere decir que... los crucifijos... no le hacen ningún daño? –balbuceé.

-¿Y por qué iban a hacérmelo? –preguntó.

-Porque usted es... el mal –dije.

-¿Ah, sí? No deberías creer todo lo que te dicen. Es cierto que nuestros gustos son un tanto exóticos. Pero que nos guste beber sangre no significa que seamos malvados. ¿Acaso los murciélagos vampiro son malvados cuando le chupan la sangre a las vacas y los caballos?

-No –dije-. Pero eso es distinto. Son animales.

-También los humanos son animales –me dijo-. Si un vampiro mata a un ser humano, entonces sí es la personificación del mal. Pero el que se limita a chupar un poco de sangre para llenar su pobre estómago hambriento... ¿Qué tiene eso de malo?

No encontré respuesta. Me sentía aturdido y ya no sabía en qué creer. Estaba a su merced, solo e indefenso.

-Ya veo que no estás de humor para disquisiciones filosóficas –dijo-. Muy bien. Reservaremos las discusiones para otro momento. Pero dime, Darren Shan, si no se trata de mi araña, ¿qué es lo que quieres?

-Le picó a Steve Leonard –le dije.

-Al que todos conocen por Steve Leopard –dijo él, asintiendo-. Un asunto feo. En cualquier caso, los chicos pequeños que juegan con cosas que no entienden, difícilmente pueden quejarse si luego...

-¡Quiero que usted le ayude! –le interrumpí, gritando.

-¿Yo? –preguntó, haciéndose el sorprendido- Pero si yo no soy médico. No soy un especialista. No soy más que un artista de circo. Un freak. ¿Recuerdas?

-No –dije-. Usted es más que eso. Sé que usted puede salvarle. Sé que tiene poder suficiente para hacerlo.

-Es posible –dijo-. La picadura de Madam Octa es mortal, pero siempre hay un antídoto para cada veneno. Quizá yo tenga la cura. Quizá tenga un frasco de suero capaz de hacer que tu amigo recupere sus funciones vitales.

-¡Sí! –grité lleno de júbilo- ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Lo...!

-Pero puede que sea un frasco pequeño –dijo míster Crepsley, levantando un largo y huesudo dedo para hacerme callar-. Puede que sólo tenga una pequeña cantidad de suero. Quizá sea un líquido precioso. Quizá quiera guardarlo para una auténtica emergencia, por si acaso Madam Octa me pica alguna vez a mí. Puede que no quiera malgastarlo con un crío.

-No –dije en voz baja-. Tiene que dármelo. Tiene que utilizarlo con Steve. Se está muriendo. No puede permitir que muera.

-Pues claro que puedo –rió míster Crepsley-. ¿Qué tengo yo que ver con tu amigo? Ya oíste lo que dijo la noche que estuvo aquí: ¡dijo que cuando fuera mayor se haría cazador de vampiros!

-No hablaba en serio –balbuceé-. Sólo lo dijo porque estaba enfadado.

-Quizá –musitó míster Crepsley, acariciándose la barbilla y la cicatriz, pensativo-. Pero te lo volveré a preguntar: ¿por qué razón tendría yo que salvar a Steve Leopard? Pagué muy caro el suero y no puedo reponerlo.

-¡Pagaré por él lo que me pida! –grité.

Y al parecer, eso era lo que había estado esperando oír. Se lo noté en los ojos, en la forma en que los entornó, en cómo se encorvó hacia delante, sonriendo. Por eso no había querido recuperar a Madam Octa aquella primera noche. Por eso no había abandonado la ciudad.

-¿Pagar? –preguntó maliciosamente- Pero si no eres más que un crío. Es imposible que tengas suficiente dinero para comprar el remedio.

-Le pagaré poco a poco –prometí-. Cada semana durante cincuenta años, o el tiempo que usted me diga. Cuando sea mayor tendré trabajo, y le entregaré todo mi dinero. Se lo juro.

Negó con la cabeza.

-No –dijo suavemente-. Tu dinero no me interesa.

-¿Y qué es lo que le interesa? –pregunté en voz baja- Estoy seguro de que tiene un precio. Por eso me ha estado esperando, ¿no es cierto?

-Eres un jovencito muy inteligente –dijo-. Lo supe en cuanto me desperté y vi tu nota en lugar de la araña. Me dije a mí mismo: "Larten, este chico es de lo más notable, un auténtico prodigio. Llegará lejos."

-Ahórrese toda esa mierda y dígame cuánto quiere –bufé.

Se echó a reír groseramente, luego se puso serio.

-¿Recuerdas de qué hablamos Steve Leopard y yo? –preguntó.

-Naturalmente –repliqué-. Él quería convertirse en vampiro. Usted le dijo que era demasiado joven, así que él le propuso convertirse en su aprendiz. A usted en principio le pareció bien, pero luego descubrió que era una persona malvada y se negó.

-Más o menos –convino-. Excepto, acuérdate, que no me entusiasmaba la idea de tener un ayudante. Pueden resultar útiles, pero también ser una carga.

-¿A dónde quiere llegar? –pregunté.

-Lo he pensado mejor desde entonces –dijo-. He decidido que no es tan mala idea después de todo, especialmente ahora que me he desvinculado del Cirque du Freak y

tendré que arreglármelas por mi cuenta. Un aprendiz de vampiro podría ser justo lo que me recomendaría el médico hechicero.

Sonrió por el pequeño chiste que acababa de hacer.

Yo fruncí el ceño.

-¿Quiere decir que ahora sí permitiría que Steve se convirtiera en su ayudante?

-¡Por todos los cielos, no! –gritó- ¿Aquel monstruo? No quiero ni imaginar las atrocidades que cometería cuando fuera adulto. No, Darren Shan, no quiero que Steve Leopard sea mi asistente.

Me señaló con su largo y huesudo dedo una vez más, y supe lo que iba a decir unos instantes antes de que lo dijera.

-¡Me quiere a mí! –susurré, adelantándome a sus palabras.

Y su oscura, siniestra sonrisa me indicó que había dado en el clavo.

CAPÍTULO VEINTICINCO

-¡Está loco! –grité, tambaleándome hacia atrás- ¡De ninguna manera me convertiré en su ayudante, aprendiz o lo que sea! ¡Debe de estar loco para haber pensado una cosa así!

Míster Crepsley se encogió de hombros.

-Entonces, Steve Leopard morirá –dijo, simplemente.

Dejé de retroceder.

-Por favor –supliqué -, tiene que haber alguna otra manera.

-Esto no admite discusión –dijo-. Si quieres salvar la vida de tu amigo, tendrás que unirte a mí. Si te niegas, no tenemos nada más que hablar.

-¿Y si yo...?

-¡No me hagas perder más tiempo! –gritó, dando un golpe sobre la mesa-. Llevo dos semanas viviendo en este sucio agujero lleno de pulgas, cucarachas y piojos. Si no te interesa mi oferta, dilo y márchate. Pero no me hagas perder el tiempo con otras posibilidades, porque no las hay.

Asentí lentamente y me acerqué un poco más a él.

-Cuénteme más detalles de lo que supone ser un aprendiz de vampiro –dije.

Él sonrió.

-Serás mi compañero de viaje –me explicó-. Viajarás conmigo por todo el mundo. Serás mis ojos y mis manos durante el día. Vigilarás mientras yo duerma. Buscarás alimento para mí cuando escasee. Me llevarás la ropa a la lavandería. Lustrarás mis zapatos. Cuidarás de Madam Octa. En pocas palabras, te ocuparás de todas mis necesidades. A cambio, yo te introduciré en los hábitos de los vampiros.

-¿Tengo que convertirme obligatoriamente en vampiro? –pregunté.

-En su día –respondió-. Al principio sólo tendrás parte de los poderes de los vampiros. Te convertiré en un "vampiro a medias". Eso significa que podrás moverte libremente durante el día. No necesitarás mucha sangre para mantenerte. Disfrutarás de ciertos poderes, pero no de todos. Y envejecerás a un ritmo una quinta parte más lento que la media, en lugar de una décima parte como los vampiros completos.

-¿Y qué significa eso? –pregunté, confuso.

-Los vampiros no vivimos eternamente –explicó-, pero somos mucho más longevos que los humanos. Envejecemos diez veces más lentamente de lo habitual. Es decir, cada diez años envejecemos uno. Siendo sólo medio vampiro, envejecerás un año de cada cinco.

-¿Quiere decir que por cada cinco años que pasen yo sólo creceré uno? –pregunté.

-Exacto.

-No sé –murmuré-. Me suena peligroso.

-Tú decides –dijo-. No puedo obligarte a ser mi asistente. Si decides que no quieres hacerlo, eres libre de irte.

-¡Pero si me niego, Steve morirá! –chillé.

-Sí –confirmó-. Se trata de tu compromiso como ayudante contra su vida.

-Casi no me deja elección –protesté.

-No –convino-, no tienes mucho donde elegir. Pero es la única oferta posible. ¿Aceptas?

Me paré a pensarlo. Quería decir que no, escapar de allí para no volver nunca. Pero sí hacía eso, Steve moriría. ¿Era su vida lo bastante valiosa como para hacer un trato como aquél? ¿Me sentía yo lo bastante culpable como para ofrecer mi vida a cambio de la suya? La respuesta era...

Sí.

-De acuerdo –suspiré-. No me gusta la idea, pero estoy atado de pies y manos. Sólo quiero que sepa una cosa: si alguna vez tengo ocasión de traicionarle, lo haré. Si surge la oportunidad de vengarme, no la dejaré pasar. Nunca podrá confiar en mí.

-Muy bien –dijo.

-Hablo en serio –le advertí.

-Lo sé –dijo él-. Por eso te quiero a ti. El ayudante de un vampiro debe tener temple. Precisamente tu espíritu combativo fue lo que me hizo elegirte. Será peligroso tenerte cerca, no me cabe duda, pero tampoco me cabe duda de que en una pelea serías un buen aliado.

Respiré hondo.

-¿Cómo lo hacemos? –pregunté.

Se puso en pie y apartó la mesa a un lado. Se me fue acercando hasta detenerse a un medio metro de distancia. Parecía tan alto como un edificio. Emanaba un repugnante olor que yo no había notado hasta entonces. El olor de la sangre.

Alzó la mano derecha y me mostró el dorso. No tenía las uñas exageradamente largas, pero parecían afiladas. Levantó la mano izquierda y presionó sobre las carnosas yemas de los dedos con las uñas de la derecha. Luego marcó los dedos de la mano derecha de la misma forma que lo había hecho con la izquierda. No pudo reprimir una mueca de dolor.

-Levanta las manos –gruñó. Yo estaba observando fascinado la sangre que goteaba de sus dedos y no obedecí su orden-. ¡Ahora! –gritó, agarrándome las manos y levantándomelas de un tirón.

Hundió las uñas en las tiernas yemas de mis dedos, las diez al mismo tiempo. Grité de dolor y caí hacia atrás, apretando la manos contra los costados, frotándomelas contra la chaqueta.

-No seas tan miedica, pareces un bebé –se burló, obligándome a dejar libres las manos.

-¡Me duele! –aullé.

-Pues claro que duele –se rió él-. También a mí me hace daño. ¿Acaso creías que convertirse en vampiro resulta fácil? Ve acostumbrándote al dolor. Te queda mucho por delante.

Se llevó mis dedos a la boca y chupó un poco de sangre. Le observé enjuagándose la boca con ella para comprobar su calidad. Por fin asintió y se la tragó.

-Es sangre buena –dijo-. Podemos proceder.

Apretó sus dedos contra los míos. Durante unos segundos sentí que se me adormecían los extremos de los brazos. Entonces noté que la sangre pasaba de mi cuerpo al suyo a través de mi mano izquierda, mientras que por la derecha me entraba la sangre de él.

Fue una extraña sensación de hormigueo. Notaba cómo s sangre me subía por el brazo derecho, luego bajaba por el costado y volvía a subir por la izquierda. Cuando me llegó al corazón sentí un lacerante dolor que casi hizo que me desmayara. Lo mismo le sucedía a míster Crepsley; vi cómo se apretaba los dientes, sudoroso.

El dolor continuó hasta que la sangre de míster Crepsley bajó por mi brazo izquierdo y empezó a fluir de nuevo por su cuerpo. Permanecimos unidos un par de segundos más, hasta que él se apartó de un empujón. Caí de espaldas contra el suelo. Me sentía mareado y enfermo.

-Dame los dedos –dijo míster Crepsley. Observé cómo se chupaba los suyos-. Mi saliva curará las heridas. De lo contrario seguirías perdiendo sangre hasta morir.

Bajé la vista hacia mis manos y vi cómo se derramaba la sangre. Estirándolas hacia él, dejé que el vampiro se las metiera en la boca y pasara su áspera lengua por las yemas de los dedos.

Cuando las dejó, la hemorragia había cesado. Me sequé los restos de sangre con un pedazo de tela. Me examiné los dedos y comprobé que ahora tenía diez diminutas cicatrices.

-Así es como se reconoce a un vampiro –me dijo míster Crepsley-. Hay otras maneras de transformar a un humano, pero los dedos son el método más sencillo y menos doloroso.

-¿Ya está? –pregunté- ¿Ya soy medio vampiro?

-Sí –dijo él.

-No noto ninguna diferencia –le dije.

-Tendrán que pasar unos días antes de que los efectos se manifiesten –dijo-. Siempre hay un periodo de adaptación. De lo contrario, el shock podría ser excesivo.

-¿Y cómo se convierte uno en vampiro del todo? –pregunté.

-De la misma manera. Sólo hay que permanecer unidos más tiempo, de forma que te entre en el cuerpo más cantidad de sangre del vampiro.

-¿Qué podré hacer con mis nuevos poderes? –pregunté- ¿Podré transformarme en murciélago?

Su risotada retumbó en toda la estancia.

-¡Un murciélago! –chilló- No creerás esas estúpidas historias, ¿no? ¿Cómo podía transformarse alguien de tu corpulencia o de la mía en una diminuta rata voladora? Usa el cerebro, chico. ¡No podemos transformarnos en murciélagos, ratas o humo más de lo que somos capaces de transformarnos en aviones, barcos o monos!

-Entonces, ¿qué podemos hacer? –pregunté.

Se rascó la barbilla.

-Son demasiadas cosas para explicártelas todas ahora –dijo-. Tenemos que atender a tu amigo. Si no toma el antídoto antes de mañana por la mañana, el suero no funcionará. Además, tenemos mucho tiempo para hablar de poderes secretos.

Y añadió, sonriendo:

-Se podría decir que tenemos todo el tiempo de mundo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Míster Crepsley me condujo escaleras arriba y salimos del edificio. Caminaba sin titubear en la oscuridad. Me pareció que mi visión había mejorado, pero puede que simplemente se me hubieran acostumbrado los ojos y aquella sensación no tuviera nada que ver con la sangre de vampiro que llevaba en las venas.

Una vez fuera, me dijo que me colgara de sus hombros.

-Cógete del cuello. No te sueltes ni hagas movimientos bruscos.

Mientras me encaramaba a sus hombros, bajé la vista y noté que llevaba zapatillas de deporte. Me pareció extraño pero no dije nada.

Cuando me hubo cargado a la espalda, empezó a correr. Al principio no noté nada raro, pero enseguida empecé a darme cuenta de lo veloces que pasaban los edificios a mi lado. Las piernas de míster Crepsley no parecían moverse tan deprisa. Por el contrario, ¡era como si el mundo se moviera más aprisa y nosotros pasáramos de largo!

Llegamos al hospital en un par de minutos. Lo normal era tardar veinte minutos, andando a buen paso.

-¿Cómo ha hecho eso? –pregunté, bajando al suelo.

-La velocidad es algo relativo –dijo, ajustándose su capa roja sobre los hombros, apresurándose a arrastrarme de nuevo entre las sombras, donde no podíamos ser vistos.

Y esa fue su única respuesta.

-¿En qué habitación está tu amigo? –preguntó.

Le dije el número de la habitación en que se encontraba Steve. Él levantó la vista, fue contando ventanas, asintió para sus adentros y me dijo que volviera a subir a sus espaldas. Cuando estuve bien acomodado, caminó hacia la pared exterior del hospital, se quitó las zapatillas de deporte y apoyó los dedos de manos y pies en el muro. Y entonces sacó las uñas... ¡y las hundió en los ladrillos!

-Mmm –murmuró-, es un poco endeble, pero aguantará. No te dejes llevar por el pánico si resbalamos. Puedo caer de pie sin problemas. Hace falta mucha altura para matar a un vampiro.

Empezó a trepar por el muro, clavando las uñas en él, adelantando una mano, luego un pie, después la otra mano y el otro pie, un paso tras otro. Se movía deprisa y con agilidad, y en cuestión de segundos estuvimos en la ventana de Steve, agazapados en el alféizar, atisbando.

No estaba muy seguro de la hora, pero sin duda era muy tarde. Aparte de Steve, no había nadie en la habitación. Míster Crepsley tanteó la ventana. Estaba cerrada. Apoyó los dedos de una mano sobre el cristal, a la altura del pestillo, y chasqueó los de la otra.

¡El pestillo se abrió con un clic! Levantó la ventana y entró en la habitación. Me bajé de su espalda. Mientras él comprobaba que la puerta estuviera bien cerrada, yo examiné a Steve. Su respiración era más irregular, y llevaba tubos nuevos por todo el cuerpo, conectados a máquinas de aspecto amenazador.

-El veneno ha hecho su efecto muy rápidamente –dijo míster Crepsley, mirándole por encima de mi hombro-. Puede que sea demasiado tarde para salvarle la vida.

Al oír esas palabras se me heló la sangre en las venas.

Míster Crepsley se inclinó sobre Steve y le levantó un párpado. Durante unos segundos que me parecieron larguísimos, siguió mirando el globo ocular de Steve mientras con la otra mano sostenía su muñeca, tomándole el pulso. Por fin, emitió un gruñido.

-Hemos llegado a tiempo –dijo, y sentí que se me henchía el corazón-. Pero es una suerte que no hayas esperado. Unas pocas horas más y estaría desahuciado.

-Limítese a poner manos a la obra y curarle –le espeté, sin querer enterarme de lo cerca que estaba de la muerte mi mejor amigo.

Míster Crepsley rebuscó en uno de sus incontables bolsillos y sacó un pequeño vial de vidrio. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y puso el frasco al trasluz para examinar el suero.

-Tengo que tener cuidado –me dijo-. Este antídoto es casi tan letal como el veneno. Un par de gotas más de la cuenta y...

No tuvo necesidad de acabar la frase

Ladeó la cabeza de Steve y me dijo que se la sostuviera en esa posición. Apoyó una de sus uñas en el cuello de Steve y le hizo un pequeño corte. Empezó a brotar sangre de la herida. La taponó con un dedo, mientras con la otra mano le quitaba el tapón de corcho al frasco.

Se lo llevó a los labios y se dispuso a beber.

-¿Pero qué hace? –pregunté.

-Tengo que morderle para inoculárselo. Un médico podría inyectárselo, pero yo no sé de agujas ni cosas parecidas.

-¿Es seguro? –pregunté- ¿No le transmitirá ninguna enfermedad?

Míster Crepsley sonrió.

-Si quieres llamar a un médico, eres libre de hacerlo. De lo contrario, tendrás que tener un poco de fe en un hombre que ya hacía esto mucho antes de que tu abuelo naciera.

Se llenó la boca de líquido y lo paladeó. Luego se inclinó hacia delante y cubrió el corte con los labios. Hinchó los carrillos y empezó a inocularle el suero a Steve.

Al terminar, volvió a sentarse y se secó los labios. Escupió los restos del líquido.

-Siempre me da miedo tragarme esta porquería accidentalmente. Cualquier noche aprenderé a hacerlo de forma menos peligrosa.

Estaba a punto de contestarle, cuando Steve se movió. Flexionó el cuello, enderezó la cabeza, levantó los hombros. Sus brazos y piernas se convulsionaron espasmódicamente y sin control. Con el rostro crispado empezó a gemir.

-¿Qué está pasando? –pregunté, temiendo que algo hubiera ido mal.

-Todo va bien –dijo míster Crepsley, dejando el frasco a un lado-. Estaba al borde de la muerte. El viaje de vuelta nunca es agradable. Sufrirá un poco, pero sobrevivirá.

-¿Tendrá efectos secundarios? ¿No quedará paralítico o algo así?

-No. Se pondrá bien. Sentirá cierta rigidez y se resfriará fácilmente, pero por lo demás, será el de siempre.

Steve abrió los ojos de repente y nos miró. Una expresión de perplejidad cruzó su rostro e intentó decir algo. Pero tenía la boca paralizada; puso los ojos en blanco y luego los volvió a cerrar.

-¿Steve? –grité, sacudiéndolo- ¿Steve?

-Esto le ocurrirá con frecuencia –dijo míster Crepsley -. Pasará toda la noche en un estado semiconsciente, despertándose y durmiéndose alternativamente. Pero por la mañana ya estará completamente despierto, y cuando llegue la tarde se levantará y pedirá la cena. Venga, vámonos.

-Quiero quedarme un rato para asegurarme de que se recupera –repliqué.

-De lo que quieres asegurarte es de que no te haya engañado. Mañana volveremos y verás que se encuentra bien. Ahora tenemos que irnos. Si nos quedamos...

¡De repente se abrió la puerta y entró una enfermera!

-¿Qué está pasando aquí? –gritó sorprendida al vernos- ¿Quién demonios son...?

Míster Crepsley reaccionó con rapidez, agarró el cubrecamas de Steve y se lo lanzó a la enfermera. Ella cayó al suelo, intentando desembarazarse de la tela, que se le enredaba en las manos.

-Vamos –siseó míster Crepsley, corriendo hacia la ventana-. Tenemos que irnos inmediatamente.

Miré fijamente la mano que me tendía, luego a Steve, a la enfermera y hacia la puerta abierta.

Míster Crepsley retiró la mano.

-Ya veo –dijo tristemente-. No quieres seguir adelante con nuestro pacto.

Titubeé, abrí la boca para contestar y luego –actuando sin pensar- me di la vuelta y eché a correr hacia la puerta.

Creí que me detendría, pero no hizo nada, se limitó a aullar a mis espaldas:

-¡Muy bien! ¡Corre, Darren Shan! ¡No te servirá de nada! Ahora eres una criatura de la noche. ¡Eres uno de los nuestros! Volverás. Volverás arrastrándote, pidiendo ayuda de rodillas. ¡Corre, estúpido, corre!

Y se echó a reír siniestramente.

Su risa me persiguió por el pasillo y escaleras abajo hasta que llegué a la puerta principal. Mientras corría, miraba continuamente por encima del hombro, esperando que en cualquier momento se abalanzara sobre mí, pero llegué a casa sin notar el menor atisbo de su presencia, ni de su olor, ni de sonido alguno.

Lo único que persistía era su risa, que resonaba en mi cerebro como la maldición de una bruja.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Me hice el sorprendido cuando mamá colgó el teléfono aquel lunes por la mañana y me dijo que Steve se había recuperado. Estaba emocionada y se puso a dar saltos de alegría conmigo y con Annie en la cocina.

-¿Y se ha restablecido él solito? –preguntó papá.

-Sí –dijo ella-. Los médicos no lo entienden, pero lo único que importa es que se encuentra bien.

-Increíble –murmuró papá.

-Puede que sea un milagro –dijo Annie, y yo tuve que girar la cabeza para ocultar una sonrisa. ¡Un milagro!

Mientras mamá salía para ir a visitar a la señora Leonard, yo me encaminaba hacia el colegio. Estaba medio asustado, pensando que la luz del sol quizá me quemara, pero naturalmente, no fue así. Míster Crepsley me había dicho que podría moverme libremente durante el día.

De vez en cuando me preguntaba si aquello no había sido más que un mal sueño. Al recordar lo ocurrido, todo me parecía una locura. En el fondo de mi corazón sabía que era real, pero intentaba no creérmelo, y a veces casi llegaba a conseguirlo.

Lo que más detestaba era la idea de tener que estar atrapado en mi cuerpo durante tantísimo tiempo. ¿Cómo podría explicárselo a mamá, a papá y a los demás? En sólo dos años tendría un aspecto ridículo, sobre todo en el colegio, en una clase rodeado de chicos que parecerían mucho más viejos que yo.

Fui a visitar a Steve el martes. Ya se había levantado de la cama y estaba sentado mirando la televisión mientras se zampaba una caja de bombones. Se mostró encantado de verme y me habló de su estancia en el hospital, la comida, los juegos que le dejaban las enfermeras para entretenerse, los regalos que se amontonaban.

-Tendré que dejar que me piquen arañas venenosas más a menudo –bromeó.

-Yo de ti no lo convertiría en costumbre –le dije-. Puede que la próxima vez no te salga bien.

Se me quedó mirando fijamente.

-¿Sabes? Los médicos están desconcertados –dijo Steve-. No saben qué es exactamente lo que me puso a morir, y tampoco saben cómo he podido superarlo.

-¿No les has dicho nada de Madam Octa? –pregunté.

-No –dijo-. No me pareció que fuera la mejor idea del mundo. Te habría creado problemas a ti.

-Gracias, Steve.

-¿Qué pasó con la araña? –preguntó- ¿Qué hiciste con ella después de que me picara?

-La maté –mentí-. Sentí pánico y la pisoteé con todas mis fuerzas hasta que no quedó ni rastro.

-¿De verdad?

-De verdad.

Asintió ligeramente, sin quitarme los ojos de encima ni un momento.

-Al despertar –dijo-, tuve la sensación de que te veía. Debí de equivocarme, porque era una noche muy oscura. Pero fue como soñar despierto. Hasta me pareció ver a alguien contigo, alto y feo, vestido de rojo, con el pelo anaranjado y una larga cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda.

No dije nada. No podía. Sin levantar la vista del suelo, empecé a retorcerme las manos.

-Otra cosa curiosa –dijo-. La enfermera que me encontró ya despierto, jura que había dos personas en la habitación, un hombre y un chico. Los médicos creen que la imaginación le jugó una mala pasada y han dicho que no tiene importancia. Pero es raro, ¿no te parece?

-Muy raro –convine, incapaz de mirarle a los ojos.

* * *

Empecé a notar cambios en mi cuerpo durante los dos días siguientes. Me costaba conciliar el sueño, me pasaba la noche andando arriba y abajo. Se me agudizó el oído; era capaz de oír conversaciones desde muy lejos. En el colegio, oía las voces que llegaban desde dos aulas más allá, casi como si no hubiera paredes entre ellas.

Mi cuerpo se hizo más atlético. Podía correr por el patio durante el recreo sin sudar ni una gota. Nadie aguantaba mi ritmo. También me más sentía consciente de mi físico y perfectamente capaz de controlarlo. Era mucho más hábil con la pelota de fútbol, hacía con ella lo que me daba la gana, driblaba a mis contrincantes a voluntad. Sólo el jueves marqué dieciséis goles.

También aumentó mi fortaleza. Era capaz de hacer tantas flexiones como quisiera. La musculatura era la misma –por lo menos yo no notaba ningún músculo nuevo-, pero una extraña fuerza que nunca antes había experimentado recorría todo mi cuerpo. Todavía tenía que ponerla a prueba, pero estaba convencido de que podía ser inmensa.

Intentaba ocultar mis nuevas facultades, pero era difícil. Justifiqué el hecho de que alcanzara mayor velocidad y jugara mejor al fútbol explicando que entrenaba el doble, pero había otras cosas más difíciles de esconder.

Como ocurrió el jueves, cuando sonó el timbre después del recreo. El portero al que le acababa de meter dieciséis goles acababa de sacar de puerta. La pelota venía hacia mí, así que levanté la mano derecha para atraparla. La cogí, pero al apretar, ¡hundí sin darme cuenta las uñas y la reventé!

Y una noche, mientras estaba cenando en mi casa, era incapaz de concentrarme en lo que hacía. Oía discutir a los vecinos y tenía toda mi atención puesta en sus argumentaciones. Estaba comiendo patatas fritas y salchichas, y de golpe noté que la comida estaba más dura de lo normal. Bajé la mirada y me di cuenta de que... ¡estaba triturando el tenedor hasta convertirlo en añicos! Por fortuna nadie lo vio, y me las arreglé para tirarlo disimuladamente a la basura mientras lavaba los platos.

Steve llamó el jueves por la noche. Le habían dado de alta en el hospital. Le habían ordenado reposo por unos días y no tenía por qué volver al colegio hasta pasado el fin de semana, pero me explicó que había convencido a su madre de que tenía que dejarle ir al día siguiente mismo si no quería que se volviera loco de aburrimiento.

-¿Me estás diciendo que tienes ganas de venir al colegio? –le pregunté, perplejo.

-Suena raro, ¿verdad? –rió- Siempre estoy buscando excusas para quedarme en casa. ¡Y ahora que tengo una auténtica, quiero ir! Pero no sabes lo tétrico que resulta estar solo y encerrado todo el día. Ha sido divertido para un par de días, pero una semana entera... ¡brrr!

Pensé en decirle a Steve la verdad, pero no estaba seguro de cómo iba a tomárselo. Él había deseado convertirse en vampiro. No me parecía que fuera a gustarle la idea de que míster Crepsley me hubiera elegido a mí en lugar de a él.

Y contárselo a Annie era impensable. Ella no había vuelto a mencionar a Madam Octa desde la recuperación de Steve, pero a menudo la sorprendía mirándome. No sé qué le pasaba por la cabeza, pero imagino que debía ser algo así: "Steve está mejor, pero no gracias a ti. Tuviste la oportunidad de salvarle la vida y no lo hiciste. Has mentido y puesto en peligro su vida sólo por no meterte en líos. ¿Habrías hecho lo mismo si se hubiera tratado de mí?".

Steve fue el centro de atención aquel viernes. Toda la clase se apiñó a su alrededor suplicándole que explicase lo que le había pasado. Querían saber qué le había envenenado, cómo había conseguido sobrevivir, qué tal le había ido en el hospital, si tenía alguna cicatriz y todo ese tipo de cosas.

-No sé qué era lo que me picó o mordió –decía él-. Fue en casa de Darren. Yo estaba sentado junto a la ventana. Oí un ruido, pero no tuve tiempo de ver qué era antes de sentir la mordedura y desmayarme.

Nos habíamos puesto de acuerdo en explicar los dos lo mismo cuando lo visité en el hospital.

Nunca me había sentido tan extraño como aquel viernes. Pasé toda la mañana con la mirada errática, sintiéndome fuera de lugar. Me parecía un sin sentido. "Yo no tendría que estar aquí –me repetía para mis adentros-. Ya no soy un chico normal y corriente. Debería estar ganándome la vida como aprendiz de vampiro. ¿De qué van a servirme ahora el inglés, la historia y la geografía? Éste ya no es mi medio natural".

Tommy y Alan le hablaron de mis maravillas en el campo de fútbol.

-Últimamente corre como el viento –dijo Alan.

-Y juega como Pelé –añadió Tommy.

-¿De veras? –preguntó Steve, mirándome de una forma extraña- ¿Y a qué se debe ese cambio tan espectacular, Darren?

-No ha cambiado nada –mentí-. Es sólo que tengo una buena racha. La suerte me sonríe.

-¡Vaya con el Señor Modestia! –rió Tommy- El señor Dalton ha dicho que quizá le promocione para que le fichen en el equipo de los sub-diecisiete. ¡Imagínate! ¡Uno de nosotros jugando con los sub-diecisiete! Nadie de nuestra edad ha jugado nunca en ese equipo.

-No –musitó Steve-, es verdad.

-¡Bah! Lo ha dicho por decir –intervine, intentando cambiar de tema.

-Es posible –dijo Steve-. Quizá.

Aquel día, durante el recreo, jugué mal ex profeso. Me daba perfecta cuenta de que Steve estaba muy suspicaz. No creo que supiera lo que estaba pasando, pero me notaba distinto. No corrí exageradamente y dejé pasar ocasiones en las que por regla general habría metido gol sin necesidad siquiera de los poderes especiales.

Mi táctica funcionó. Para cuando acabó el partido, había dejado de estudiar cada movimiento que yo hiciera y volvía a bromear conmigo como siempre. Pero al día siguiente sucedió algo que lo echó todo a perder.

Alan y yo corríamos tras la pelota. Él no tenía por qué ir a buscarla, puesto que yo estaba más cerca. Pero Alan era un poco más joven que el resto de nosotros y a veces actuaba como un estúpido. Pensé en retirarme, pero estaba harto de jugar mal. El final del recreo se acercaba y quería marcar por lo menos un gol. Así que decidí que si de mí dependía, Alan Morris podía irse al infierno. Aquella pelota era mía, y si se interponía en mi camino... ¡duro con él!

Tuvimos un encontronazo justo antes de llegar a la pelota. Alan soltó un grito y salió volando por los aires. Sonreí de satisfacción, controlé la pelota con un pie y me giré hacia la portería.

La visión de la sangre me hizo parar en seco.

Alan había caído mal y se había hecho un corte en la rodilla izquierda. Era una fea herida, y no dejaba de sangrar a chorro. Él se había echado a llorar y ni siquiera intentaba taparla con un pañuelo o un pedazo de tela.

Alguien chutó la pelota por debajo de mi pie y se la llevó. No hice caso. Tenía la mirada fija en Alan. Más concretamente, en la rodilla de Alan. Más concretamente todavía: en la sangre de Alan.

Di un paso hacia él. Y otro. Ahora estaba encima de él, cubriéndole con mi sombra. Levantó la mirada y debió ver algo extraño en mi rostro, porque dejó de llorar y se me quedó mirando con inquietud.

Caí de rodillas y, sin tiempo a darme cuenta de lo que estaba haciendo, cubrí la herida de su pierna con la boca y... ¡empecé a chuparle la sangre y a tragármela!

Sólo duró unos segundos. Yo tenía los ojos cerrados y la boca anegada de sangre. Tenía un sabor delicioso. No estoy seguro de cuánto hubiera chupado ni hasta qué punto hubiera podido hacerle daño a Alan. Afortunadamente no tuve ocasión de descubrirlo.

Tuve conciencia de estar rodeado de gente y abrí los ojos. Casi todos habían dejado de jugar y me miraban horrorizados. Aparté los labios de la rodilla de Alan y miré alrededor a mis amigos, preguntándome cómo iba a explicarles aquello.

De repente se me ocurrió la solución: me puse en pie de un brinco y abrí los brazos.

-¡Soy el señor de los vampiros! –chillé- ¡El rey de los inmortales! ¡Os chuparé la sangre a todos!

Se me quedaron mirando perplejos; luego, se echaron a reír. ¡Creyeron que era un chiste! Pensaron que sólo simulaba ser un vampiro.

-Estás chiflado, Shan –dijo alguien.

-¡Qué asqueroso! –chilló una chica, al ver que la sangre me resbalaba goteando por el mentón- ¡Deberían encerrarte!

Sonó el timbre con el que había que volver a clase. Me sentí satisfecho de mí mismo. Creí que había conseguido engañar a todo el mundo. Pero entonces vi a alguien al fondo del corrillo y me puse pálido. Era Steve, y la expresión sombría de su rostro me hizo comprender exactamente lo que acababa de suceder. No se había dejado engañar en absoluto.

Él lo sabía.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Aquella tarde evité a Steve y corrí directamente a casa. Estaba confuso. ¿Por qué había atacado a Alan? Yo no quería beberme la sangre de nadie. No había estado buscando ninguna víctima. ¿Cómo había podido abalanzarme sobre él como un animal salvaje? ¿Y qué pasaría si eso volvía a sucederme? ¿Y si la próxima vez no había nadie cerca que pudiera detenerme y yo empezaba a chupar hasta...?

No, aquella idea era una locura. La visión de la sangre me había cogido por sorpresa, eso era todo. No me lo esperaba. Esa experiencia me serviría de aprendizaje y la siguiente vez sería capaz de contenerme.

Todavía tenía sabor a sangre en la boca, así que fui al cuarto de baño y me la enjuagué con varios vasos de agua, y luego me lavé los dientes.

Me estudié a mí mismo en el espejo. Tenía la misma cara de siempre. No tenía ni los dientes más largos ni más afilados. Los ojos y las orejas eran los de siempre. Tenía el mismo cuerpo de siempre. Nada de músculos adicionales, nada de peso añadido, ningún nuevo mechón de pelo. La única diferencia visible eran las uñas, que se habían endurecido y estaban más oscuras.

Pero entonces, ¿por qué actuaba de aquella forma tan rara?

Deslicé una uña sobre el cristal del espejo e hice una larga y profunda rayada.

“Voy a tener que ir con cuidado con estas uñas”, pensé para mis adentros.

Aparte de haber atacado a Alan no creía estar gravemente desquiciado. De hecho, cuanto más pensaba en ello, menos espantoso me parecía. De acuerdo, me costaría mucho tiempo madurar, y tendría que estar alerta ante la sangre fresca. Esa idea me intranquilizaba.

Pero aparte de eso, la vida podía ser agradable. Era más fuerte que nadie de mi edad, más rápido y más ágil. Podía ser atleta, boxeador o futbolista. Puede que mi edad fuera un factor en contra, pero si tenía suficiente talento, eso no tendría importancia.

¡Imagínate: un vampiro futbolista! Ganaría millones. Aparecería en shows televisivos, la gente escribiría libros acerca de mí, haría una película sobre mi vida, y hasta era posible que alguna banda famosa me pidiera que cantara con ellos. Quizá encontrara trabajo en el mundo del cine como especialista haciendo de doble de otros niños. O incluso...

Un golpe en la puerta interrumpió el hilo de mis pensamientos.

-¿Quién es? –pregunté.

-Annie –contestaron-. ¿Aún no estás listo? Llevo una eternidad esperando para utilizar el baño.

-Entra –le dije-. Ya estoy.

Entró.

-¿Otra vez admirando tu belleza delante del espejo? –preguntó.

-Por supuesto –sonreí-. ¿Por qué no?

-Si yo tuviera una cara como la tuya me mantendría bien alejada de los espejos –cacareó.

Iba envuelta en una toalla. Abrió los grifos de la bañera y puso la mano debajo del agua para comprobar que no estaba demasiado caliente. Luego se sentó en el borde y se me quedó mirando con detenimiento.

-Tienes un aspecto un poco raro –dijo.

-No es verdad –dije. Entonces, mirándome al espejo, pregunté: -¿En serio?

-Sí –dijo ella-. No sé qué es, pero te veo algo distinto.

-Son imaginaciones tuyas –le dije yo-. Soy el mismo de siempre.

-No –dijo, meneando la cabeza-. Estás claramente...

La bañera empezó a desbordarse, así que dejó de hablar un instante, se giró y cerró los grifos. Cuando se inclinó sobre ellos, se me clavaron los ojos en la curva de su cuello y se me secó la boca de repente.

-Como te decía, tienes un aspecto... –empezó a decir, incorporándose.

Se interrumpió al percibir mi mirada.

-¿Darren? –preguntó inquieta- Darren, ¿pero qué...?

Alcé la mano derecha y ella permaneció en silencio. Abrió los ojos como platos y se quedó mirando fijamente y muda mis dedos, mientras yo los movía lentamente, primero de un lado a otro y luego en pequeños círculos. No estaba muy seguro de cómo lo hacía, pero ¡la estaba hipnotizando!

-Ven aquí –gruñí, con un profundo tono de voz.

Annie se puso en pie y obedeció. Se movía como una sonámbula, con los ojos en blanco, los brazos y la piernas rígidos.

Cuando se detuvo ante mí, reseguí el perfil de su cuello con los dedos. Respiraba pesadamente y la veía como entre niebla. Me pasé la lengua por los labios lentamente y oí el fragor de mis tripas. En el cuarto de baño hacía tanto calor que parecía un horno; veía gotas de sudor deslizándose por el rostro de Annie.

Di un rodeo hasta ponerme detrás de ella, sin apartar en ningún momento las manos de su carne. Notaba sus venas palpitantes mientras las acariciaba, y cuando presioné en la base del cuello, una de ellas se hinchó, hermosa y azul, como pidiendo que la sajaran hasta vaciarla.

Saqué los dientes y me incliné sobre ella, con las mandíbulas completamente abiertas.

En el último momento, cuando mis labios rozaban su cuello, vi mi propio reflejo en el espejo, y afortunadamente eso bastó para detenerme.

Mi rostro en el espejo era una máscara retorcida, un rostro irreconocible, en el que sólo se veían mis ojos enrojecidos que parecían cubrirlo por completo, lleno de profundas arrugas y con una mueca perversa. Levanté la cabeza para mirar más de cerca. Era y no era yo. Era como si dos personas distintas compartieran un solo cuerpo: un chico normal, un ser humano, y un animal salvaje de la noche, un ser sobrenatural.

Mientras observaba, aquella horrible máscara se desvaneció junto con la necesidad de beber sangre. Me quedé mirando a Annie, horrorizado. ¡Había estado a punto de morderla! ¡Me habría alimentado de mi propia hermana!

Me alejé de ella tambaleándome con un sollozo y me cubrí la cara con las manos, aterrorizado por el espejo y por lo que pudiera ver en él. Annie retrocedió trastabillando y recorrió con la mirada extraviada el techo del cuarto de baño.

-¿Qué me está pasando? –preguntó- Me siento rara. Había entrado para darme un baño, ¿no? ¿Ya está listo?

-Sí –dije en voz baja-. Ya está preparado.

Yo también estaba preparado. ¡Preparado para convertirme en vampiro!

-Te dejaré sola –dije, y salí.

En el vestíbulo me dejé caer contra la pared, y ahí pasé un par de minutos respirando hondo e intentando tranquilizarme.

No podría controlarme. La sed de sangre era algo que no sería capaz de vencer. Ahora ya ni siquiera podría permitirme la vista de la sangre derramada. El mero hecho de pensar en ella había bastado para despertar el monstruo que había en mí.

Llegué tambaleándome hasta mi habitación y me derrumbé sobre la cama, y lloré, pues sabía que mi vida como ser humano había terminado. Ya no podría seguir viviendo sin más como el Darren Shan de siempre. El vampiro que había en mí era incontrolable. Tarde o temprano me obligaría a hacer algo horrible y acabaría por asesinar a mamá, a papá o a Annie.

No podía permitir que eso sucediera. ¡No podía! Mi vida había dejado de tener importancia, pero no la de mis amigos y la de mi familia. Si quería protegerlos tendría que irme muy lejos, a algún lugar en el que no pudiera causar daño.

Esperé a que cayera la noche y luego salí. Esta vez no quería marcharme por ahí hasta que mis padres estuvieran dormidos. No me atrevía, porque sabía que uno de ellos vendría a mi habitación antes de acostarse. Ya me lo estaba imaginando, mamá inclinándose sobre mí para darme un beso de buenas noches y llevándose un susto de muerte cuando la mordiera en el cuello.

No dejé ninguna nota ni me llevé nada. No me sentía capaz de pensar en esas cosas. Lo único que sabía era que tenía que marcharme, y cuanto antes mejor. Cualquier cosa que retrasara mi huida empeoraría la situación.

Caminé a buen paso y pronto alcancé la entrada del teatro. Ya no me parecía tenebroso. Me había acostumbrado a verlo. Además, los vampiros no tienen nada que temer de los edificios sombríos y malditos.

Míster Crepsley me estaba esperando tras la puerta principal.

-Te he oído llegar –dijo-. Te has entretenido más de lo que yo pensaba en el mundo de los humanos.

-Le he chupado la sangre a uno de mis mejores amigos –le dije-. Y he estado a punto de morder a mi hermana pequeña.

-Pues tú has salido bien parado –dijo-. Muchos vampiros matan a alguien cercano antes incluso de darse cuenta de que están condenados.

-No hay vuelta atrás, ¿no? –pregunté con tristeza- ¿No existe ninguna pócima capaz de devolver la naturaleza humana o de evitar que ataque a la gente?

-Lo único que puede detenerte ahora –dijo él- es la consabida estaca atravesándote el corazón.

-Pues qué bien –suspiré-. No me entusiasma, pero supongo que no tengo elección. Soy suyo. No volveré a escaparme. Haga conmigo lo que quiera.

Crepsley asintió lentamente.

-Es probable que no creas lo que voy a decirte –dijo-, pero sé por lo que estás pasando y lo siento por ti –meneó la cabeza apesadumbrado-. Pero no hay nada que hacer. Tenemos mucho trabajo por delante y no nos podemos permitir el lujo de perder el tiempo. Vamos, Darren Shan –me dijo, cogiéndome de la mano-. Tienes que trabajar muy duro hasta que asumas tu cometido y consigas demostrar que me sirves como aprendiz.

-¿Y qué tengo que hacer? –pregunté, desconcertado.

-Lo primero que hay que hacer –dijo, con una sonrisa taimada-, es... ¡matarte!

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Pasé mi último fin de semana despidiéndome en silencio. Visité todos y cada uno de mis lugares favoritos: la biblioteca, la piscina, el cine, los parques, el estadio de fútbol. A algunos sitios fui con mamá o con papá, a otros con Alan Morris o Tommy Jones. Me hubiera gustado pasar un rato con Steve, pero no podía soportar la idea de enfrentarme a él.

Tuve la sensación, con bastante frecuencia, de que alguien me seguía; notaba que se me erizaban los pelos de la nuca. Pero ninguna de las veces que me giré para comprobarlo conseguí ver a nadie. Finalmente, lo atribuí al nerviosismo y acabé por no hacer caso.

Cada minuto pasado con mi familia o mis amigos me parecía especial. Prestaba mucha atención a sus rostros y sus voces, para no olvidarlos. Sabía que nunca volvería a ver a aquellas personas, y eso me desgarraba las entrañas, pero no había otro remedio. Ya no había vuelta atrás.

Nada de lo que hicieran podía parecerme mal aquel fin de semana. Los besos de mamá no me abochornaban, las órdenes de papá no me molestaban, los estúpidos chistes de Alan ya no me incordiaban.

Pasé más tiempo con Annie que con nadie. Era la persona a quien más iba a echar en falta. La llevé a caballito y la cogí en brazos para columpiarla, y la llevé al estadio de fútbol conmigo y con Tommy. ¡Hasta jugué con sus muñecas!

A veces tenía ganas de llorar. Miraba a mamá o a papá, o a Annie, y me daba cuenta de hasta qué punto los quería, de lo vacía que estaría mi vida sin ellos. En esos momentos, tenía que girarme y respirar bien hondo. Hubo un par de veces en que eso no fue suficiente y tuve que marcharme a toda prisa para poder llorar en privado.

Creo que intuían que algo no iba bien. Un sábado por la noche mamá vino a mi habitación y se quedó conmigo una eternidad, arropándome en la cama, contándome cosas, escuchándome hablar. Hacía años que no pasábamos tanto tiempo juntos de esa forma. Cuando se marchó, lamenté no haber disfrutado con ella de más noches como aquella.

Por la mañana, papá me preguntó si había alguna cosa de la que quisiera hablar con él. Me dijo que era un chico en edad de crecimiento y que iba a experimentar muchos cambios en mi vida, que él sabría comprender bruscas alteraciones en mi estado de ánimo o el hecho de que quisiera independizarme si era el caso. Pero él siempre estaría allí dispuesto a escucharme.

"¡Tú sí, pero seré yo quien no estará!". Sentí ganas de llorar, pero permanecí en silencio, asentí con la cabeza y le di las gracias.

Me comportaba lo mejor que podía. Quería que, por lo menos, al final, les quedara una buena impresión de mí, que me recordaran como a un buen hijo, un buen hermano, un buen amigo. No quería que nadie me tuviera en mal concepto una vez me hubiera ido.

Aquel domingo papá iba a llevarnos a cenar a un restaurante, pero yo les pedí que nos quedáramos en casa. Aquella iba a ser nuestra última comida juntos, y quería que

fuera algo especial. Cuando mirara atrás al cabo de los años, quería poder recordarnos a todos juntos, en casa, una familia feliz.

Mamá cocinó mi plato favorito: pollo, patatas asadas, mazorca de maíz. Annie y yo tomamos zumo de naranja natural. Mamá y papá compartieron una botella de vino. De postre tomamos pastel de queso con fresas. Todo el mundo estaba de excelente humor. Entonamos juntos algunas canciones. Papá contó unos chistes horribles. Mamá tocó una melodía con un par de cucharas. Annie recitó unos poemas. Jugamos a mil cosas e hicimos payasadas entre todos.

Hubiera deseado que aquel día no acabara nunca. Pero, naturalmente, todos los días tienen que acabarse, y finalmente, como sucede siempre, se puso el sol y la oscuridad de la noche cubrió el cielo.

Al poco rato, papá levantó la vista, luego consultó su reloj.

-Hora de irse a la cama –dijo-. Mañana tenéis que ir al colegio, los dos.

"No –pensé-, yo no. Yo ya no tendré que ir al colegio nunca más".

Esa idea hubiera debido alegrarme... pero lo único que podía pensar era: "No ir al colegio significa que ya no habrá nunca más ni señor Dalton, ni amigos, ni fútbol, ni excursiones".

Retrasé el momento de irme a la cama todo lo que pude. Tardé siglos en quitarme la ropa y ponerme el pijama; y aún necesité más tiempo para lavarme las manos, la cara y los dientes. Luego, cuando ya no podía entretenerme más, bajé a la sala, donde mamá y papá estaban charlando. Levantaron la vista, sorprendidos de verme.

-¿Estás bien, Darren? –preguntó mamá.

-Muy bien –dije.

-¿No te encuentras mal?

-Estoy bien –le aseguré-. Sólo quería daros las buenas noches.

Abracé a papá y le besé en la mejilla. Luego hice lo mismo con mamá.

-Buenas noches –les dije a ambos.

-Esto es digno de pasar a la historia –rió papá, frotándose la mejilla en el punto en el que le había besado-. ¿Cuánto tiempo hacía que no venía a darme un beso de buenas noches, Angie?

-Demasiado –sonrió mamá, acariciándome la cabeza.

-Os quiero –les dije-. Sé que no os lo he dicho con mucha frecuencia, pero es verdad. Os quiero a los dos, y siempre os querré.

-También nosotros te queremos –dijo mamá-. ¿No es así, Dermont?

-Claro que sí –dijo papá.

-Bueno, pues díselo –insistió ella.

Papá suspiró.

-Te quiero, Darren –dijo, poniendo los ojos en blanco de una forma que sabía que me haría reír. Luego me dio un abrazo-. De verdad –volvió a decir, esta vez muy serio.

Les dejé solos. Me detuve un momento detrás de la puerta, para escucharles hablar, me resistía a marcharme.

-¿A qué crees que ha venido eso? –preguntó mamá.

-Críos –bufó papá-. ¿Quién sabe lo que tienen en la cabeza?

-Algo le pasa –dijo mamá-. Ya hace algún tiempo que está raro; se comporta de una forma extraña.

-Puede que tenga una novia –sugirió papá.

-Quizá –dijo mamá, aunque sin mucha convicción.

Ya me había entretenido bastante. Si continuaba allí, corría el riesgo de irrumpir corriendo en la habitación y explicárselo todo. Y si lo hacía, ellos me impedirían seguir

adelante con el plan de míster Crepsley. Dirían que los vampiros no existen y harían todo lo posible por mantenerme a su lado, a pesar del peligro.

Pensé en Annie y en lo cerca que había estado de morderla, y supe que no podía permitir que me detuvieran.

Subí penosamente las escaleras camino de mi habitación. La noche era cálida y la ventana estaba abierta. Eso era importante.

Míster Crepsley me esperaba en el armario. Salió de él cuando me oyó cerrar la puerta.

-Me estaba asfixiando ahí dentro –se quejó-. Siento que Madam Octa haya tenido que pasar tanto tiempo en...

-Cállese –le espeté.

-No tienes por qué ser grosero –dijo con desdén-. No era más que un comentario.

-Bueno, pues no haga comentarios –dije-. Puede que para usted no sea importante este lugar, pero para mí sí lo es. Todo esto ha sido mi hogar, mi habitación, mi armario, incluso desde antes de lo que puedo recordar. Y esta noche será la última vez que lo vea. Son mis últimos momentos aquí. Así que no me ofenda, ¿vale?

-Lo siento –dijo él.

Eché una última, prolongada mirada a la habitación. Por fin sonreí tristemente. Saqué una bolsa de debajo de la cama y se la pasé a míster Crepsley.

-¿Qué es esto? –preguntó, receloso.

-Unas cuantas cosas personales –le dije-. Mi diario, una foto de mi familia. Y un par de tonterías más. Nada que vayan a echar en falta. ¿Quiere guardármelo?

-Sí –dijo.

-Pero sólo si me promete que no husmeará –repuse yo.

-Los vampiros no tienen secretos entre ellos –dijo.

Pero cuando vio la cara que ponía, titubeó ligeramente, se encogió de hombros y prometió:

-No lo abriré.

-De acuerdo –dije, respirando hondo-. ¿Tiene la pócima?

Asintió y me entregó un pequeño frasco de color oscuro. Examiné su contenido. Era un líquido oscuro, denso y maloliente.

Míster Crepsley se colocó detrás de mí y me puso las manos en el cuello.

-¿Está seguro de que funcionará? –le pregunté, nerviosamente.

-Confía en mí –dijo.

-siempre había pensado que cuando se le rompe el cuello a alguien no puede volver a andar ni a moverse –dije.

-No –replicó-. Los huesos del cuello no importan. La parálisis sólo aparece cuando está afectada la médula espinal, un largo tronco nervioso que pasa por el centro del cuello. Tendré cuidado de no dañarla.

-¿No les parecerá raro a los médicos? –pregunté.

-No lo comprobarán –dijo-. La pócima reducirá tanto el ritmo cardíaco, que no tendrán la menor duda de que está muerto. Verán que tienes el cuello roto y la conclusión les parecerá obvia. Si fueras más viejo quizá se plantearan practicarte una autopsia. Pero a ningún médico le gusta abrir a un niño.

"Bueno, ¿tienes perfectamente claro lo que va a suceder y cómo tienes que actuar? –preguntó.

-Sí –dije.

-No puede haber errores –me advirtió-. Al menor fallo por tu parte, todos nuestros planes se irán al traste.

-¡No soy estúpido! ¡Sé lo que tengo que hacer! –le espeté.

-Entonces hazlo –dijo él.
Y lo hice.
Con un gesto de irritación, me tragué el contenido del frasco. Hice una mueca de disgusto al sentir su sabor, luego me estremecí mientras el cuerpo se me empezaba a poner rígido. No me dolió mucho, pero una gélida sensación recorrió mis huesos y venas. Me empezaron a castañetear los dientes.
Pasaron diez minutos hasta que el veneno dejó de sentir sus mortíferos hechizos. Pasado ese tiempo, no podía mover ninguna de mis extremidades, los pulmones habían dejado de funcionar (bueno, sí funcionaban, pero muy, muy lentamente) y se me había parado el corazón (no del todo, pero sí lo bastante como para que su latido fuera indetectable).
-Ahora voy a romperte el cuello –dijo míster Crepsley.
Con una rápida sacudida me giró la cabeza hacia un lado y oí un seco chasquido. No notaba ninguna sensación, mis sentidos estaban muertos.
-Eso es –dijo-. Con esto será suficiente. Ahora te tiraré por la ventana.
Me arrastró hasta la ventana y se detuvo un instante, respirando el aire de la noche.
-Tengo que tirarte lo bastante fuerte para que parezca auténtico –dijo-. Puede que te rompas algún hueso en la caída. Empezará a dolerte cuando los efectos de la pócima desaparezcan, dentro de unos días, pero luego ya te curaré. ¡Vamos allá!
Me cogió en volandas, se quedó quieto un momento y me arrojó al exterior.
Caí rápidamente, vi la fachada de la casa pasar borrosa ante mí con un zumbido y aterricé pesadamente sobre la espalda. Tenía los ojos abiertos y me quedé mirando un desagüe a los pies de la casa.
Pasó un rato antes de que descubrieran mi cuerpo, así que permanecí allí tendido, escuchando los sonidos de la noche. Al fin, un vecino me vio y se acercó a ver qué pasaba. No pude verle la cara, pero oí su grito sofocado cuando me dio la vuelta y vio mi cuerpo sin vida.
Corrió hasta la entrada principal de la casa y llamó a la puerta. Le oí llamar a gritos a mi madre y a mi padre. Luego sus voces mientras él les conducía hasta la parte trasera. Creían que les estaba tomando el pelo o que se había equivocado. Mi padre caminaba aprisa, airado y murmurando para sus adentros.
Los pasos se detuvieron cuando giraron la esquina y me vieron. Durante un eterno, terrible minuto, se hizo un silencio absoluto. Luego papá y mamá corrieron hacia mí y me cogieron en sus brazos.
-¡Darren! –chilló mamá, apretándome contra su pecho.
-Suéltale, Angie –dijo bruscamente papá, liberándome de su abrazo y recostándome sobre la hierba.
-¿Qué le pasa, Dermont? –gimió mamá.
-No lo sé. Debe haberse caído.
Papá se puso en pie y miró hacia la ventana abierta de mi habitación. Vi cómo cerraba los puños.
-No se mueve –dijo mamá, conservando la serenidad. Luego se agarró a mí con saña-. ¡No se mueve! –gritó- No se mueve. Está...
Una vez más, papá le apartó las manos. Llamó por señas a nuestro vecino y puso a mamá en sus manos.
-Llévela dentro –dijo en voz baja-. Llame a una ambulancia. Yo me quedaré aquí y me ocuparé de Darren.
-¿Está... muerto? –preguntó el vecino.
Al oír esas palabras, mamá gimió y enterró la cara entre las manos.
Papá negó suavemente con la cabeza.

-No –dijo, dándole a mamá un ligero apretón en el hombro-. Sólo está paralizado, igual que su amigo.

Mamá dejó caer las manos.

-¿Cómo Steve? –preguntó medio esperanzada.

-Sí –sonrió papá-. Y saldrá de ésta igual que Steve. Y ahora id a buscar ayuda, ¿de acuerdo?

Mamá asintió y se marchó a toda prisa acompañada del vecino. Papá mantuvo la sonrisa hasta que ella estuvo fuera del alcance de su vista, luego se inclinó sobre mí, me examinó los ojos y me buscó el pulso. Al no encontrar signos de vida, volvió a tenderme en el suelo, me apartó un mechón de pelo de los ojos y luego hizo algo que yo nunca habría imaginado que vería.

Se echó a llorar.

Y así es como se inició una nueva, desdichada etapa de mi vida... La de la muerte.

CAPÍTULO TREINTA

Los médicos no tardaron mucho en pronunciarse. No respiraba ni había pulso, ni movimiento. En su opinión era un caso clarísimo.

Lo peor era ser consciente de lo que sucedía a mi alrededor. Deseé haber perdido a míster Crepsley que me diera otra pócima para dormir. Era terrible oír a mamá y papá llorando, a Annie chillando que volviera en mí.

Al cabo de un par de horas empezaron a llegar los amigos de la familia, provocando con su presencia un nuevo estallido de sollozos y gemidos.

Me habría gustado evitarlo. Hubiera preferido escapar con míster Crepsley en mitad de la noche, pero él me había dicho que eso era imposible.

-Si huyes –había dicho-, nos seguirán. Colgarán pósters por todas partes, proporcionarán fotografías tuyas a la policía y las publicarán en los periódicos. No tendremos ni un instante de paz.

La única manera era fingir mi muerte. Si me creían muerto, sería libre. Nadie se pone a buscar a una persona muerta.

Ahora, al oír la tristeza que había provocado, maldecía tanto a míster Crepsley como a mí mismo. No hubiera debido hacerlo. No tenía que haberles hecho pasar por todo aquello.

De todas formas, si uno lo miraba por el lado positivo, aquello significaría una especie de punto y final. Estaban tristes, y seguirían estándolo durante algún tiempo, pero acabarían superándolo (eso esperaba). Si hubiera huido, su aflicción podría haber durado para siempre: quizás hubieran vivido el resto de sus vidas esperando mi vuelta, buscándome, creyendo que algún día volvería.

Apareció el encargado de pompas fúnebres e hizo salir de la habitación a todas las visitas. Entre él y una enfermera, me desnudaron y examinaron mi cuerpo. Estaba recuperando en parte mis sentidos; noté sus frías manos palpando y pellizcando.

-Está en excelentes condiciones –dijo en voz baja la enfermera-. Terso, fresco, sin marcas, ileso. Éste me va a dar muy poco trabajo. Sólo un poco de colorete rojo en las mejillas y ya está.

Me levantó los párpados. Era un hombre rechoncho y de aspecto alegre. Temí que detectara rastros de vida en mis ojos, pero no fue así. Se limitó a girarme la cabeza suavemente de un lado a otro, lo que hizo crujir los huesos rotos del cuello.

-Qué criatura tan frágil es el hombre –suspiró, y continuó con su exploración.

Aquella misma noche me llevaron de vuelta a casa y me tendieron sobre una larga mesa cubierta con una enorme tela, de modo que la gente pudiera pasar a darme el último adiós.

Era extraño, oír a toda aquella gente hablando de mí como si yo no estuviera presente, especulando acerca de mi vida y de cómo había sido de bebé, de lo buen chico que era y del buen hombre en que me habría convertido de haber vivido lo bastante.

Menudo susto se habrían llevado si me hubiera incorporado gritando: “¡Buuu!”.

El tiempo iba pasando lentamente. Creo que no soy capaz de explicar lo tedioso que fue permanecer allí tendido y en silencio hora tras hora, sin poder moverme, ni reír, ni

rascarme la nariz. ¡Ni siquiera podía mirar fijamente al techo porque tenía los ojos cerrados!

Tenía que tener cuidado, puesto que poco a poco iba recuperando los sentidos. Míster Crepsley me había avisado de que eso pasaría, de que empezaría a sentir picores y hormigueo mucho antes de recobrarme del todo. No podía moverme, pero el menor esfuerzo por mi parte podía provocar una sacudida o un espasmo, con lo que corría el riesgo de dar al traste con toda aquella farsa.

La picazón casi me volvió loco. Yo intentaba no pensar en ello, pero era imposible. Tenía picores por todas partes, recorriendo mi cuerpo de arriba abajo como diminutas arañas. Lo peor era en la cabeza y el cuello, donde tenía los huesos rotos.

La gente empezó por fin a marcharse. Debía de ser bastante tarde, porque la estancia pronto quedó vacía y completamente silenciosa. Me quedé un rato allí tumbado, solo, disfrutando del silencio.

Y entonces oí un ruido.

Alguien estaba abriendo la puerta de la habitación, muy lenta y cautelosamente.

Oí pasos que avanzaban por la estancia hasta detenerse junto a la mesa. Se me heló la sangre en las venas, y no precisamente a causa de la pócima. ¿Quién andaba allí? Por un momento pensé que podría tratarse de míster Crepsley, pero él no tenía por qué merodear por el interior de la casa. Habíamos establecido una cita para más adelante.

Fuera quien fuese, hombre o mujer, mantenía un silencio absoluto. Pasaron dos minutos sin que se oyera el menor sonido.

Luego sentí unas manos en mi cara.

Me levantó los párpados y enfocó mis pupilas con una pequeña linterna. La habitación estaba demasiado oscura como para que pudiera ver quién era. Emitió un gruñido, me cerró los párpados y, abriéndome la boca con esfuerzo, depositó algo en la lengua: por la textura parecía un pedazo de papel muy fino, pero tenía un extraño sabor amargo.

Tras retirar aquello de mi boca, me cogió las manos y examinó las yemas de los dedos. A continuación oí el sonido de una cámara tomando fotografías.

Finalmente, me clavó un objeto afilado que me pareció una aguja. Tuvo cuidado de no pincharme en lugares en los que pudiera sangrar y no se acercó a ninguno de mis órganos vitales. Había recobrado parcialmente la sensibilidad, aunque no del todo, así que la aguja no me dolió mucho.

Hecho esto, se marchó. Oí sus pasos cruzar la habitación, tan cautelosamente como antes, después cómo se abría y volvía a cerrar la puerta, y eso fue todo. El visitante, quienquiera que fuese, se había ido, dejándome perplejo y un poco asustado.

A primera hora de la mañana siguiente apareció papá y se sentó conmigo. Habló largo y tendido, explicándome todo lo que había proyectado con respecto a mí, el colegio al que habría ido, el trabajo que hubiera querido para mí. Lloró un montón.

Casi al final, entró mamá y se sentó con él. Lloraron uno en brazos del otro intentando consolarse mutuamente. Dijeron que todavía tenían a Annie y que quizá podrían tener otro hijo o adoptarlo. Por lo menos había sido una muerte rápida y sin dolor. Y siempre les quedarían sus recuerdos.

Detesté ser la causa de tanto dolor. Hubiera dado cualquier cosa por ahorrárselo.

Aquel día, más tarde, hubo un montón de actividad. Trajeron un ataúd y me colocaron dentro. Vino un sacerdote y se sentó con la familia y sus amigos. No paraba de entrar y salir gente de la habitación.

Oí gritar a Annie que dejara de hacer el tonto y me incorporara de una vez. Habría sido mucho mejor que se la hubieran llevado de allí, pero supongo que no querían que creciera pensando que le habían negado la oportunidad de despedirse de su hermano.

Finalmente, pusieron la tapa al ataúd y la fijaron con tornillos. Me levantaron de la mesa y me sacaron hasta el coche fúnebre. Nos dirigimos lentamente hacia la iglesia, don de no pude oír casi nada de lo que se decía. Después, acabada la misa, me llevaron al cementerio, y allí sí escuché hasta la última palabra de la prédica del sacerdote, mezclada con los sollozos y gemidos de los deudos.

Y luego me enterraron.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Todos los sonidos se fueron apagando a medida que me iban bajando por aquel oscuro y húmedo agujero. Noté una sacudida cuando el ataúd golpeó contra el fondo, luego el sonido, parecido al de la lluvia, de los primeros puñados de tierra arrojados sobre la tapa.

Después hubo un largo silencio, hasta que los sepultureros empezaron a echar paladas de tierra en la tumba.

Los primeros terrones sonaron como ladrillos. Eran golpes sordos, lo bastante fuertes como para hacer que el sarcófago vibrara. A medida que la fosa se fue llenando de tierra que se iba apilando entre mí y el mundo de la superficie, los sonidos de los vivos se fueron amortiguando hasta convertirse en lejanos, remotos murmullos.

Al final eran sólo débiles ruidos de golpes, cuando aplanaban el montículo de tierra.

Y luego, silencio absoluto.

Yacía en la silenciosa oscuridad, escuchando cómo se asentaba la tierra, imaginando el ruido que hacían los gusanos reptando hacia mí por entre el lodo. Había imaginado que sería espantoso, pero en realidad resultaba bastante apacible. Allí abajo me sentía protegido, a salvo del mundo.

Para pasar el rato, me puse a pensar en las últimas semanas, el cartel anunciador del espectáculo freak, la extraña fuerza que me empujó a conseguir una entrada con los ojos cerrados, mi primera imagen del oscuro teatro, la fresca y tranquila galería en la que había visto a Steve hablando con míster Crepsley.

Había demasiados momentos decisivos. Si me hubiera quedado sin entrada, ahora no estaría aquí. Si no hubiera ido al espectáculo, ahora no estaría aquí. Si no hubiera remoloneado por ahí para enterarme de qué tramaba Steve, ahora no estaría aquí. Si no hubiera robado a Madam Octa, ahora no estaría aquí. Si no hubiera aceptado la oferta de míster Crepsley, ahora no estaría aquí.

Todos los “si...”, “si...”, “si...” del mundo, pero eso no cambiaba nada. Lo hecho, hecho estaba. Si pudiera retroceder en el tiempo...

Pero no podía. El pasado había quedado atrás. Lo mejor que podía hacer ahora era dejar de pensar en lo ocurrido. Había llegado el momento de olvidar el pasado y pensar en el presente y el futuro.

A medida que iban pasando las horas, recobraba el movimiento. Primero en los dedos, que se cerraron en un puño y se separaron del pecho, donde me los había colocado entrecruzados el encargado de pompas fúnebres. Los flexioné varias veces, lentamente, rascándome para aliviar el picor que sentía en las palmas de las manos.

A continuación abrí los ojos, pero no fue de gran ayuda. Abiertos o cerrados, allí abajo daba igual: todo era absoluta oscuridad.

Con la recuperación de la sensibilidad vino el dolor. Me hacía daño la espalda en el punto en que me había golpeado al caer por la ventana. Los pulmones y el corazón –tras haber permanecido un tiempo sin respirar y latir- dolían. Tenía las piernas agarrotadas, el cuello rígido. ¡Lo único que no me dolía era el dedo gordo del pie derecho!

Fue al recuperar la respiración cuando empecé a preocuparme por el aire del ataúd. Míster Crepsley había dicho que podría sobrevivir más de una semana en aquel estado parecido al coma. No necesitaba comer, ni ir al lavabo, ni respirar. Pero ahora que había

recuperado la respiración, fui consciente de la escasa cantidad de aire de que disponía y de lo rápidamente que iba a consumirla.

No me dejé llevar por el pánico. Eso me habría hecho jadear y gastar más aire. Mantuve la calma y respiré lentamente. Permanecí allí tendido lo más quieto posible; el movimiento le obliga a uno a respirar más aire.

No tenía forma de calcular el tiempo. Intenté contarlo mentalmente, pero me perdía una y otra vez, y tenía que empezar de nuevo.

Canté en silencio y me expliqué historias entre dientes. Ojalá me hubieran enterrado con una tele o una radio, pero supongo que no hay mucha demanda de ese tipo de cosas entre los muertos.

Al fin, tras lo que me parecieron siglos y siglos, llegaron a mis oídos ruidos indicadores de que alguien estaba cavando.

Excavaba más deprisa que cualquier ser humano, tan rápido que ni siquiera parecía que estuviese cavando, sino más bien succionando la tierra. Llegó hasta mí en lo que debió de ser un tiempo récord, menos de un cuarto de hora. Por lo que a mí concernía, no era ni una décima de segundo demasiado pronto.

Dio tres golpes en la tapa del ataúd, luego empezó a destornillar. Tardó un par de minutos, tras lo cual abrió la tapa por completo y yo me encontré admirando el cielo nocturno más bello que hubiera visto nunca.

Respiré hondo y me senté, tosiendo. Era una noche realmente oscura, pero después de haber pasado tanto tiempo bajo tierra, a mí me parecía luminosa como el día.

-¿Estás bien? –preguntó míster Crepsley.

-Muerto de cansancio –sonreí débilmente.

Se rió del chiste.

-Ponte de pie, que pueda examinarte –dijo.

Hice una mueca de dolor al levantarme: tenía agujetas por todo el cuerpo. Me pasó los dedos suavemente por la espalda, luego por la frente.

-Has tenido suerte –dijo-. Ningún hueso roto. Sólo unas cuantas contusiones que estarán curadas en un par de días.

Se aupó fuera de la tumba, luego se agachó y me tendió la mano. Yo todavía estaba bastante rígido y dolorido.

-Me siento como un alfiletero aplastado –me quejé.

-Las secuelas tardarán unos cuantos días en desaparecer –dijo-. Pero no te preocupes: estás en buena forma. Tenemos suerte de que te hayan enterrado hoy. Si hubieran tardado un día más en meterte bajo tierra te encontrarías mucho peor.

Saltó de nuevo al interior de la fosa y cerró la tapa del ataúd. Cuando salió, cogió su pala y empezó a echar tierra dentro.

-¿Quiere que le ayude? –pregunté.

-No –dijo él-. Sólo me haría ir más despacio. Date un paseo e intenta desentumecer los huesos. Te llamaré cuando todo esté listo para marcharnos.

-¿Ha traído mi bolsa? –pregunté.

Asintió indicándome con la cabeza una lápida cercana de la que colgaba la bolsa.

La cogí y comprobé que no hubiera hurgado en ella. No había indicios de que hubiera vulnerado mi intimidad, aunque no podía estar seguro. No me quedaba otro remedio que confiar en su palabra. En cualquier caso, tampoco importaba demasiado: no había nada en mi diario que él no supiera ya.

Fui a dar un paseo por entre las tumbas, ejercitando las extremidades, agitando brazos y piernas, disfrutándolo. Cualquier sensación, aunque fueran agujetas, era mejor que la ausencia total de sensaciones.

La vista se me había agudizado como nunca antes en mi vida. Era capaz de leer los nombres y las fechas de las lápidas desde varios metros de distancia. Llevaba la sangre del vampiro. Después de todo, ¿acaso no pasan los vampiros su vida entera en la oscuridad? Sabía que yo todavía era vampiro sólo a medias, pero todo lo que...

¡De repente, mientras pensaba en mis nuevos poderes, surgió una mano de detrás de una de las tumbas, me tapó la boca y me arrastró hacia el suelo, fuera del alcance de la vista de míster Crepsley!

Sacudí la cabeza y abrí la boca para gritar, pero entonces vi algo que me hizo parar en seco. Mi atacante, fuera quien fuese, tenía un martillo y una enorme estaca de madera, cuyo afilado extremo apuntaba ¡directamente a mi corazón!

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

-Si te mueves un solo milímetro –me advirtió mi atacante-, te atravesaré con esto sin pestañear.

Esas palabras no me sobrecogieron tanto como constatar a quién pertenecía la familiar voz que las había pronunciado.

-¡Steve! –balbuceé, recorriendo con la mirada desde la punta de la estaca hasta el rostro de Steve.

Era él, sin duda, intentando parecer valiente, pero en realidad bastante aterrorizado.

-Steve, ¿pero qué...? –empecé a decir, pero me atacó aguijoneándome con la estaca.

-¡Ni una palabra! –siseó, agazapado tras la columna de piedra-. No quiero que nos oiga tu "amigo".

-¿Mi...? ¡Ah!, te refieres a míster Crepsley –dije.

-Larten Crepsley, Vur Horston –dijo con desprecio Steve-. Da igual cómo le llames. Es un vampiro. Eso es lo único que me preocupa.

-¿Qué estás haciendo aquí? –susurré.

-Caza de vampiros –masculló, pinchándome de nuevo con la estaca-. Y, ¡mira!: parece que he encontrado dos.

-Escucha –dije, más molesto que preocupado (si hubiera querido matarme, lo habría hecho de inmediato, no sentándose primero a charlar un rato, como pasa en las películas)-, si vas a clavarme esa cosa, hazlo. Si lo que quieres es hablar, suéltala. Ya tengo bastantes heridas como para que encima tengas que venir tú a hacerme más agujeros.

Me miró atentamente, luego apartó la estaca unos centímetros.

-¿Qué haces aquí? –pregunté-. ¿Cómo has averiguado el camino?

-Te he seguido –dijo él-. Te seguí todo el fin de semana, después de ver lo que le hiciste a Alan. Vi a Crepsley entrando en tu casa. Vi cómo te tiraba por la ventana.

-¡Entonces el que entró a hurtadillas en el salón eras tú! –dije con voz entrecortada, recordando al misterioso visitante de la noche anterior.

-Sí –asintió-. Los médicos se dieron demasiada prisa en firmar tu certificado de defunción. Quería comprobarlo personalmente, para ver si el corazón todavía te hacía tictac.

-¿El pedazo de papel que me pusiste en la boca? –pregunté.

-Papel de tornasol –dijo-. Cambia de color cuando lo colocas sobre una superficie húmeda. Cuando lo colocas sobre un cuerpo "vivo". Eso y las marcas en los dedos me dieron la clave.

-¿Sabes lo de las marcas en los dedos? –pregunté, asombrado.

-He leído algo en un libro muy antiguo –dijo-. De hecho en el mismo libro en que encontré el retrato de Vur Horston. No mencionaban el tema en ningún otro sitio, así que pensé que no se trataba más que de otra leyenda relacionada con los vampiros. Pero entonces examiné tus dedos y...

Se interrumpió y ladeó la cabeza. Noté que ya no se oía cavar. Por un instante se hizo el silencio. Entonces la voz de míster Crepsley siseó desde el otro lado del cementerio.

-Darren, ¿dónde estás? –llamó- ¿Darren?

Steve palideció de miedo. Oía el latido de su corazón y veía las gotas de sudor que le rodaban por las mejillas. No sabía qué hacer. No se había parado a pensarlo.

-¡Estoy bien! –grité, haciéndole dar a Steve un brinco.

-¿Dónde estás? –preguntó míster Crepsley.

-Aquí –repliqué mientras me levantaba, sin hacer caso de la estaca de Steve-. Tenía las piernas cansadas y me he tumbado a reposar un momento.

-¿Estás bien? –preguntó.

-Perfectamente –dije-. Descansaré un poco más y luego probaré qué tal las piernas. Deme un grito cuando quiera seguir.

Volví a agacharme, de manera que quedé cara a cara frente a Steve. Ya no parecía tan valiente. La punta de la estaca apuntaba hacia el suelo, había dejado de ser una amenaza, y todo su cuerpo temblaba miserablemente. Me dio pena.

-¿Por qué has venido aquí, Steve? –le pregunté.

-Para matarte –dijo.

-¿Para matarme... a mí? Por amor de Dios, y ¿por qué? –pregunté.

-Eres un vampiro –dijo-. ¿No es razón suficiente?

-Pero si tú no tienes nada contra los vampiros –le recordé-. Eras tú quien quería convertirse en uno de ellos.

-Sí –gruñó-, yo "quería", pero "tú" eres el que lo ha conseguido. Lo tenías todo planeado desde el principio, ¿no? Le dijiste que yo era malvado. Hiciste que me rechazara para así tú poder...

-No dices más que tonterías –suspiré-. Yo nunca he querido convertirme en vampiro. Accedí a unirme a él sólo para salvarte la vida. Habrías muerto si yo no me hubiera convertido en su aprendiz.

-Una historia de lo más inverosímil –bufó-. Y pensar que te creía amigo mío.¡Ja!

-¡Soy amigo tuyo! –chillé- Steve, tú no lo entiendes. Yo nunca haría nada para herirte. Detesto lo que me ha pasado. Sólo lo hice para...

-Ahórrame el cuento lacrimógeno –dijo sorbiendo por las narices-. ¿Durante cuánto tiempo has estado planeando esto? Debes de haber ido en su busca aquella noche del espectáculo freak. Así es como llegaste hasta Madam Octa, ¿no es cierto? Te la entregó a cambio de que te convirtieras en su aprendiz.

-No, Steve, eso no es verdad. No es posible que creas eso.

Pero él sí lo creía. Se lo notaba en los ojos. Nada que yo pudiera decir iba a hacerle cambiar de opinión. Por lo que a él respectaba, yo le había traicionado. Había robado la vida que en su fuero interno consideraba hubiera debido ser la suya. Nunca me perdonaría.

-Me voy –dijo, empezando a recular-. Creí que esta noche sería capaz de matarte, pero me equivocaba. Soy demasiado joven. No soy lo bastante fuerte ni lo bastante valiente.

"Pero presta atención a lo que voy a decirte, Darren Shan –prosiguió-. Creceré. Me haré mayor y más fuerte y más valiente. Pienso dedicarme en cuerpo y alma, mi vida entera, a desarrollar mi físico y mi mente, y cuando llegue el momento... cuando esté listo... cuando esté perfectamente entrenado y preparado como es debido...

"Te daré caza y te mataré –juró-. Me convertiré en el mejor cazador de vampiros que haya existido nunca, y no encontrarás un solo agujero donde ocultarte en el que yo no te encuentre. Ni un agujero, ni un peñasco, ni un sótano.

"Seguiré tu rastro hasta los últimos confines de la Tierra, si es necesario –dijo, con la cara resplandeciente de una furia demencial-. El tuyo y el de tu mentor. Y cuando te encuentre, ensartaré vuestros corazones con estacas de punta de acero, luego os

decapitaré y llenaré vuestras cabezas de ajos. A continuación os quemaré hasta que quedéis reducidos a cenizas y os esparciré sobre las aguas de un río. No quiero correr ningún riesgo. ¡Me aseguraré de que jamás volváis a salir de vuestras tumbas!

Hizo una pausa, sacó un cuchillo y se hizo dos cortes en forma de cruz en la palma de la mano izquierda. La levantó para que yo viera la sangre goteando de la herida.

-¡Sello este juramento con sangre! –declaró. Luego dio media vuelta y echó a correr; en cuestión de segundos desapareció en las sombras de la noche.

Habría podido correr tras él, siguiendo su rastro de sangre. Si hubiera llamado a míster Crepsley, le habríamos podido seguir la pista fácilmente y poner fin tanto a la vida de Steve Leopard como a sus amenazas. Hacer eso hubiera sido lo más sensato.

Pero no lo hice. No fui capaz. Era mi amigo...

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Míster Crepsley estaba aplanando el montículo de tierra cuando volví. Le observé trabajar. La pala era grande y pesada, pero él la manejaba como si fuera de papel. Pensé en lo fuerte que debía de ser y en lo fuerte que también yo llegaría a ser algún día.

Consideré la posibilidad de explicarle lo de Steve, pero tenía miedo de que fuera tras él. Steve ya había sufrido bastante. Además, su amenaza era inofensiva. En unas pocas semanas se habría olvidado de mí y de míster Crepsley, en cuanto volviera a entusiasmarse con alguna otra cosa.

Eso esperaba yo.

Míster Crepsley levantó la vista y frunció el ceño.

-¿Estás seguro de que te encuentras bien? –preguntó- Pareces muy tenso.

-También lo estaría usted si se hubiera pasado todo el día metido en un ataúd –repliqué.

Él se echó a reír a carcajadas.

-Señor Shan, ¡he pasado en ataúdes más tiempo del que llevan muchos de los que están realmente muertos!

Golpeó con fuerza la tierra una última vez, luego rompió la pala en mil pedazos y los lanzó por los aires.

-¿Se te va pasando la rigidez? –me preguntó.

-Estoy algo mejor –dije, mientras me estiraba para desentumecer los brazos y la cintura-. Pero no me gustaría tener que fingirme muerto demasiado a menudo.

-No –musitó pensativo-. Bueno, esperemos que no vuelva a ser necesario. Es una treta peligrosa. Muchas cosas pueden salir mal.

Le miré fijamente.

-Usted me dijo que estaría totalmente a salvo –le recriminé.

-Te mentí. A veces la pócima se lleva demasiado lejos a quienes la toman, demasiado cerca de la muerte, y nunca vuelven en sí. Y tampoco podía estar seguro de que no decidirían hacerte una autopsia. Y... ¿quieres oír todo esto? –preguntó.

-No –dije, sintiendo náuseas-. No quiero.

Enfadado, le lancé un golpe a la cara con todas mis fuerzas, pero lo esquivó fácilmente, riendo de aquella forma tan inconfundiblemente suya.

-¡Me dijo que era seguro! –grité- ¡Me ha mentido!

-Tuve que hacerlo –dijo él-. Era la única alternativa.

-¿Y qué pasa si me llego a morir? –le espeté.

Se encogió de hombros.

-Tendría un aprendiz menos. No es una gran pérdida. Estoy seguro de que habría encontrado otro.

-Maldito... maldito...¡Oh!

Di una patada al suelo, furioso. Podría haberle llamado montones de cosas, pero no me gustaba decir palabrotas con muertos de cuerpo presente. Ya le explicaría más tarde qué opinaba yo de sus artimañas.

-¿Estás preparado? ¿Podemos marcharnos? –preguntó.

-Deme un minuto –dije.

Subí de un salto a una de las lápidas más altas y me quedé mirando la ciudad. No veía gran cosa desde allí, pero aquélla iba a ser la última vez que pudiera echarle un vistazo al lugar en el que había nacido y vivido, así que me tomé mi tiempo, con la sensación de que hasta el último callejón oscuro era como un lujoso *cul-de sac*, todos los destartalados bungalows como el palacio de un jeque, cada edificio de dos pisos como un rascacielos.

-Te acostumbrarás a la idea de haberte marchado con el tiempo –dijo míster Crepsley.

Estaba de pie sobre otra lápida detrás de mí, encaramado a poco más que un hilo de aire. Su expresión era lúgubre.

-Los vampiros siempre están diciendo adiós. Nunca se quedan demasiado tiempo en ningún sitio. Continuamente debemos desarraigarnos y cambiar de vida. Es nuestro destino.

-La primera vez, ¿es la más dura? –pregunté.

-Sí –dijo, asintiendo-. Pero nunca resulta fácil.

-¿Y cuánto tiempo pasará hasta que me acostumbre? –quise saber.

-Quizá unas pocas décadas –dijo-. Quizá más.

¡Décadas! Lo decía como si estuviera hablando de meses.

-¿Nunca podemos hacer amigos? –pregunté- ¿Nunca podemos tener casa, ni esposa, ni familia?

-No –suspiró-. Nunca.

-¿No es una vida un poco solitaria? –pregunté.

-Terriblemente solitaria –admitió.

Yo asentí tristemente. Por lo menos estaba siendo honesto. Como ya he dicho, siempre prefiero la verdad –por desagradable que ésta pueda ser- a una mentira. Con la verdad, uno sabe el terreno que pisa.

-Vale –dije, bajando de un salto-, estoy listo.

Cogí mi bolsa y le sacudí el polvo del camposanto.

-Puedes montar detrás de mí si quieres –se ofreció míster Crepsley.

-No, gracias –repliqué educadamente-. Quizá más tarde, pero de momento prefiero andar, a ver si consigo desentumecer antes las piernas.

-Muy bien –dijo.

Me froté el estómago y oí cómo me sonaban las tripas.

-No he comido nada desde el domingo –le dije-. Tengo hambre.

-Yo también –dijo él. Luego me cogió de la mano y sonrió sanguinariamente-. Vamos a "comer".

Respiré hondo e intenté no pensar en qué consistiría el menú. Asentí nerviosamente y le apreté la mano. Dimos media vuelta y dejamos atrás las tumbas. Luego, uno junto al otro, el vampiro y su aprendiz, echamos a andar...

...adentrándonos en la oscuridad.

CONTINUARÁ...